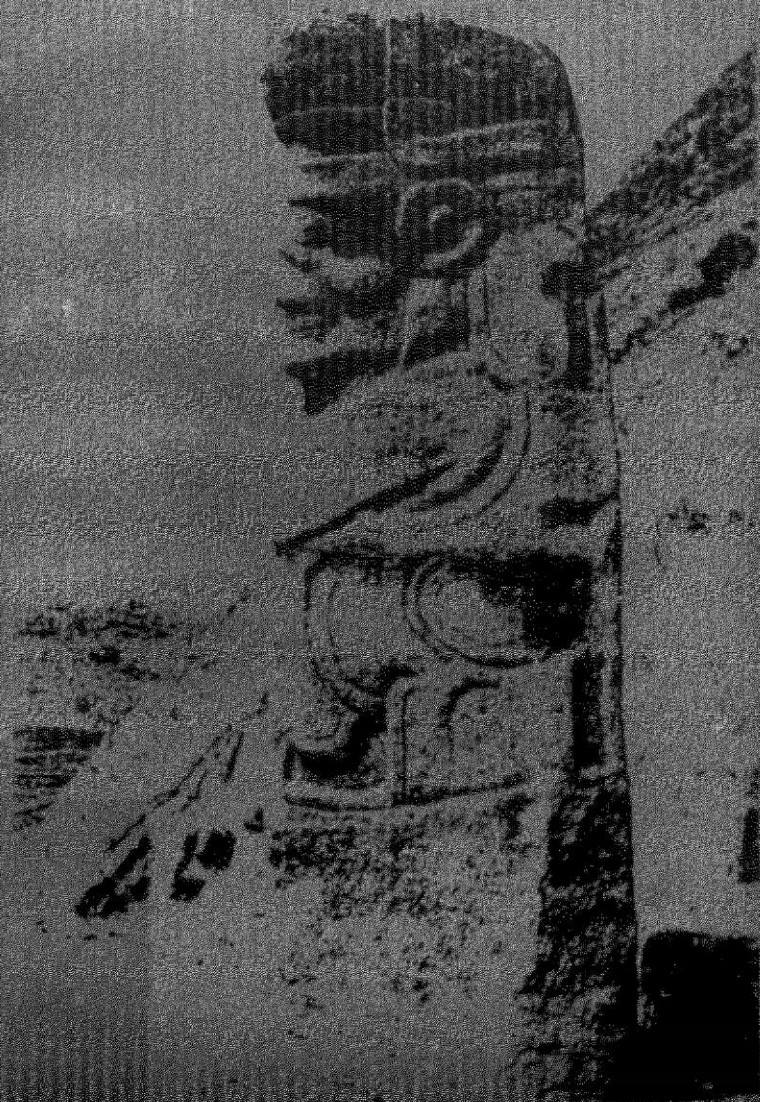


José Luis Melgarejo Vivanco

LAS REVELACIONES DEL TAJÍN



1.T2

Universidad Veracruzana

GOBIERNO DEL ESTADO DE VERACRUZ

Patricio Chirinos Calero
Gobernador

Miguel Ángel Yunes Linares
Secretario de Gobierno

Juan Maldonado Pereda
Subsecretario de Gobierno

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Emilio Gila Villarreal
Rector

Jorge Ramírez Juárez
Secretario Académico

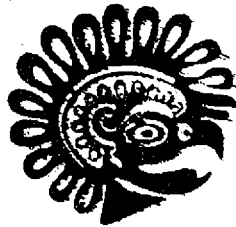
Timoteo Aldana Carrión
Secretario de Administración y Finanzas

Benjamín Sigüenza Salcedo
Coordinador General de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

José Luis Rivas Vélez
Director Editorial y de Publicaciones

José Luis Melgarejo Vivanco

LAS REVELACIONES DEL TAJÍN



BIBLIOTECA
INSTITUTO DE ANTROPOLOGIA
UNIVERSIDAD VERACRUZANA
XALAPA, VER.



UNIVERSIDAD VERACRUZANA

1994

Levantamiento de texto: Heana G. Gil
Isabel Benítez Rodríguez
Formación: Julio Iram Mitre Ortiz
Forros: Aram
Edición: Luis Miguel Gallardo Salazar

F1219.1.T2

M44

Melgarejo Vivanco, José Luis

**Las revelaciones del Tajín. -- Xalapa, Ver. :
Universidad Veracruzana, 1994.**

192 p. : il. col. ; 23 cm.

Incluye bibliografías.

ISBN: 968-834-317-X

**1. Totonacas - Antigüedades. 2. Indios de México -
Veracruz (Estado) - Antigüedades. 3. Tajín (Veracruz) -
Antigüedades. I. Universidad Veracruzana. II. t.**

DBUV 94/13

C.D.D.: 972.62

Primera edición, septiembre de 1994

© Universidad Veracruzana

Dirección Editorial

Apartado postal 97

Xalapa, Ver. 91000 México

ISBN: 968-834-317-X

Impreso en México

FOMES: 933106(5)

AGRADECIMIENTO

A Manuel Torres Guzmán, Mario Navarrete Hernández, Héctor Cuevas Fernández, Juan Sánchez Bonilla, René Ortega Guevara, Alfonso García García, Ezequiel Jaime Santos, Antonio Moreno Medina, Ismael Silva Zavaleta, Ricardo Pavón, arquitectos y arqueólogos de la Universidad Veracruzana, por el auxilio brindado en las investigaciones. Muy especialmente al Rector Emilio Gidi Villarreal, por el apoyo para la publicación de este libro.

ÍNDICE

Palabras previas	11
La Plaza Monumental	19
El Edificio 18.....	21
El Edificio 20.....	27
El Templo a la Luna.....	33
El Templo al Sol	41
Oráculos	49
Los Juegos de Pelota.....	51
El Oráculo de Quetzalcóatl.....	73
El Oráculo de Dios	79
El Juego de Pelota Sur	87
El Oráculo del Arcoiris.....	99
Los relieves en el Juego de Pelota Central.....	103
Otros edificios	115
El Edificio de los Nichos	117
El Templo a Xólotl.....	129
La Tumba del Mensajero al Sol	135
El Templo a Huracán	141
El Edificio 10.....	149

El arte	153
El Tablero del Cacao.....	155
El Tablero de Huracán.....	161
Una lápida en El Tajín.....	171
El Palacio del Arte.....	179

PALABRAS PREVIAS

Una historia de la costa veracruzana podría comenzar en la geología; sin embargo, involucrando al hombre, sólo podría iniciarse a partir de testimonios, en este caso, líticos, aun cuando éstos se encontraran todavía sin trabajar, únicamente seleccionados y puestos en pequeños grupos a lo largo de algunas playas o a la orilla de ríos y riachuelos; es el material anterior al periodo Paleolítico, llamado Prepaleolítico, sin propuesta de fechas. Después, hay pocos y diseminados ejemplares de piedra que fue intencionalmente astillada y en cuyo trabajo se nota la intención de darle una vaga forma, rumbo al uso posterior; era el comienzo del Paleolítico, en su fase inferior o chelense, presente débilmente en la costa veracruzana, pero fehacientemente.

Sin embargo, la historia del hombre y su cultura en Mesoamérica se viene iniciando, con firmeza, en un momento del cuarto milenio anterior a la Era Cristiana (Preclásico Inferior), por la invención de la cerámica en una sociedad ya decidida por la agricultura y la vida sedentaria.

Sin ahondar en el proceso de la vivienda, aparece con mayor antigüedad el palafito y el jacal de planta circular modificado por el uso del adobe, que impone la planta cuadrangular. En esta conjunción del camino cultural, quedan las incursiones de la costa veracruzana en la Mesa Central. Por los años aproximados de 1200 antes de la Era Cristiana, los olmecas arqueológicos tuvieron presencia en Tlatilco y

Tlapacoyan (Preclásico Medio); después de los años 600-500 a. C. los huasteca dominarían, con centro en Cuicuilco (Preclásico Superior), y en el último siglo anterior a la Era, los totonaca regirían desde Teotihuacán I consolidando su fuerza en la etapa llamada Teotihuacán II o Clásico Temprano (0-300 d. C.).

De suponerse, cual debe, una invasión de los pueblos de la costa central veracruzana, se incluiría la participación de grupos de la porción enterríos (Cazones-Tecolula) y de las proximidades a El Tajín (en las exploraciones realizadas por José García Payón se encontraron pruebas del Preclásico); los futuros tajinenses principiarían a figurar en la historia convencional. Olvidándose de banderías o grupos, a partir del año 42 a. C., y usando la cronología muy aproximada de los *xiuhmolpillis*, los totonaca iniciarían la construcción del Templo al Sol, consagrado el año 62-63 ya de la Era Cristiana; en 167, la pirámide a la Luna, y en 271, el santuario a Quetzalcóatl. En verdad, este Teotihuacán funcionó como metrópolis de un imperio.

Los popoloca del sur de Veracruz, aleccionados desde la época de Tlatilco, volvieron a incursionar sobre la Mesa Central, arrebatándoles Teotihuacán a los totonaca, a partir del año 271. Los vencidos regresaron a su costa central veracruzana, pero el poder político se detuvo en Tenamític (Zacatlán) por si volviese la oportunidad de la reconquista y para mayor seguridad colocaron su provisional cabecera en Mizquihuacan. Un grupo, con antepasados entre los ríos Cazones y Tecolula, no se quedó en la región de Zacatlán, siguió bajando, y en el año 323 (consta en el relieve de uno de los Juegos de Pelota) ya estuvo de regreso en terrenos del Tajín; esta nueva contribución tendría comienzos precarios, pero, situada mesopotámicamente, se aprovechaba de ambas vegas, llegando hasta el mar; su geopolítica no debió ser un secreto inviolable, rodaría como plática y engendraría ensueños y ambiciones.

Por el año 76, habían llegado a Huatulco, en la costa del océano Pacífico, unos extraños, presumiblemente zelotas, hoy conocidos por toltecas. El imperio totonaca de Teotihuacán los consintió, se aprovechó de sus adelantos científicos e incluso adoptó la nueva fórmula del planeta Venus para el inicio de la Era del Hijo. No les



Uno de los núcleos de la ciudad

resultaba desconocida. Del Preclásico Medio quedan testimonios de cómo un grupo semita se incrustó entre los totonaca de Remojadas, municipio de Soledad de Doblado, Veracruz; fueron aceptados con la religión sabeísta y la circuncisión, entre otros elementos culturales conservados y constatados por la gente del conquistador Hernán Cortés. El grupo en Huatulco progresó hasta constituir su reino; pero, cuando los popoloca se fueron a la conquista de Teotihuacán, dejaron, con el obligado vacío de poder regional, abandonadas tierras y poblaciones que aprovecharon los tolteca, para cambiar su capital a la vertiente del Golfo de México, más rica, y en el año 387 la dieron por fundada con el nombre de Huehuetlapalan.

El Imperio Teotihuacano, en manos popolocas, parecía gigante invencible, pero los enemigos también crecían, además de ser inevitable la confrontación entre los opulentos y los pobres. La insatisfacción urgía de tratamiento político, que la clase dirigente tradujo por endurecimiento, abono al choque. Debió ser así en diversos lugares.

Queda disponible lo salvado por el historiador Ixtlilxóchitl. El año 531, en Huehuetlapalan, estalló la guerra civil; fue aplastada la insurrección popular y los rebeldes, divididos; el populacho, tomando en exclusiva el nombre de tolteca, migró por la costa del Golfo de México, rumbo a Teotihuacán y el grupo aristocrático (itzá) tomó rumbo hacia la península de Yucatán. Evidentemente no era sólo un conflicto local; estas chusmas intentaron el ataque frontal contra Teotihuacán, aprovechando los rencores totonacas, y en el año mágico de 583 pelearon en Zacatlán. Rechazados, bajaron a Tuzapan y Tepetlán; por Mazatepec y Tzicoac, rodearon la sierra para llegar a Huejutla y contar con el apoyo huasteca, parando hasta una población otomí, rebautizada como Tula en 661.

El influjo cultural tolteca venía de lejos; la presencia material del año 583 en Zacatlán debió sustituirse por alianza, casi fusión, y establecidos ellos en Tula en el año 661, los totonaca pudieron crear nueva dinastía, inaugurada en el año 687. Su primer emperador, para tanto insatisfecho, se disolvió en la nada; pero el segundo, Xatontan (739-791), consolidó su dominio hasta las arenas de la mar; ordenó erigir un mausoleo para ser sepultado él y sus descendientes dinásticos; el proyecto se amplió a la construcción de una necrópolis, llamada Mictlan en idioma náhuatl, de los tolteca. La fiebre constructiva se incrementó, para regias inauguraciones; en el año 842 (13 *Tochtli*), el planeta Venus realizaba su tránsito por el disco del Sol, y el 843 era *ce Ácatl*, nombre calendárico de Quetzalcóatl; de lo primero, se cumplían 260 años (una Rueda de *Katunes*) desde la presencia tolteca en Zacatlán; a lo segundo lo tomaron por nacimiento de Quetzalcóatl o exigencia oficial de su culto; pero en los últimos años del gobierno de Omeácatl, primer emperador (727), habían llegado a Chalchicueyecan (Veracruz) los olmecas históricos. Entre las grandes aportaciones culturales de éstos se puede destacar la introducción de la metalurgia, y Mictlan —para la cual, desde 743, Xatontan había mandado plantar grandes cacaotales fortaleciendo su economía— surgió en potencia como metrópoli del arte, centro de los oráculos y exponente de una nueva religión, por la cual, desde 895 consideraron muerta la de Quetzalcóatl e implantada la de Huracán, dios de las

tormentas tropicales, maestro de metales, nimbado por el prestigio de su vida licenciada, cara en los ensueños de las frustraciones populares.

El cambio provocado por la cultura olmeca histórica fue profundo. Eran, físicamente, negros africanos y se cruzaron con las mujeres totonacas, procreando al jarocho prehispánico; impusieron el nombre de Tajín a la neocrópolis, entablando la lucha idiomática que todavía en el siglo XVI persistía con fuerza, y en el propio Juego de Pelota, los olmecas inscribieron páginas de historia, esculpieron destellos de su mitología poniendo, por encima, al dios Chicomexóchitl, riendo a carcajadas. Cuando, en el año 947, la imposición cultural olmeca fue total, el mismo gobierno de Tula pasó a sus manos y fue la etapa tolteca-nonoalca, que dio cerrojazo el año 1116 con la batalla de Tultitlán. Tula se derrumbó. Los lugares bajo su dominio recobraron la independencia; pero la etapa nonoalca, de 900 a 1200 aproximadamente, fue de graves crisis económicas, bajo aparente prosperidad, presupuesta por la explosión demográfica. Esas bocas no podían ser alimentadas ni por la ciertamente prodigiosa tecnología, y las hambrunas, las enfermedades, hicieron tambalear la hegemonía. Oleadas de bandidaje asolaron ciudades. Recurrieron al militarismo y en la costa central veracruzana se fueron abandonando los lugares planos para trepar a los collados, cual en castillos feudales. La catástrofe fue tremenda, sobre todo en despoblamiento y en consunción artística. De aquel holocausto brotó, a partir de 1200, un renacimiento sin las exquisiteces del barroco, pero con el recio vigor de los pueblos que se niegan a morir. En El Tajín, la decadencia fue inevitable, su erección había consumido todo.

Para los viejos historiadores mesoamericanos, 1155 fue un año clave para el renacimiento. Nuevos grupos, nuevas políticas principiaron a manifestarse, destacando los núcleos tenochca y tlaxcalteca; el primero, preparando su acción para el dominio militar de la Mesa Central; el segundo, asegurándose las rutas comerciales de la costa del Golfo. Fue una larga lucha iniciada por Xólotl y sus otomíes, hasta cuando Quinatzin aplastó a la contrarrevolución en el año 1350; pero los comerciantes tlaxcaltecas pudieron rehacerse y filitrándose



Un olmeca histórico en el ensenbol de cobre del Tajín

por la vertiente, dominaron, comercialmente, la sierra totonaca, logrando, para 1363, fincar el enclave de Papantla. La declinación del Tajín se acentuó. La presión de la Triple Alianza sobre Tzapotitlán (Castillo de Teayo), Tzicoac, Tuxpan y Nautla, provocó el sometimiento de la región. Un distrito tributario, con oficina recaudadora en Tuxpan, incluyó por contribuyente al pueblo de Mictlan (Tajín) e incluso a Papantla; lo encontraron así los españoles.

El siglo XVI, bajo sistema colonial, repitió la catástrofe de siglo IX, a seiscientos años de distancia. Es pavoroso el número de ciudades desaparecidas, de las que únicamente quedaron sus vestigios arqueológicos y un guiñapo del hombre sonámbulo, sombra fantasmal del pasado. Al Tajín, prácticamente se lo tragó la selva. Fue hasta el año 1785, cuando la *Gazeta de México* publicó la noticia con la cual Diego Ruiz informaba el encuentro de las ruinas hoy conocidas por el Edificio de los Nichos, en El Tajín. El *Diccionario Universal de Historia y Geografía* la reprodujo y el jesuita Pedro José Márquez, en su libro publicado en Roma el año 1804, le dio mayor difusión. Siguieron las noticias; de Humboldt, en 1811; de Guillermo Dupaix, en París, 1834; de Carlos Nebel también en París, 1836, hasta 1892, cuando Francisco del Paso y Troncoso lo visitó, por el cuarto centenario del Descubrimiento de América, de lo que dio cuenta en su *Catálogo de los objetos que representan la República de México en la Exposición Histórico-americana de Madrid, 1893*. A partir de ahí, ocurrieron las visitas con siempre mayor acento científico: Jesse Walter Fewkes, en 1906; Eduard Seler, desde principios del siglo XX; Enrique Juan Palacios y Enrique Meyer, en 1932; Herbert J. Spinden y Helen, en 1933.

Fue hasta el año 1935, cuando la Dirección de Monumentos Prehispánicos encargó al ingeniero Agustín García Vega el desmonte para un claro de un kilómetro de largo por medio kilómetro de ancho; aparecieron los montículos de sepultados edificios. Fue posible confeccionar el croquis de unos treinta y tantos montículos, reveladores de la importancia de la zona, que se fue dividiendo en Tajín Grande y Tajín Chico. A partir de 1938, el arqueólogo José García Payón se hizo cargo de la zona hasta 1977, año de su muerte. Trabajó con cariño, pero sólo pudo concluir el rescate de unos ocho edificios. El área con vestigios es muy grande, unas mil hectáreas, y los dineros muy pocos. A esto se debió que amenazara, el Edificio de los Nichos, con derrumbe generalizado. Frente al gravísimo peligro, sin otras manos piadosas, el Gobierno de Veracruz acudió con recursos monetarios y la Universidad Veracruzana con sus técnicas, acrecidas por la urgencia y por el cariño

al terreno. Se pudo contemplar y salvar una gran parte de los restos arqueológicos, dándoles la debida preservación.

Lo rescatado ya está frente al visitante. Quienes podrían explicarlo murieron hace siglos. Ahora, cada quien tiene derecho a sus propias conjeturas; aquí se ofrece la de quien, siempre, ha estudiado íntegramente a los totonaca desde su propia comunidad nativa, en continua depuración científica rigurosa, compulsando la sorpresa para rehabilitar ideas olvidadas, en distorsiones o no conocidas en la literatura mesoamericanista, ni en la del llamado Viejo Mundo. La presencia de tales elementos de cultura es axiomática en ambos lados del océano Atlántico.

**LA PLAZA
MONUMENTAL**

EL EDIFICIO 18

*Sugerencia
nombres de la
plataforma*

El edificio al que arbitrariamente se asignó el número 18 cierra, por su lado del Oriente, la Plaza Monumental. Es el más largo de los cuatro, y su base piramidal fue dividida por tres amplias escalinatas, entre las cuales, la central es la más angosta. Para decorarlo también usaron los nichos, pero sólo en la fachada que cae precisamente sobre la Plaza; en los otros tres lados no se ha localizado nicho alguno, hasta el momento. Arriba, sobre la plataforma



La Tonalpouhcalli, al oriente de la Plaza Monumental

piramidal, hicieron tres construcciones que su explorador, el arqueólogo Mario Navarrete Hernández, ha designado como adoratorios y probablemente lo sean, sin veto a otros usos, pues únicamente la construcción del centro tuvo nichos en una distribución curiosa para el imperio de la simetría. En el frente, donde tuvo puerta, colocaron cuatro nichos, dos a cada uno de los lados de la puerta; en los lados norte y sur de la construcción pusieron cinco en cada uno de ellos; y en la parte posterior, seis nichos, con todo lo cual sumaban veinte.

La cifra veinte ofrece la solución más elemental: es la veintena mesoamericana o la veintena en sí, dentro de una cultura con sistema vigesimal, o los veinte dedos del hombre. Aun cuando como cuenta usada en el calendario todavía no esté bien resuelto el problema de su comienzo; sin embargo, aquí, sin esa preocupación, se puede partir de los nombres de los días, que fueron veinte, precedidos por numerales del uno al 13, haciendo el primer conjunto llamado *Tonalpohualli*, la cuenta de las tonas o soles, muy discutido entre los mesoamericanistas, pero, finalmente, con más exactitud, ligándolo a la cuenta de Sirio, la estrella en la constelación del Can Mayor. Este *Tonalpohualli*, de sólo 260 días, fue utilizado para integrar el calendario de 360, 365 y 365 días un cuarto, cuando se computaron los bisiestos y, considerada más antigua la llamada cuenta larga, en ella se mira funcionar inserto, al *Tonalpohualli*, hasta en el gran cambio por la cuenta corta, más ágil.

Como sea, el *Tonalpohualli* fue una especie de santoral católico, muy consultado para ponerle nombre a las criaturas recién nacidas; como arte adivinatoria, queriendo saber la buena o mala suerte de la persona, o simplemente para saber qué día era y cuál su pronóstico; esto creó el empleo del *Tonalpouhque*, mezcla de cronólogo y adivino. Bernardino de Sahagún fue muy explícito:

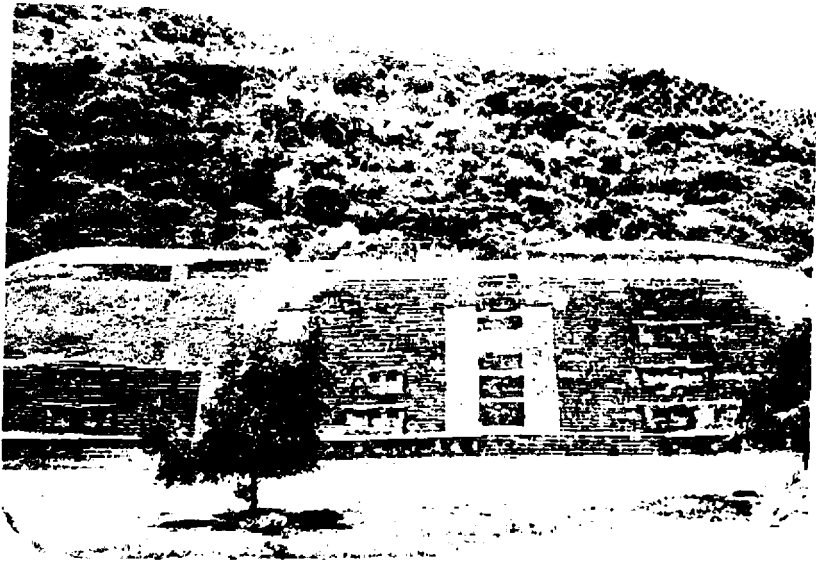
Y esta astrología o nigromancia fue tomada y hubo origen de una mujer que se llamaba Oxomoco, y de un hombre que se llamaba Cipactónal; y los maestros de esta astrología o nigromancia que contaban estos signos, que se llamaban

Tonalpouhque, pintaban a esta mujer Oxomoco y a este hombre Cipactónal, y los ponían en medio de los libros donde estaban escritos todos los caracteres de cada día [y después:] porque su fin se endereza a adivinar las condiciones y sucesos de los que nacen en cada signo, o caracter; esta cuenta sabíanla solamente los adivinos y los que tenían habilidad para aprenderla, porque contiene muchas dificultades y obscuridades. Y a éstos, que sabían esta cuenta llamábanlos *Tonalpouhque*, y teníanlos en mucho y honrábanlos mucho; teníanlos como profetas y sabidores de las cosas futuras, y así, acudían a ellos en muchas cosas, como antiguamente los hijos de Israel acudían a los profetas.

Si este servicio se daba en esta oficina, frente al mercado, seguramente tuvo mucha clientela.

Fueron interrumpidas las tres graderías de las escalinatas por el adorno de los nichos; en cada caso pusieron tres nichos y ocurrieron cuatro veces en cada escalinata, sumando la docena o 12 por escalera, 36 en total. Como ninguna cantidad, por sí, representa cifra conocida en la cronología mesoamericana, y debe serlo, tal vez pudiera tratarse de meses de 30 días —cual en los calendarios egipcio y mesopotámico— antes no encontrados, pero muy posibles, dadas las coincidencias, numerosas y de fondo, ya comprobadas; así, 12 meses de 30 días cada uno son los 360 días del *Tun* o año vago, y 36 meses dan 1080 días, tres años vagos. Estos doce meses ya revoloteaban en El Tajín, desde cuando los relieves del Juego de Pelota Central, que son seis, fueron leídos como parejas de meses de acuerdo con lo conocido como calendario hindú que, aun habiendo sido mesopotámico, así se reconoce casi en homenaje al gran poeta Kalidasa por su libro *La ronda de las estaciones*. En Zempoala, dice las Casas: “de tres en tres años, mataban tres niños”.

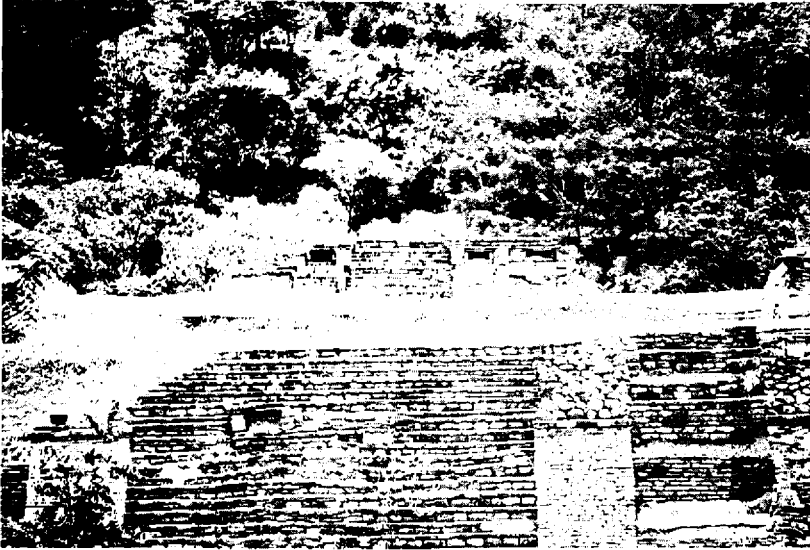
En el primer cuerpo piramidal, válido por la base o el arranque, hay nichos aparentemente ornamentales, pero comprobadamente rompiendo la simetría del número, porque al frente quedan o fueron: ocho, diez, nueve y, en los extremos, buscando el interior en ángulo recto, dos por cada lado. Aquí, la primera gran sorpresa es que se rompa la simetría; la rompieron en el Edificio 10 para subrayar el factor variabilidad, y aquí parecen repetirse caso y razón; pero procedamos con el más estricto materialismo; los nichos del frente: ocho, diez, nueve, suman 27 días,



Otro aspecto del edificio, al oriente de la Plaza Monumental

que por aproximación al 28 deben ser el mínimo de la lunación; considerando los nichos laterales, la subsuma es de: 10 más 10, más 11, para un total de 31, seguramente tiempo máximo de la lunación. Otra posible lectura no se debería suscribir, aun cuando quedara la sospecha de una reserva mental: diez, diez, nueve, para sumar 29, cifra manejada también por los totonaca de Zempoala como alternativa de lunación y, desde luego, los 28 días de la lunación para el año lunar; esta cifra es la gran ausente, pero siempre dominando el pensamiento de los totonaca —todavía hoy— y presente de manera aplastante en el Edificio de los Nichos. En resumen, los nichos de las escalinatas representan cifras de la variable duración de la lunación, críptica para el grueso público, aunque sin rigidez, claro. Por eso el equilibrio de la simetría fue roto.

Desde cuando se dio el primer contacto de los españoles con los totonaca, en Zempoala, Cortés dejó a Francisco Ortega, su paje, con Chicomácatl. Ortega conoció todo muy bien, lo escribió para Bartolomé de las Casas, quien lo publicó: “en pariendo la mujer, a los veinte y



El Adoratorio de la *Tonalpouhcalli*. Oriente de la Plaza Monumental

ocho días, o veinte y nueve, varón o hembra, los llevan al templo”, para la circuncisión. Queda destacada la variable de la lunación. Sylvanus G. Morley se refirió a este problema concentrándolo en la “Serie suplementaria” que complementa la fecha de “Serie inicial”, fijando la posición cronológica de la lunación, si era de 29 o de 30 días, pero no despejó las incógnitas del grupo de seis jeroglíficos. John D. Teeple también trató de atraparlo: “que 2 lunas casi eran 59 días; 6 lunas, 177 días; 17 lunas, 502 días y 21 lunas, 620 días[...] ninguna de estas aproximaciones era exacta” y, entre otras cifras, anotó los 31 días de máximo, concluyendo: “se tiene la impresión de que los escritos eran decididamente polémicos”. Tajín terció con sus puntos de vista.

El Edificio 18, frente a la Plaza Monumental, se pudo mandar construir obedeciendo a ideas ahora ignoradas, y pudo haber cumplido funciones difícilmente deducibles; pero, como en el fondo, la cultura totonaca se mira regida por las matemáticas del positivismo mesoamericano y con el auxilio de otros casos en El Tajín se ha ido

instrumentando un método de estudio y no parece riesgoso suponer al *tonalpouhque*, como autoridad científica máxima, y a esta ciencia, cualquiera que sea la impureza de astrología o arte adivinatoria, buscando su aplicación práctica para satisfacer las demandas populares, tan dignas de atención como cualquier otra, y a una clase gobernante muy atenta para satisfacer el reclamo social. Quién sabe cómo llamaban al edificio, pero si la gente decía: vamos a ver al *tonalpouhque*, no habría sido raro llamarle *Tonalpouhçalli*, la Casa del *tonalpouhque*. *Tona*, *tonalli*, era Sol. Al Sol pudo haberse dedicado el edificio, subyacente autoridad máxima en cronología.

o los edificios para el templo del Sol
Sería un templo o un lugar al edificio en
el edificio de
y el templo.

BIBLIOGRAFÍA

- CASAS, Bartolomé de las. *Apologética historia*, Fuensanta, Madrid, 1876.
- KALIDASA. *La ronda de las estaciones*. Centauro, México, 1944.
- MELGAREJO VIVANCO, Jose Luis. *Los calendarios de Zempoala*. UV, Xalapa, Ver., 1966.
- MORLEY, Sylvanus G. *La civilización maya*. FCE, México, 1947.
- SAHAGÚN, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Robredo, México, 1938.
- TEEPLE, John D. *Astronomía maya*. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1937.

EL EDIFICIO 20

metodología

Con arbitraria numeración, le asignaron el 20 al edificio que cierra la Plaza Monumental en su lado poniente. Sobria, imponente construcción, explorada tesoneramente por el arqueólogo Mario Navarrete Hernández y por el arquitecto Antonio Moreno Medina. Básicamente consta de una base cuadrangular, sobre la cual encimaron cuerpos de pirámides truncadas haciendo arriba un trío de santuarios. Los lados menores, a Norte y Sur, tienen paredes



Templo a las lunaciones. Poniente de la Plaza Monumental



BIBLIOTECA
MUSEO DE ANTROPOLOGÍA
INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CARR. A LOS REYES, 285
MEXICO, D.F.

lisas; los dos lados mayores (fachada y contrafachada) fueron adornados con escalinatas, alfardas y nichos. Resultó posible reintegrarle todos sus elementos a la verdadera fachada, que mira al centro de su adoquinada Plaza Monumental. Con estos elementos, aquí se intenta recuperar su mensaje cifrado.

De manera global, simplista, el ornamento de los nichos está integrado en una línea horizontal sobre toda la base del monumento; en teoría, fueron colocados horizontalmente cinco nichos al centro y cinco a cada uno de sus lados, escalinata de por medio, con lo cual se tiene una fila de 15 nichos; pero quien la contemple a la conveniente distancia observará que deberá incorporarse a la cuenta otro nicho en cada saliente de la construcción, avanzando hacia el frente, cual si presentase la ofrenda de otro nicho, cada una; en esta forma, la línea horizontal no sería de 15 nichos; alcanzaría la suma de 17.

El resto de la decoración del edificio, a base de nichos, produce la impresión de haberse concebido a manera de seccionados pilares: uno en el centro y dos a los lados de las escalinatas. En cada supuesto pilar, pusieron cuatro grupos con tres nichos cada uno, llegando a 12 por cada supuesto pilar y, siendo tres los ficticios pilares, resulta de 36 nichos este total. Intentando un gran total, con absolutamente todos los nichos existentes en la fachada, la cantidad obtenida es de 53 nichos. Desconcertante, porque deberían ser 52 nichos, de representar años los manejados, con miras al *xiuhmolpilli*; pero, si por buscar la conocida cifra 52, se suprimieran de la cuenta los dos nichos que se adelantan cual destinados al sacrificio, entonces, la suma total sólo alcanzaría la cifra de 51 y estaría faltando uno, para el *xiuhmolpilli* de 52 años. Ahí está el problema.

Tanto 51 como 53 integran doble reto; diría un matemático: es una ecuación de dos incógnitas y acaso podrían irse despejando por la vía más fácil, tomando uno para conformar 52, el número de años del *xiuhmolpilli* o Atadura de años; pero, con 53 no hay, de momento, ninguna proposición, de donde parece preciso considerar esos dos nichos que arquitectónicamente destacaron como asunto aparte, representando, en este caso, cada nicho también un año; estos dos años

podrían corresponder a dos años de bisiestos, acumulados en el transcurrir de dos Ciclos sóticos.

El Ciclo sótico, nombrado así en honor a la estrella Sirio del Can Mayor —*Sotis* para los egipcios—, contaba con un día más cada cuatro años —el bisiesto—, de manera que multiplicando 365 años por cuatro se tienen los 1460 años del Ciclo sótico, en cuyo transcurso ya se acumulaban 365 días de bisiestos, válidos por otro año y, como la cuenta larga conocida en Mesoamérica, usada por olmecas y mayas, comenzó su conteo de días en el año 2853 a. C., su primer ciclo cerró el año 1393 a. C. y el segundo en el año 67 de la Era Cristiana, cuando los mesoamericanos realizaron el ajuste de los bisiestos cada 80 años. Podrían ser, en consecuencia, estos dos años, los correspondientes a los viejos ajustes calendáricos dentro del Ciclo sótico y la cuenta larga.

De momento tales resultados no racionalizan la controversia de judíos y católicos en torno al año del nacimiento de Jesucristo: en el año tres antes de la hoy Era Cristiana, según la cronología de los judíos y en el año cero, para la equivocada cuenta católica hoy en uso por toda la ecumene; pero sí puede hacer una poca de luz hacia el camino de su encuentro, algún día. Si en el año tres antes de la Era Cristiana, cerraba un cómputo semita, tanto el año dos anterior a Cristo, como el uno también antes de Cristo, corresponderían a esos dos años de acumulados bisiestos y el año siguiente, que quisieron llamar cero, sería el comienzo de otro ciclo, nacimiento de Cristo, inicio de la Era del Hijo, pues habían pasado la de la Madre y la del Padre. Así, entre los criterios del tres y del cero, quedan los años dos y uno, formados con bisiestos en el Ciclo sótico.

Presuponiéndole buena suerte a la conjetura expuesta y atendidos a la cronología de la cuenta larga mesoamericana, el recuerdo, anotado tal vez, del remoto pasado no se había perdido cuando, en el nivel arqueológico llamado Clásico Tardío (700-1000 d. C.) surgió el esplendor del Tajín, que culminaría sus inauguraciones en los años 842-843 (13 Conejo-1 Caña), coincidiendo con el paso de Venus por el disco solar y si se trató del bisiesto, a partir del año 67, habrían transcurrido

nueve ocasiones para corregirlo cada 80 años, cuando fue 787 y entonces, la rotación del principio del año lo puso a comenzar el día 25 de julio, víspera del 26, paso del Sol por el zenit de Teotihuacán, que los arquitectos manejaron por otros 80 años, poniendo los dos años del recuerdo en el proyecto arquitectónico y en la realización de sus alarifes.

En la parte alta del Edificio 20, los arquitectos prepararon una plataforma para instalar tres adoratorios. De dos, nada puede afirmarse con aplomo por haberse destruido y sólo para el grupo queda el subterfugio de la trilogía sabeísta, cara y firme a los totonaca. El adoratorio central sí pudo entregar sus datos a la reconstrucción; estaba decorado con los típicos nichos tajinenses; al Oriente, cuatro nichos: dos a cada lado de su escalinata, seguro, ésta, de siete peldaños; en su lado poniente lucía siete nichos, y había otros siete al norte, siete al sur, para sumar 25. Sin embargo, y no por espíritu de contradicción, al frente, válido por el oriente, deberían quedar también siete nichos; así hubieran sido siete por cuatro, es decir, 28 nichos, 28 días de una lunación según la computaban los totonaca en su célebre pirámide; pero la realidad es la realidad y en ese lado oriente sólo pusieron cuatro nichos, aun cuando fueron complacientes haciéndole, justamente, siete peldaños a la escalinata. Para el matemático que sólo quiera manejar el número abstracto, aquí está el ejemplo sorpresivo, además de convivir con el número concreto, si es aplicado a los días de la lunación.

Insatisfactorio lo anterior, porque los arquitectos, que tanta sagacidad mostraron para conciliar a las matemáticas aplicadas con la simetría, podían haber encontrado fácil solución a inscribir 28 nichos si, como parece, fue la intención de fondo, por lo cual, deben rebuscarse cifras en torno a la lunación y acaso lo más a la mano podría ser este párrafo de Francisco del Paso y Troncoso: "y es tanto más fácil que hiciesen esta inferencia cuanto que en los 2 o 3 días que dejaba de verse la luna, notarían que pasaba de un lado al otro del sol", en donde, para este caso, resultan clave los dos días, los tres días, en que en cada lunación desaparece la luna por muerte; aquí, concretamente fueron tres días, que sumados a 25, hacen los 28 días,

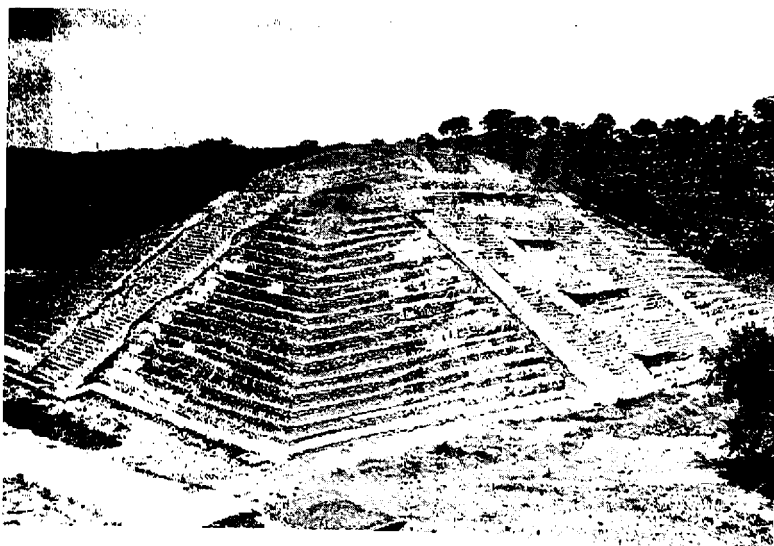
y de haber sido así, muy aparte de la cuenta de los años, de la corrección de los bisiestos y de la propia cuenta de la lunación en su movimiento, más que de rotación sobre su eje, de traslación alrededor del Sol, el Edificio 20 debió estar consagrado a la Luna. Quiahuiztlan corroboró que los totonaca computaban la lunación a partir del primer momento en que la miraban aparacer en el Poniente, y el Edificio 20 ve al Oriente. Sin embargo, esto se debió a su colocación en la Plaza Monumental, viendo a la Plaza y al Oriente, cuando al amanecer se da el hermoso espectáculo de su lucero desprendiéndose del regazo de la luna que agoniza y muere. Por eso le hicieron contrafachada, ésta sí, mirando al Poniente, para espiar el nacimiento de la Luna, inicio del cómputo cronológico. En la fachada principal, su cátedra sabia para hombres de alta cultura democráticamente mezclados con la gente del pueblo, en la compra y venta del mercado: un templo a la muerte y resurrección de la Luna.

BIBLIOGRAFÍA

- MELGAREJO VIVANCO, José Luis. *Los calendarios de Zempoala*. UV, Xalapa, Ver., 1966.
- PASO Y TRONCOSO, Francisco del. *Ensayo sobre los símbolos cronográficos de los mexicanos*. Museo Nacional de Arqueología, México, 1882.
- TOYNBEE, Arnold J. *Estudio de la Historia*. Emecé, Buenos Aires, 1951.

EL TEMPLO A LA LUNA

Los restos arqueológicos de poblaciones totonacas abundan mostrando, en forma destacada, tres montículos dedicados al Sol, a la Luna y al planeta Venus; es la triología de un pueblo cuyo número mágico, el tres, queda reforzado por los números nones. Las viejas religiones de Padre-Madre-Hijo, identificadas como matrimonio de Sol y Luna, de donde nació Venus, tal vez por conocidas entre pueblos nómadas del desierto, con regencia en



Templo a la Luna (Tezcatlipocas). Lados oriente y sur

Saba, fueron denominadas sabeístas, coincidiendo con el matriarcado y con la época de la reina de Saba, supuestamente cuando también reinaba Salomón; y como el arqueólogo Alfonso Medellín Zenil encontró en Remojadas, municipio de Soledad de Doblado, Veracruz, magníficas terracotas de la trilogía, fechables en el Preclásico Medio (1200-600 a. C.), se ha recordado que todavía cuando el primer contacto con los españoles (1519), habían conservado los totonaca, muy fuertes, definidores elementos culturales del grupo semita. No importa ignorar cómo llegaron, lo irrefutable viene siendo su presencia material, estratigráfica y el documento histórico del paje que dejó Hernán Cortés en Zempoala, comunicado a Bartolomé de las Casas y publicado en su *Apologética historia*.

Los totonaca, partiendo de la costa central veracruzana, conquistaron, al menos, el valle de Teotihuacán, donde levantaron su metrópolis; pero ya en la Era del Padre, la pirámide más alta, recuerdo del zigurat, fue para el Sol; regía el patriarcado, no ingrato, pues el segundo templo fue para la Luna y el tercero, para Venus; mas, cualquiera que fuera el orden jerárquico, en Tajín debería estar la trilogía. Y está. Gracias a los trabajos financiados por el Gobierno de Veracruz, los investigadores de la Universidad Veracruzana, con autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia, lograron desenterrar maravillas e historia; hoy, quien visite la ciudad insigne ya puede contemplar, en este orden, los templos a la Luna, al Sol y a Venus.

Desentendidos del retén a la puerta, está primero la Plaza Monumental, cuyo edificio sur es el dedicado a la Luna, con especificaciones de recia personalidad. Sus exploradores, el arqueólogo Mario Navarrete Hernández y el arquitecto Antonio Moreno Medina, destacaron su descubrimiento por las cuatro escalinatas, lejanas, pero evocadoras de las cuatro que también están en El Castillo de Chichén Itzá, hacia cada uno de los puntos cardinales. Aquí, los lados oriental y occidental carecen de nichos ornamentales; los construyeron en los flancos norte y sur. La escalinata norte se interrumpe con el adorno de los nichos, cuatro veces en grupos de cinco, es

decir, 20. Nada más elemental: cinco son los dedos en cada una de las cuatro extremidades del hombre. Bernardino de Sahagún habló de una semana de cinco días, a la cual proponía llamar quintana, que todavía recientemente, David Roberts encontró entre los dogon, por la curva del río Níger. La veintena tuvo su jeroglífico ya en el Imperio Teotihuacano; una de las grafías iniciales a la escritura y un periodo de 20 días fue dado por "mes" en lugar de "veintena". Este simplismo parece romperse frente a la semana de siete días, usada por los totonaca en cada una de las fases de la lunación de 28 días o frente a la docena, tan hondamente arraigada; y hace pensar en ésta, la escalinata del sur, adornada con cuatro filas de seis nichos cada una, para un total de 24, dos docenas. El número 24 no es conocido entre los números mágicos mesoamericanos y sumándolo al número 20, arroja 44, que de algún modo se parece a los 40 días del periodo ciclónico en la costa central veracruzana y como en otro edificio del Tajín este periodo ya quedó inscrito en la relatividad, sería prudente su análisis.

Para la tradición campesina veracruzana, el periodo ciclónico principia el día 24 de agosto, día de San Bartolomé Apóstol, cuando "el diablo se suelta", es decir, Huracán rompe las ligaduras que lo tenían atado, y contando a partir del 25 se completan los 24 días de los 24 nichos en la escalinata sur, el día 17 de septiembre; sorpresivo, pues al día siguiente, 18, comenzaba la veintena llamada *Teotleco*, traducible, al decir de Sahagún, por "la llegada de los dioses", aun cuando también se conocía por *Pachtontli*, recordando al *pachtli*, porque los negros, olmecas históricos, tenían el pelo crespo, cual bolitas de *pachtli*. Si el calendario se ajustaba, *Teotleco* terminaba el día 7 de octubre, tres días después del día 4, del cordonazo de San Francisco, última oportunidad al Huracán. En consecuencia, estos 20 días, representados por los nichos en la escalinata norte del edificio sur en la Plaza Monumental, corresponden a la veintena llamada *Teotleco* y *Pachtontli*, para un santuario que terminaría siendo a Huracán.

Sahagán se ocupó de *Teotleco* en dos ocasiones. Primero dijo: “A los quince días de este mes, los mozos y muchachos enramaban los altares” y lo hacían jóvenes, porque Tezcatlipoca era el dios joven. Siguió: “A los diez y ocho días, llegaba el dios que siempre es mancebo, que le llamaban Tlamatzíncatl, este es Titlacáuen”, Tezcatlipoca. Cerrando: “El postrero día de este mes era la gran fiesta, porque dicen que todos los dioses llegaban entonces”; ahora la fiesta de San Francisco, tan multiplicada en el siglo XVI por los franciscanos, pero, antes, el sincretismo hacia el monoteísmo es claro en el decir: “todos los dioses llegaban entonces”.

En otra descripción de *Teotleco*, Sahagán dijo de la fiesta final: “quemaban vivos a muchos esclavos, echábanlos vivos en el fuego, en un altar grande que se llamaba *teccalco*, que tenían gradas por cuatro partes”, precisamente las cuatro escalinatas del templo sur en la Plaza Monumental del Tajín. Concluyó: “encima del altar andaba bailando un mancebo aderezado con una larga cabellera... con un *huacalli* y un conejo seco en él... también otro mancebo se aderezaba como murciélago, con sus alas y con todo lo demás para parecer murciélago”: los mancebos, tal vez, por ser Tezcatlipoca el dios de la juventud; los cabellos largos para significar que no se los habían cortado en ofrenda para Tláloc; el conejo era el de la Luna de la canícula, seca, sin agua; y el murciélago, que con tarántulas, alacranes y arañas, de noche brotan, en la oscurana de los eclipses, en los finales del *xiuhmolpilli*, alimentándose con la sangre de los dormidos como muertos; el huracán, el diluvio, fin del mundo.

Al principio del investigar mesoamericanista, fueron más conocidos los *Bacab* yucatecos, como sostenedores del cielo, cuatro Tezcatlipocas. Dice la *Relación de Diego de Landa*:

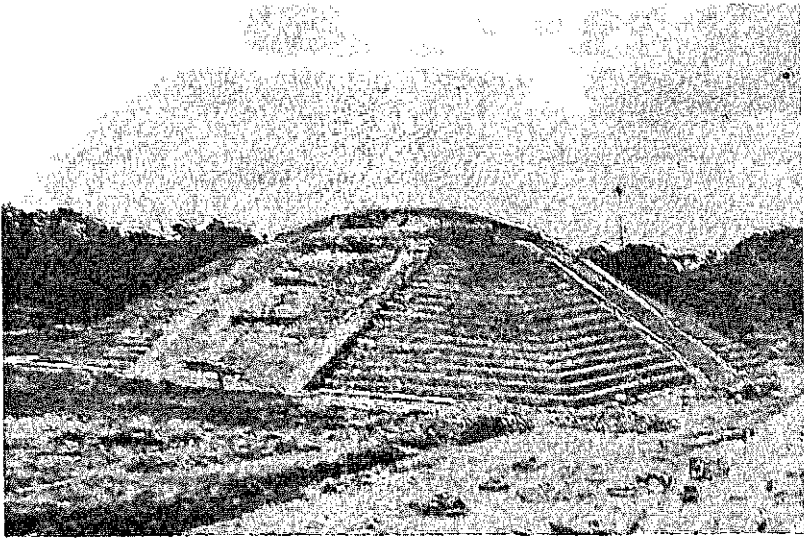
Entre la muchedumbre de dioses que esta gente adoraba, adoraban cuatro llamados *Bacab* cada uno de ellos. Éstos, decían, eran cuatro hermanos a los cuales puso Dios, cuando crió el mundo, a las cuatro partes de él sustentando el cielo para que no se cayese. Decían también de estos *Bacabes* que escaparon cuando el mundo fue destruido por el diluvio...

por el huracán. Los puntos cardinales asigandos en Yucatán difieren de la geografía del centro de Veracruz, pero el mecanismo es igual, con el agregado de que los años yucatecos, regidos por su Fuego Nuevo, comenzaban en *Calli*, Casa, *Akbal*. De todas maneras, cada flanco del templo sur, en la Plaza Monumental del Tajín, correspondió a un Tezcatlipoca o *Bacab*. En Yucatán, el Norte se confió a *Ix*, era *océlotl*, el tigre de un Tezcatlipoca mutilado, con piel manchada de negros luceros, que trocaban en la constelación de la estrella polar.

La *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, ocupándose “De la creación y principio del mundo y de los primeros dioses” dice —a sabiendas de reseñar una historia comenzada con el apoderamiento nonoalca de Tula, es decir, del año novecientos en adelante— que hubo un primer y más antiguo dios, llamado Tonacatecutli, el Señor de los Alimentos, el cual procreó cuatro hijos, los Tezcatlipoca: el Rojo (Tlatlahqui-Tezcatlipoca) en el Oriente; el Negro (Yayauhqui-Tezcatlipoca) al Poniente; el Blanco (Yahualliehécatl-Quetzalcóatl) al Norte; y el azul (Omithecuitli-Huitzilopochtli) al Sur “porque fue izquierdo” y los indígenas hacían la orientación de los cuatro puntos cardinales mirando al Poniente; así está orientada la Plaza Monumental y sus cuatro grandes edificios.

En el calendario tenochca, síntesis del mesoamericano, a la veintena llamada *Teotleco* (*Pachtontli*), seguía —iniciando el ocho de octubre— la veintena *Tepeilhuitl* (*Hueypachtli*), en la que festejaban a los cerros, por haberlos librado de las inundaciones, y el nexa con el dios negro era el cabello como bolitas de *pachtli*. Diego Durán, llamándole *Huey-Pachtli* a la fiesta, equivocó el nombre de Huracán por Tláloc, aunque lo definió como “dios de los rayos y truenos”; además, explicó la costumbre mexicana de adornar —ahora por la navidad— los arbolitos con *pachtli*:

Hacían figuras de arbolitos y colgaban en ellos de aquel género de yerbas que nombramos, por no saber con qué nombre romancearlo, ‘mal de ojo’, que ellos lo llaman *pachtli*, que, como he dicho, es una yerba parda, que nace y se cuelga en los montes, de las ramas de los árboles de encinos y de robles, como cordelejos asidos los unos de los otros.



Templo a los cuatro Tezcatlipocas. Lados norte y poniente

Diego de Landa visitó Chichén Itzá. Le impresionó más el edificio ahora llamado El Castillo, según él, consagrado a Kukulcán, Quetzalcóatl. Quedan elementos culturales para considerarlo así, pero, un santuario anterior, cubierto por el ahora visible, seguramente fue consagrado a Huracán, pues ahí está su escultura, llamada Chac Mool, agua con garras, y el trono del jaguar, para que tomase asiento el dios invisible, huésped en la fiesta de *Teotleco*, *Zotz* en maya, murciélago; de no escusa representación en El Tajín. La rama tolteca, desgajada en Huehuetlapalan después del año 544, ya diciéndose *itzá*, llegó a Bakalar el año 695, cierre del *Baktún 9* y paso del cometa Halley, extendiéndose a Chichén Itzá y Champotón. Pero, el principio de los años setecientos, tocaron tierra de Champotón, en su ruta, los olmecas históricos y dos siglos después, éstos ya tenían el mando político en Tula y en su imperio; las dinastías de los Cocom, Tutul Xiú, Canek, filológicamente, son el mejor testimonio de la religión de Tezcatlipoca; por eso la momentánea similitud entre los

teocalis El Castillo de Chichén Itzá y el Edificio Sur en la Plaza Monumental del Tajín, analogías para ser analizadas más acuciosamente. Si la subestructura de El Castillo se consagró a Huracán, en el Postclásico Temprano (900-1200 d. C.), habría una reacción poderosa en favor de Kukulcán, hasta dedicarle la estructura en el Postclásico Tardío (1200-1500 d. C.), como en los templos redondos en el Totonacapan. Sería una posible consecuencia.

En su *Relación*, Diego de Landa presentó clara imagen de cuatro dioses llamados *Bacab* por los mayas, uno en cada punto cardinal sosteniendo al cielo; en el centro de México eran los cuatro Tezcatlipocas; y Tezcatiploca fue bien definido por Alfonso Caso: "significa el cielo nocturno y está conectado por eso con todos los dioses estelares, con la Luna y con aquellos que significan muerte, maldad o destrucción". En los Lienzos de Tuxpan y precisamente donde quedaría Papantla (Luna Buena), el toponímico es la cabeza de Tezcatlipoca, la Luna, reina de la noche que con sus cuatro fases modeló a los cuatro Tezcatlipocas, los cuatro *Bacab*, de modo que su templo, lo era para la Luna y en El Tajín, urbanísticamente, se completa la trilogía totonaca sabeísta: Luna, la madre; Sol, el padre; y Venus, el hijo; cada uno con su templo, cual en la tradición planificadora de los totonaca. Por encima de todo, para los campesinos de la costa central veracruzana, casi es un dogma que los fenómenos climatológicos de las cuatro estaciones están regidos, invariablemente, por las cuatro fases de la Luna; sus resonancias mágicas están presentes. Cuando menguaba El Tajín, emergía Papantla, la Luna Buena, en su idioma.

BIBLIOGRAFÍA

- CÓDICE MENDOCINO. Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1925.
- DURÁN, Diego. *Historia de las Indias de Nueva España*. Porrúa, México, 1967.
- EL LIBRO DE LOS LIBROS DE CHILAM BALAM. FCE, México, 1963.

- "*HISTORIA DE LOS MEXICANOS POR SUS PINTURAS*", en: Pomar-Zurita. *Relaciones de Tezcoco*. Chávez Hayhoe, México, 1941.
- IXTLILXÓCHITL, Fernando de Alva. *Obras históricas*. Secretaría de Fomento, México, 1891.
- LANDA, Diego de. *Relación de las cosas de Yucatán*. Robredo, México, 1938 .
- MARQUINA, Ignacio. *Arquitectura prehispánica*. SEP, México, 1951.
- ROBERTS, David. "Mali's Dogon", en: *National Geographic*. Washington, 1990.
- SAHAGÚN, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Robredo, México, 1938.

EL TEMPLO AL SOL

Quien visita la ciudad arqueológica del Tajín, comenzando por la Plaza Monumental, mira en ella, cerrándola por el Sur, al templo que dedicaron a la Luna bajo la forma de cuatro Tezcatlipocas o *Bacabs*; después, cerrándola por el Norte, al teocalli para el Sol, fácilmente reconocible por constar de cinco cuerpos, adornados con sus respectivos nichos; como lujo arquitectónico, después del muy conocido Edificio de los Nichos, es el más llamativo,



Templo del Sol. Fachada oriental. Plaza Monumental

siendo su identificación sencilla porque cinco cuerpos hacen caer en Macuilxóchitl, dios compañero de los totonaca a lo largo de su historia, el más representado con esculturas de piedra y preferido por simbolizar los valores del espíritu.

Se discutió mucho sobre qué contenían los nichos del Tajín y se concluyó entonces que no contenían nada, eran meramente decorativos, en lugar de los tableros teotihuacanos; pero aun así, su disposición, su número y agrupación terminaron haciendo considerar que los nichos contenían al número, al concepto; no hay vacío. Asidos a esta idea, en el supuesto Templo al Sol se hizo el examen de los nichos, principiando en lo más alto, donde hay un par de santuarios, para dos deidades, cual en el Templo a Huitzilopochtli de Tenochtitlán, uno para este dios y el otro para Tláloc; allá con una escalinata doble, aquí con dos escalinatas, una en el norte y otra en el sur.

El flanco del edificio que ve al Oriente, en su cuerpo superior, fue adornado con 12 nichos —los últimos— en el quinto tramo piramidal; descendiendo, en el cuarto cuerpo colocaron 16; en el tercer cuerpo hay 20, en matemático aumento de cuatro unidades; pero, sorprendentemente, ya en el segundo cuerpo sólo confeccionaron 23 nichos, cuando, en teoría, debieron ser 24; y no se diga el primer cuerpo, que sólo tiene 15, para sumar 86; muy extraño si se recuerda que la primer pirámide conocida por sus nichos tiene 91 en cada lado, antes de soportar la escalera; y aquí, el problema no es el faltante aritmético de cinco nichos, pues aun queriendo ponérselos imaginativamente, dada la medida estereotipada, cabrían más; y como ni en la primera construcción —inagurada tal vez en 843, encima de la cual, en el año de 895, superpusieron la segunda y en 947, la tercera y última— ni en estas posteriores etapas constructivas estuvieron los nichos que se supone faltan en esta porción de muro; así, más que un descuido, más que un capricho, se testimonia una decisión empecinada. Complementariamente, para su cara occidental, supuesta la simetría bilateral, deberían existir nichos en igual número y no es así, pues cuenta con 98 nichos, aun cuando —alarma en el desorden— la suma de los dos lados es de 184, cuya mitad, 92,

casi da el 91 teórico, persistiendo la interrogante sobre el tramo carente de nichos.

Producto de sobreposición de pirámides truncadas, en esta construcción de cuatro lados, el de la parte norte luce una escalinata central, delimitada por sus respectivas alfardas. A los lados de cada cuerpo, igualmente colocaron los nichos, correspondiendo al quinto nivel —el superior— cinco y cinco, es decir, 10; el cuarto cuerpo lleva siete y siete, para 14; al tercer cuerpo le pusieron 10 y 10, válido por 20; al segundo cuerpo le subieron a 11 y 11, haciendo 22; y en el primer cuerpo, colocaron 13 y 13, o sea, 26 nichos; en conjunto, los enumerados nichos en este lado son 92. Así de sencillo y equilibrado, pese a sobrar uno, si debieran ser 91, que agregándole dos (uno en lo alto de cada una de sus alfardas), llegan al total de 94. Preocupante.

Con su lado sur, el edificio aquí comentado cierra la Plaza Monumental y ahí está el arranque de la escalinata en la cual pusieron lo distintivo —por otra parte muy semejante al referido lado norte—. Prosiguiendo en igual orden, hay en el quinto cuerpo nichos a los dos lados de la escalinata: son cinco y cinco, para sumar 10; en el cuarto cuerpo, seis y seis, para 12; colocaron al tercer cuerpo, ocho y ocho, es decir, 16 nichos; en el segundo 10 y 10, bueno por 20; y en el primer cuerpo, 12 y 12, para 24 nichos. Quedaron en los cuerpos 82 nichos, a los cuales deben sumarse seis en lo alto de la escalinata (cuatro al frente y dos laterales) más dos y dos en lo alto de cada una de las alfardas; estos cuatro, sumados a 10 y a los anteriores, elevan el total a 92 nichos.

Rescapitulando: sin armonías pitagóricas, los números resultan, entre los totonaca, principio y fin de la sabiduría. El Templo al Sol en El Tajín tuvo —tiene— 86 nichos en el oriente, 98 en el poniente y los cuatro lados arrojan la suma de 370 nichos, y aquí fueron considerados días para el año trópico; pero éste se ha computado, de manera común, en 365 días que los indígenas integraban con 360 días del año vago y cinco días llamados *nemontemi*. En estas líneas, frente a los días que sobran, se debe considerar al bisiestos; pero al sobrar cinco bisiestos, es posible colocar un bisiestos cada cuatro años; esta

intercalación cubriría un lapso de 20 años, de un *Katún* en idioma de los mayas, pero no un *Katún* viejo de 20 *Tunes*, que serían 7 200 días, sino un *Katún* moderno de 7 305 días, por haber añadido los días complementarios y los bisiestos. El testimonio perpetuado por los nichos en el Templo al Sol equivale a la fe notarial de que los cronólogos, en El Tajín, encontraron la manera de corregir los bisiestos en un periodo de 20 años, por lo cual, el nuevo *Katún* adquiriría otra dimensión cronológica, y seguramente al comenzar a percibirlo entraría en contradicción de aquella cuenta larga que los mayas finalmente abandonaron. Este triunfo alcanzaron y lo materializaron, aun cuando de manera críptica, en protesta por haberles impuesto cambios religiosos y políticos.

En El Tajín hay cifrados de puntos y barras únicamente, pues el Sello del Coyote (985), con heterodoxa inscripción de la cuenta larga, ciertamente fue hallado en la totonaca Zempoala; éste es el mismo sistema que ya se habían señalado al estudiar la Piedra del Calendario tenochea. Herman Aschmann, en su *Vocabulario de la Sierra totonaca*, escribió: "Los números, del uno al veinte, son propiamente parte de la palabra y no existen por sí solos como palabras completas". Celestino Patiño, en su *Vocabulario Totonaco*, de Papantla, y muy anterior, presentó un grupo de palabras del uno al 10, continuadas con: 10 y uno, 10 y dos..., pero a partir del 20 ya se presentan dentro del sistema vigesimal, que los mayas alteraban en cronología sólo con las 18 veintenas del *Tun* (año de 360 días); en el *Katún*, eran 20 *Tunes*, para 7 200 días, faltándole 105 días a la cuenta correcta; 20 veces los cinco días complementarios hacen 100, y cinco días, por bisiestos, daban 7 305 días, exactos en 20 años. Este sistema decimal-vigesimal, creado por la naturaleza con 10-20 dedos en el hombre, siempre fue más antiguo y resistió frente a la docena que Sumeria logró difundir durante mucho tiempo, según lo expuso Arnold Toynbee. ¿Corregir el bisiesto en el *Katún* sería invento local, cuya patente intentarían esconder en el desorden de este Templo a Macuilxóchitl? Quién sabe; aquí se presentan los hechos.



Templo al Sol. Vista poniente. Plaza Monumental

Fue conocida, desde cuando un poblador de San Andrés Tuxtla, Veracruz la encontró, en el barrio de Campeche, una estatuita; su inscripción con barras y puntos (8.6.2.4.17) representa una fecha (421-422) de la cuenta larga, usada por olmecas y mayas; ahí está el *Katún*, representado por el número seis; luego, en territorio veracruzano fueron apareciendo: la Estela C de Tres Zapotes, las Estelas 6 y 8 de Cerro de las Mesas, el Sello del Coyote de Zempola y el Sello del Eyipantla (10.19.18.14.5; 1483) como la última por su año. Eran conocidas inscripciones únicamente con barras y puntos en el Monolito de Maltrata estudiado por Alfonso Medellín Zanil y en el propio Tajín en el caso de la fecha conmemorativa 13 Conejo, de 842, paso del planeta Venus por el disco solar; así, encontrar al *Katún* y su correspondiente corrección del bisiesto en El Tajín no extraña, no podría extrañar al mesoamericanismo; esta corrección está en el *Códice Telleriano-Remensis* (Ríos), donde se ilustran los complementarios cinco días al *Tun* de 360 y un día más, cada cuatro años,

para el bisiesto que, por otra parte, Sahagún había defendido con calor, casi con ira.

Benardino de Sahagún, al ocuparse de Macuilxóchitl, pensaba en un dios de clase alta, celebrado en la fiesta llamada *Xochilhuitl*, fiesta de las flores, movable. Sus devotos, cuatro días antes deberían observar castidad para no ser castigados con enfermedades venéreas y el *Códice Borgia* pone a Macuilxóchitl deformado por la sífilis, casi para recordar, con Walter Krickeberg, que a los totonaca les decían “los calientes, los de la tierra caliente”. Tras el ayuno previo, la celebración era con música y danzas, realizaban sacrificios pequeños, ofreciendo, entre otras cosas, panes —dice Sahagún— “que llaman *xonecuilli* figurando una ese, simbolizando al rayo que cae del cielo”, mientras otros eran a manera de una mariposa. Corporalmente lo describió rojo, cual desollado, tal vez ligándolo al rito de la vegetación que se cubre con piel o follaje nuevo; la boca y barba pintadas de blanco, una corona verde con plumas, manta bermeja, sandalias muy adornadas, rodela con borlas haciendo la cruz griega para decirse dios (*téotl*) y cetro a manera de corazón, simbolizando amor; todo parecido a sus pinturas en los códices o a la magnífica escultura tenochea custodiada en el Museo Nacional de Antropología. Seguramente no deberá desligarse mucho la fiesta solar en el día 1 Flor de la de onomástico, 5 Flor, *Macuilxóchitl*.

Sahagún vio a los nacidos en *ce Xóchitl* como alegres, parecidos a los que lo eran en *macuil Xóchitl*, pero este último nombre calendárico, tomado del *Tonalpohualli*, fue movable, siendo teóricamente fijo en el año trópico. Este año, que también podría llamarse civil, cuando el calendario se ajustaba, tenía principio el día primero de mayo, denominándose su día inicial: *1 Cipactli*, cuya primer veintena concluía en *7 Xóchitl*; era la fiesta de Chicomexóchitl y 180 días después caía la de Macuilxóchitl; dos dioses encabezando, cada uno, medio año. Chicomexóchitl, el Sol, está en El Tajín, presidiendo el Omeyocan, riendo a carcajadas, en tanto Macuilxóchitl, dios de la música, la danza, el arte, ríe también, deidad solar, en las mestizas Caritas Sonrientes del Totonacapan meridional; pero, cubriendo a



Templo al Sol. Flanco sur. Plaza monumental

todo el territorio totonaca, están esas esculturas en piedra con la representación de Macuilxóchitl, sentado, piernas flexionadas, brazos cruzados, en la cabeza un adorno con cinco plumas de águila solar. Dada su abundancia, puede suponerse a Macuilxóchitl, advocación solar preferida por los totonaca, el numen del grupo, que calendáricamente preside medio año, a partir del último día de *Quecholli*, 20 de noviembre, hasta el día 20 de mayo, tiempo en el cual, florece la mayor parte de los vegetales, resultando en Xochipilli, Señor de las Flores; en tanto a Chicomexóchitl, del 20 de mayo al 20 de noviembre, le corresponden los frutos. Utilitarismo y placer, una dualidad psicológica.

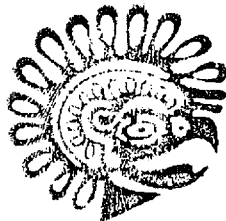
El Templo al Sol, en la Plaza Monumental, construido para Macuilxóchitl, en lo más alto conserva los restos de un par de santuarios, como el Templo de Huitzilopochtli en Tenochtitlán. Aquí, seguramente, para Macuilxóchitl, titular, y para Chicomexóchitl, invitado; pero no se debe silenciar la circunstancia de que cuando los totonaca

iniciaron sus construcciones en el Teotihuacán del último siglo anterior a la Era Cristiana todavía estaban en la Era del Padre, y habiéndole consagrado al Sol su mayor pirámide, lo era para el dios Tonacatecuhtli, el Señor de los Alimentos; y si, cual se acaba de señalar, a Macuilxóchitl correspondían las flores y a Chicomexóchitl, cosechas y alimentos, cuando terminó la Era del Padre y comenzó la del Hijo, los totonaca fueron desalojados de Teotihuacán, regresaron a su vieja costa y al construir en Tajín, lo hacían en la Era del Hijo; por eso, el Mausoleo de los Nichos, cuando fue cambiado a templo, lo fue —y sigue siendo— el mayor, para el planeta Venus, dedicado a Tlahuizcalpantecuhtli, Señor del Alba, como el mejor de Tula, debiéndose conformar el viejo Sol, con su Templo a Maculxóchitl en El Tajín. Las viejas generaciones relevadas por las nuevas, mandato dialéctico, biológico.

BIBLIOGRAFÍA

- ASCHMANN, Herman P. *Totonaco de la Sierra Norte de Puebla*. Instituto Lingüístico de Verano, México, 1962.
- CÓDICE BORGIA. FCE, México, 1963.
- CÓDICE TELLERIANO-REMENSIS. Secretaría de Hacienda, México, 1964.
- KRICKEBERG, Walter. *Los totonaca*. SEP, México, 1933.
- MEDELLÍN ZENIL, Alfonso. "El Monolito de Maltrata, Veracruz", en: *La Palabra y el Hombre*. UV, Xalapa, Ver., octubre-diciembre, 1962, pp. 555-561.
- PATIÑO, Celestino. *Vocabulario totonaco*. Tipográfica del Gobierno, Xalapa, Ver., 1907.
- SAHAGÚN, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Robredo, México, 1938.
- TOYNBEE, Arnold J. *Estudio de la Historia*. Emecé, Buenos Aires, 1951.

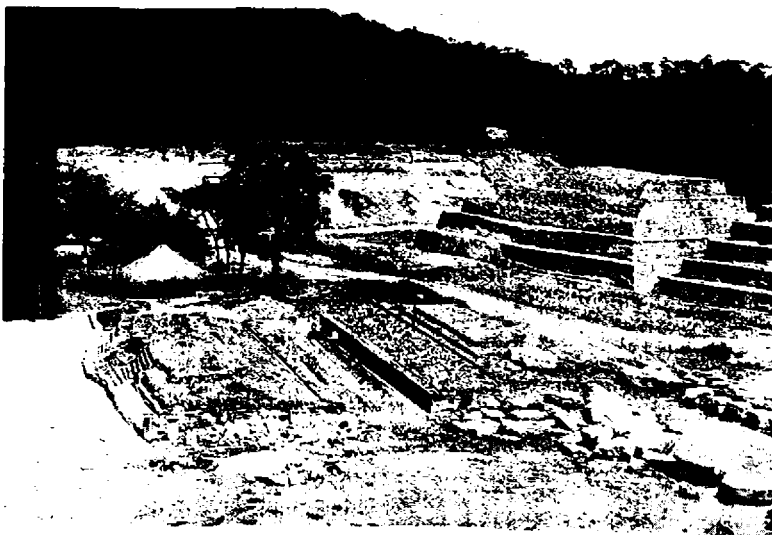
ORÁCULOS



BIBLIOTECA
INSTITUTO DE ANTROPOLOGIA
UNIVERSIDAD VERACRUZANA
XALAPA VER.

LOS JUEGOS DE PELOTA

Los Juegos de Pelota son la forma mesoamericana de los oráculos. Por su abundancia, no era Tajín urbe deportiva, sino de augurios, de adivinos. Existe suficiente, confiable literatura publicada en torno al tema, basada en relatos de la época del contacto español, cuando el juego de pelota ya era predominantemente un deporte, incluso con apuestas. Persistían algunos elementos de su antigua concepción y con ellos es posible acercarse



Los muros paralelos en los Juegos de Pelota

a su representación en códices y relieves nativos para tener idea de lo que fuera tiempo atrás. El juego de pelota, como acción, se decía *ol-lama* y las instalaciones donde se jugaba eran conocidas por *tlachtli*, donde campo era propiamente la superficie para los jugadores, distinta del graderío para los espectadores o los altares a los dioses; por otra parte, la palabra *teotlachtli* designa una construcción especial para que jugaran los dioses, los antepasados, en la persona del sacerdote, y se infiere que con carácter sagrado, mágico, hasta el grado de erigirles una construcción especial, sin anillos por donde pasara la pelota o éstos realizados con base en una concepción astronómica, singularizada por su extrema dificultad. Entre las reflexiones podría considerarse si los Juegos de Pelota con relieves en sus cuatro extremos representan un periodo anterior, más ligado con astronomía y rito agrario, propiciado por un sistema político previo a la época de los seis relieves, más cargados de acentos extraños y de magia, expresión de otro grupo adueñado del poder gubernamental.

Por no haberse hallado juegos de pelota en el Teotihuacán de su apogeo, entre los comienzos de la Era Cristiana y los años seiscientos, cuando su consunción, se les considera posteriores, correspondientes al horizonte arqueológico llamado Postclásico, surgirían precisamente en el siglo VII, iniciándose lo deportivo a finales del Clásico Tardío. Tal vez hubo añejo raigón: Alfonso Caso se refirió a un jugar de pelota en la pintura del Tlalocan; pero no es, de ninguna manera, lo considerado juego de pelota ni es tan teotihuacana la época porque la pintura se halló en San Francisco Mazapan, barrio que parecen haber ocupado los tolteca cuando finalizaba el 600. En el caso del Tajín, considerado su apogeo dentro del Clásico Tardío, han aparecido en el Juego de Pelota Sur fechas de *xiuhmolpillis* complementadas por las de tipo común en la epigrafía mesoamericana; por lo cual, una historia recogida por fray Juan de Torquemada se afirma y apunta en las inscripciones de Cerro de las Mesas y en el *Códice Nuttall*, pudiendo situarse ya las fechas de construcción del Juego de Pelota Sur dentro de los años de 739-895. Pese a esto, se debe distinguir entre la época del surgimiento de la idea de juego de pelota y el

tiempo en el cual principiaron a construirse los de Mesoamérica, porque, por ejemplo, el Museo de Antropología de Xalapa exhibe un medio anillo del juego de pelota conservado en Aparicio, municipio de Vega de Alatorre, Veracruz, en el que aparece un relieve del **Bubosito** al cual unas llamas queman sus pies, tal en la leyenda cuando se crearon los Soles o, reinterpretado, cuando **Venus-Quetzalcóatl** se arroja a la hoguera para reaparecer, purificado de pecados, en astro resplandeciente. Es decir, el escultor de Aparicio, realiza su obra viviendo en el Clásico Tardío y evoca un mito del viejo Teotihuacán.

Los arqueólogos mexicanos han trabajado arduamente para fijar el principio de la metalurgia en Mesoamérica; ya se puede confiar en ese Lienzo de Jucutácato señalando la llegada de los artesanos metalúrgicos, los encenizados, a Isla de Sacrificios (*Chalchihuitlapazco*) y luego a *Chalchicueyecan*, así como en la Estela 6 de Cerro de las Mesas, del año 727, mostrando la presencia de Hueman, conductor de los olmeca históricos y cuya presencia, por lo menos cultural, en El Tajín quedó certificada por los grandes cascabeles de cobre con rostros olmecas y por unas fechas grabadas en las que usan hacha de cobre para sustituir al *técpatl* en los relieves del Juego de Pelota Sur, sustitución de símbolos que sobrevive en el *Códice Dehesa*. En tal forma, los olmeca históricos incorporarían sus elementos culturales a otros, como los conocimientos astronómicos que venían de muy atrás. Otros impulsos humanos habrían de llevar lo esencial hasta el suroeste de los Estados Unidos de Norteamérica.

La hoy ciudad arqueológica del Tajín fue mandada construir por Xatontan:

y así fue enterrado en un honroso sepulcro que él, poco antes que muriese, había mandado hacer con este propósito de enterrarse en él, él y todos sus descendientes, lo cual fue mandado como en cláusula de testamento y fue precepto inviolable que todos sus futuros descendientes guardaron,

escribió Juan de Torquemada. Era la idea original. Por ella surgió la necrópolis llamada Micltlan en el idioma de los tolteca; sus lápidas con este nombre fueron colocadas y están en cada uno de los cuatro

extremos del Juego de Pelota Sur, cual todavía se registraba —con ese nombre de Mictlan— en el distrito tributario de Tuxpan, según el *Códice Mendocino*. Seguramente por influjo de los olmeca, adoptaron el culto a Huracán y a este nuevo dios consagrarían la ciudad llamándola Tajín en el habla totonaca; pero esta última decisión jamás lograría desenraizar una más caladora tradición que los totonaca sostenían, al menos desde su esplendor en Teotihuacán. Ya Laurette Séjourné divulgó la traducción que Miguel León-Portilla hizo de una parte del *Códice Matritense* de la Real Academia de la Historia. Textos de los Informes de Sahagún dijeron:

y lo llamaron Teotihuacán
porque era el lugar
donde se enterraban los señores...
Por esto decían los viejos
quien ha muerto, se ha vuelto un dios.
Decían: se hizo allí dios,
quiere decir que murió...

Xatontan sentía, pensaba, ordenaba como totonaca teotihuacano. Y tanto que la célebre pirámide con los nichos casi es el duplicado del Templo a Quetzalcóatl teotihuacano; aquél con tantas cabezas de serpiente como días del año y ésta, con los nichos en vez de las cabezas trofeo.

Así, al tener en un preponderante lugar a los muertos, deberá buscarse al juego de pelota una relación con ultratumba o con el Mictlan —Tajín era Mictlan— y acaso el interventor fuese Xólotl, tan destacado en los informes para el juego de pelota y dios de los mismos. Xólotl había ido al inframundo en busca de los huesos de su padre, de sus ancestros, para crear nueva generación y, en esa forma, lograr la eternidad. Sería éste un sentido en el *Popol Buj* de los quichés, cuando en su Tercera Tradición dice: “Por eso cada uno de los *Ajup* (cerbataneros) hasta el séptimo, solamente se engalanaban para jugar todos los días, luchando de dos en dos y hasta cuatro cuando llegaban a reunirse en la casa del juego”. El relato continúa informando

cómo los de *Xibalbá* (inframundo) deseaban las joyas de los *Ajup* y los mandaron llamar:

Dicen los señores que vayan ustedes allá, que jugarán con ellos... que traigan también sus pelotas de goma... que traigan todos sus objetos de juego, dijeron los señores... Está bien... vamos a despedirnos de nuestra madre... y llegaron entonces a un camino bajo tierra... que bajaba hacia donde se encontraba *Xibalbá*... hallando al llegar a un río de sangre... otro río de agua... Luego llegaron al encuentro de cuatro caminos... uno de los caminos era colorado; otro era negro; otro era blanco y el otro, amarillo (tomaron el negro y llegaron a *Xibalbá*, donde había lugares de tormento). El primero de esos lugares de suplicio era la Cueva Negra... la Cueva del Frío... la Cueva de los Tigres... la Cueva de los Murciélagos... la Cueva de los Pedernales.

El mito siguió narrando cómo los decapitaron —tal vez a la manera de los decapitados en el juego de pelota—, cómo pusieron sus cabezas en las ramas de un árbol y éste fructificó. En esencia, podría tratarse de un rito agrario: siete cerbataneros lo realizaron como jugadores de pelota; cuando fueron degollados, con siete chorros de sangre —símbolo de *Chicomecóatl*— fecundaron el agro y los árboles fructificaron (quién sabe si también el árbol del cacao). En Aparicio, municipio de Vega de Alatorre, Veracruz, unas lápidas de su Juego de Pelota muestran a *Chicomecóatl* decapitada, con siete culebras cual siete chorros de sangre.

Parece haber estado más extendida la idea de los dioses usando a los astros en vez de pelotas para jugar en el *Teotlachtli*. No es aquí lugar para detenerse a ponderar la idea de los astros esféricos, redondos, sino para, en primer término, seleccionar al Sol como pelota roja, incandescente o gran fogón en llamas. El Juego de Pelota Sur del Tajín tiene su campo en dirección oriente-poniente, ahora lo adornan seis tableros esculpidos finamente: cuatro en los extremos y dos en el centro. Atendidos únicamente a esto y postergando la descripción o el significado de los relieves, en estas posiciones pudo haberse realizado el movimiento de la pelota-Sol, comenzando el solsticio de invierno, el día 22 de diciembre, para ir en diagonal hasta el extremo opuesto, en el equinoccio de primavera, el 21 de marzo.

Desde ahí, la pelota sería rechazada por la línea recta o cateto del muro, pero en su trayecto pasaría por el punto del día 19 de mayo, paso del Sol por el zenit en Teotihuacán y Tajín, para llegar a su extremo el 21 de junio, solsticio de verano. Desde aquí sería rebotada la esfera, diagonalmente y en dirección al extremo opuesto; pero, cual en el caso anterior, mediando su trayecto, pasaría en la línea marcada por el 26 de julio, segundo paso del Sol por el zenit de Teotihuacán-Tajín, para llegar a su extremo el 23 de septiembre o equinoccio de otoño, punto en el cual volvían a rechazar la pelota por la otra línea larga del campo, cerrando sus giros en el extremo correspondiente al 22 de diciembre y quedando en condiciones de repetir la trayectoria hasta el infinito.

Lo anterior, en un esquema gráfico, muestra que los días de solsticio quedan en el oriente del Juego de Pelota, los correspondientes a equinoccios, en el extremo poniente y los pasos del Sol por el zenit, en la parte media. En ese lugar, posteriormente, colocarían los anillos incitando al difícil paso de la pelota. Si lo anterior fue realizado por los jugadores, el juego de pelota era una lección de astronomía para deleite de los iniciados y su malabarismo, entretenimiento al espectador común. Por otra parte, el Juego de Pelota Sur inicialmente sólo tuvo cuatro tableros, uno en cada extremo, los del medio fueron agregados posteriormente, para quedar con seis, como desde su erección los tuvo el Juego de Pelota Central, a la manera del año conocido por hindú.

La Luna también sería considerada pelota en el juego nocturno con cuatro jugadoras, las cuatro fases, las cuatro hermanas mencionadas por Sahagún, sin olvidar que la Luna fue identificada también con Tezcatlipoca. Y un equivalente de las cuatro mujeres podrían ser los cuatro Tezcatlipocas, uno de cada color. Aquí es difícil desentrañar los nexos cuando la Luna es personificada en la Coyolxauhqui, que fue degollada, porque podría ser otro ángulo en los relieves de Aparicio. El historiador Tezozómoc, refiriendo el nacimiento de Huitzilopochtli en Coatepec, improvisó lecho en el Juego de Pelota: "y en el propio lugar de Tlachco, en el agujero del agua que está en medio, tomó Huitzilopochtli a la Coyolxauh, la mató, degolló, y le sacó el corazón".



Las proporciones del muro en el Juego de Pelota

En su lámina 22, el *Códice Vindobonensis* ofrece la pintura de un juego de pelota y, entre otros elementos, está la Coyolxauhqui degollada, que también representó en su lámina 13; y el *Códice Nuttall*, en su lámina 3, pone al juego de pelota como pedestal de la Coyolxauhqui, datos que permitirían ligar a Coyolxauhqui con Tlazoltéotl; de cualquier manera, la Luna y el Sol han sido típica pareja celeste; y si la Luna se descomponía en cuatro hermanas, una se llamaba Uixtocíhuatl y a Sahagún le informaron que le hacían fiesta en Tecuilhuitontli:

En el primero día de este mes hacían fiesta a la diosa de la sal, que llamaban Uixtocíhuatl; decían que era hermana mayor de los dioses Tlaloques; mataban a honra de esta diosa una mujer compuesta con los ornamentos que pintaban a la misma diosa... decían que era hermana de los dioses de la lluvia y, por cierta desgracia que hubo entre ellos y ella, la persiguieron y desterraron a las aguas saladas, y allí inventó la sal... con tinajas y con amontonar la tierra salada...

Posteriormente le sacaban el corazón y no la degollaban como a la Coyolxauhqui, pero simulaban que Cipactli le cortaba el cuello. Tal vez en otros pueblos tenía el rito características especiales; entre los tarascos, Krickeberg escribió que:

La diosa de la luna Xarátanga era venerada originalmente en Tzintzuntzan, y actuaba, igual que entre los aztecas, al mismo tiempo como diosa de la tierra, de la vegetación y del parto, pero presidía también los juegos de pelota, cuyo nombre tarasco *querehta* sobrevive en el nombre de la ciudad de Querétaro.

En cuanto a los Tezcatlipocas, en su lámina 21, el *Códice Borgia* ofrece las pinturas de un juego de pelota donde contienden el Tezcatlipoca Negro contra el Tezcatlipoca Rojo, evidentemente un sol negro de la noche contra el sol rojo del día.

El planeta Venus formó parte de la trinidad sabeísta y los totonaca ya lo tenían así en el horizonte Preclásico Medio de Remojadas. Cuando sus observaciones avanzaron hasta poder advertir sus pasos por el disco solar y de lo cual hay constancia en el año 62 de la Era Cristiana, les pudo ser fácil asociarlo a los Juegos de Pelota primitivos en el Teotihuacán II de la Leyenda de los Soles, dejando a los olmecas históricos, después del año 727 de la Era, las modificaciones del 834-842, quedando cronológicamente firmes en el 842, *13 Tochtli*, seguido del 843, *ce Ácatl*, dízque fecha del nacimiento de Quetzalcóatl en los *Anales de Cuauhtitlán*. Supuestamente fue llenándose de pecados el astro humanizado; se purificó arrojándose al fogón sagrado del Sol, el anillo. Purificado, renació. Era el nacimiento glosado por los *Anales de Cuauhtitlán* y astronómicamente, paso del planeta Venus por el disco solar.

Como astro de brillante color, Venus fue representado por la culebra con plumas de quetzal, Quetzalcóatl y, en sus ocultamientos, por su nahual o gemelo, Xólotl, desnudo de plumas preciosas, con escamas, identificado en la obscuridad con el coyote. Cuando el sacerdote tomó a su cargo la representación del drama sacro, el atuendo procuraba representar a Quetzalcóatl y a Xólotl. En sus comentarios al *Códice Borgia*, Eduard Seler escribió:

Así, el intérprete del *Códice Magliabechi* dice que Quetzalcóatl era hermano de un dios 'que se llamaba Xubolt, el cual ponen en los juegos de pelota', y en el 'canto que se cantaba en la fiesta, celebrada todos los años, de comer tamales de agua', *Atamalqualiztli*, se dice en la novena estrofa: 'Juega a la pelota Xólotl, en el mágico campo juega Xólotl a la pelota', que por necesitarse en el juego de pelota por lo menos dos personas...que la tarea de Xólotl era acompañar al sol hacia el Inframundo.

Ahí pone su carga de misterio, pero en "Los cantares a los Dioses" puso Sahagún:

El siguiente es el canto que entonaban cada ocho años (dos tránsitos contiguos de Venus), cuando comían tamales:

Yo, el príncipe Quetzalcóatl...
Juega pelota, juega pelota el viejo Xólotl,
en el campo del juego de pelota de hechiceros
juega Xólotl.

Cada ocho años, además, eran 2 920 días, equivalentes a cinco veces 584 días o cinco revoluciones sinódicas del planeta Venus, lo que, indudablemente, sacerdotes vestidos de Quetzalcóatl y Xólotl representaban con el juego de pelota.

Xólotl y Quetzalcóatl rebosaban simbolismos; representaban a la luz y a las tinieblas; en el juego de pelota serían luz y sombra: día y noche, con las pelotas del Sol y de la Luna, a más del planeta Venus, con brillos y ocultamientos, cumpliendo su tarea de girar en el cielo. Al tenor del *Códice Magliabechi*, Xólotl podría ser la deidad regente del juego de pelota, por su familiaridad con el inframundo y sus misterios, tal vez en competencia con los Tezcatlipocas, las cuatro fases de la Luna o los cuatro puntos cardinales; pero Tezcatlipoca, nombre náhuatl del quiché Huracán, fue bien documentado por éstos y aparentemente no por los mayas, pues el Chac Mool que lo representó 14 veces en Chichén Itzá, no se asocia con seis Juegos de Pelota descubiertos en la esplendorosa urbe, y a la primer escultura encontrada por Augustus Le Plongeon en la Plataforma de Venus, le llamó Chac Mool, pero no lo tradujo por "garra del agua", como le dijeron

los indígenas mayas; de todos modos, estas divinidades únicamente parecen garantizar contemporaneidad y el Juego de Pelota, menor en tamaño, con eje oriente-poniente, descubierto en la Plataforma de Venus, indudablemente se relaciona con el planeta. Eric Thompson, tan escéptico en cuanto a juegos de pelota en Yucatán, ya no conoció el de Uxmal, tal vez mandado construir por los *Tutul Xiuh*, es decir, los adoradores de Tezcatlipoca, y con el nombre de Cuatro Movimiento, para el planeta Venus, Medellín Zenil encontró la inscripción pétreo en Maltrata, Veracruz.

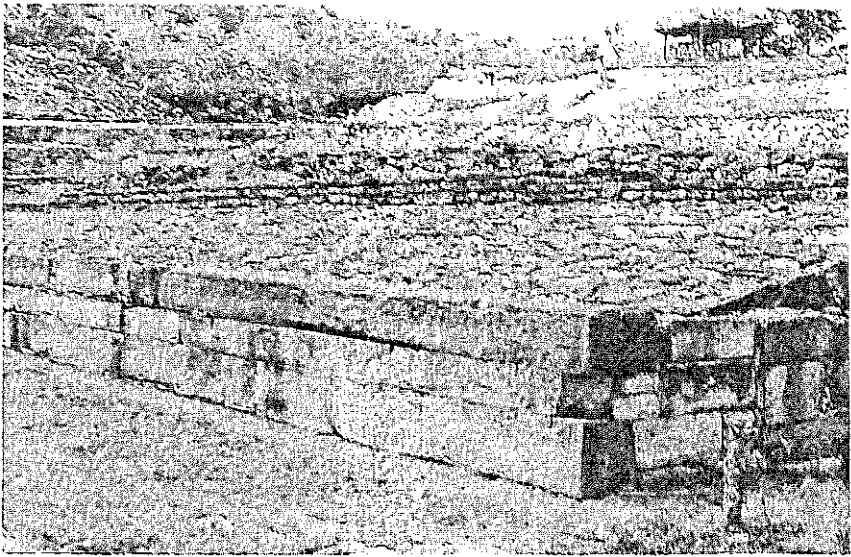
En los libros que se salvaron, escritos antes del contacto español, es posible la revisión de si el juego de Pelota pudo comenzar a impulso de los olmecas históricos, muy manejadores del hule. Por haberse referido a sucesos del período medieval (843-1073), el *Códice Nuttall*, en su lámina inicial, muestra dos campos para jugar pelota; la pista coloreada de azul, verde, rojo y café —si no fue amarillo—, sería *Teotlachtli*; acompaña la fecha del año 1 Caña, día 1 Catán, cuando el supuesto nacimiento del rey Ehécatl VIII, señor del vecino Ehecatlán, comisionado para someter a las amazonas, insurrectas en el *Tlalocan* (Valle de Orizaba). Seguramente no se forzó a la imaginación al considerar consultado el oráculo en el Juego de Pelota para conocer el destino. Ya en su lámina dos, el campo deportivo está en el *Tlalocan* y usado, según lo dicen las huellas de los pies; no tuvo anillos, porque lo sugerente son volutas de nubes que los remedan; aquí estaría consultándose sobre alguna próxima batalla.

Mágica es la escena en la lámina 3: una cancha sin anillos (*Teotlachtli*) parece pedestal, indicando que ahí tuvo lugar el degüello de la Coyolxauhqui o al menos de la Uixtocíhuatl. Estos mitos podrían reducirse a contiendas en el cielo, donde un bando, el de la Luna, se opone al nacimiento de otro astro, el Tezcatlipoca de color azul; pero, éste fue Huitzilopochtli, que armado del rayo, la degolló. No menos dramática sería la representación en la cuarta lámina, donde por pelota pintaron un cráneo; hay huellas de pies indicando acción y ofrendas de *totopoxtlés*. ¿Los alimentos jugándose la vida o la muerte del hombre?

Su lámina ocho únicamente podría ser el toponímico de *Ome-Tepatlachco*, el actual Tepatlaxco, donde tuvo fama su oráculo y se conserva en piedra la escena del jugador de pelota en el momento de ser vestido por su ayudante. En su lámina 12 hay un juego de pelota nocturno, ¿a la Luna?, ¿con flamas de hachones?...

En su lámina 18; el referido códice plasmó el instante en que por la sogá formada con tela de araña desciende la *Xiuhcōatl*, serpiente de fuego, símbolo de la sequía, que parece consumir al propio campo del rito; acaso la consulta era de imploración agraria contra la sequía y a favor de la lluvia, del agua. Del cielo también parecen caer unos prisioneros, a juzgar por la página 21; vendrían destinados a ser ofrendados en el juego de pelota en sustitución de alguien. Por su lámina 22, correspondiente a Quauhtochco, se sabe que éste tenía juego de pelota, rodeado de 18 numerales para indicar que cada veintena del año funcionaba la cancha; pero en la 45 están dos campos: uno para el toponímico y otro para la ofrenda. En el juego de pelota de la página 74 (primer siglo del año 1 000) ya se miran los anillos, usados para colgar los *maxtlis*; en él se depositaron piedras preciosas; pero en su lámina 80, la representación es de gran tamaño, para contener un recuento histórico que abarcó 15 *xiuhmolpillis* (780 años), desde cuando en 271 los totonaca perdieron Teotihuacán, es decir, en 1051 en que nació el Topiltzin Ce Ácatl Quetzalcōatl, testificado por lo menos en los registros de Tula; y como en el acto intervinieron dos gobernantes, uno representó los hechos de 843 (*ce Ácatl*) inmediatamente después del paso del planeta Venus por el anillo del Sol; armados para la guerra, recordarían la insurgencia de las amazonas. En la penúltima lámina, la 83, el juego de pelota se mira usado en la noche; hay un bulto encima, los instrumentos para encender fuego y todo bajo la protección del águila solar.

El *Códice Vindobonensis*, artísticamente gemelo, con registros que van de 925 a 1518, en su lámina 22 ilustra su primer juego de pelota, mitad rojo, mitad azul, con la pelota encima y un ovillo de hilandería, todo al arrimo de un palacio con temaxcal; en la escena, la Coyolxauhqui degollada, con dos perros, ofreciendo una libación, tal



Los relieves en el muro del Juego de Pelota

vez algo en el inframundo; ¿evocación del pasado? Acaso, porque su lámina 20 pone la cancha entre los muros de una construcción y próxima la estera de *xiuhmolpillis*, parece que 20, válidos por 1 040 años de un Gran Ciclo. En la página 19, después de muchas fundaciones de casas en diversos pueblos, fueron pintados, en serie, cinco juegos de pelota; uno, con la negrura de la noche; otro, con el rojo del fuego que lo rodea; el tercero, dividido entre rojo y azul; el cuarto, en rojo, azul y café (amarillo), con volutas de evaporación; y el quinto, azul, café, rojo y amarillo, muestra una grieta por donde salen las huellas de unos pies, llevando *totopoxtiles* calientes o alimentos.

Hay en la página 17, dentro del gran marco dedicado probablemente al hoy Zapotal, cuatro juegos de pelota con los colores azul y rojo, azul, rojo y el último amarillo; uno entre volutas de fuego; otro tal vez entre nubes de calina y dos llevados en alas de guacamayas, roja y azul; esto, haciendo pensar en el Juego de Pelota de Copán con guacamayas; la roja, solar, y símbolo de lluvia cuando era de color

azul. En la página 13, otra vez el juego de pelota con el campo dividido en colores: rojo del día, negro de la noche; la bola de hule y el ovillo de hilos, ahora, sin duda, para indicar acción en la huella de los pies; camina el tiempo, se hila el tiempo; en tanto, arriba, pusieron la escena de la Coyolxauhqui degollada, drama insistente, seguido por una escena en el cielo del planeta Venus. Historiando la segunda parte del siglo XV, después de narrar la penetración militar de la Triple Alianza en el área de Xalapa, Veracruz, termina la página 7 mostrando tres campos para el juego de pelota: uno con terreno rojo y amarillo, volutas del color, bajo los ojos de la noche; otro llevado por una guacamaya roja y el último con la grieta por boca, de donde salen huellas de pies hacia los *totopoxtles* calientes; los capitanes consultarían a los oráculos para conocer la suerte de sus acciones y surtir la despensa imperial; finalmente, su lámina 3 ilustra dos juegos de pelota, uno rojo entre llamas y el otro negro de la noche; lo notable resulta una figura de Xólotl sediento, el atareado dios del juego.

Identificándose bien con la cultura olmeca histórica, manufacturado hacia finales del siglo XV, el *Códice Borgia*, en su lámina 21, muestra un campo para jugar a la pelota; el piso es amarillo, color del día; la construcción tiene su par de anillos formados por sendas culebras, tal vez recuerdo de las que ciñeron al mundo para que no se desintegrara; las esquinas opuestas, de imaginario *nahui ollin*, tienen, por ofrenda, dos corazones y dos huesos (fémur y cráneo); al medio, la figura de un prisionero sacrificado; en la parte izquierda, fuera del campo, el Tezcatlipoca Rojo con seis tantos a su espalda; en la derecha, el Tezcatlipoca Negro, pero con su rostro iluminado, tal vez para simbolizar a la Luna. Podrían ser la Luna y el Sol ofrendando, recibiendo: el Tezcatlipoca Rojo (Sol y primavera) una pelota de hule y una piel para cubrirse la cintura; el Tezcatlipoca Negro ya depositó, haciéndolo primero, su pelota nocturna bañada con la sangre de la culebra representativa de la Tierra, pero conservando pendiente del brazo derecho, su cinturón. Parece obligado pensar en que sacerdotes disfrazados de dioses imitaran en el juego de pelota, los movimientos del Sol y de la Luna —cual esferas del cielo—, relacionados con los ciclos agrícolas.



Decoración arquitectónica

En su página 40, el *Códice Borgia* puso en escena el instante de la muerte del Sol en Occidente, acompañado de ocho soles, para completar nueve, del inframundo sugerido por un juego de pelota nocturno, cual en Xibalbá, o por jugadores como el Tezcatlipoca Rojo (Sol) y Tlazoltéotl (Luna). Finalmente, el *Códice Borgia* sólo pintó tres campos devenidos en deportivos: la página 42 muestra el nocturno con el jugador en pleno ejercicio, pero no con una sola pelota, sino con varias, proporcionadas por dos asistentes en cada extremo y cuyo malabarismo no ha sido comentado.

El *Códice Borbónico*, de la ecléctica cultura tenochca en su etapa última, muestra las 20 trecenas del *Tonalpohualli*; pone a la número 19 presidida por Xochiquetzalli, pero, según Francisco del Paso y Troncoso, también por Tezcatlipoca en forma de perro, trocable por Xólotl, pero no por Tezcatlipoca. Esta lámina incluyó, en la esquina, una pareja humana en el acto carnal y junto, un juego de pelota cuya pista dividen los colores amarillo y rojo; tiene anillos de su época y

la pelota de hule lleva pintada una calavera; muerte, pues a la izquierda del campo está la figura de un hombre decapitado, de cuyo cuello salen cuatro chorros de sangre, pese a tener ésta, color amarillo. Cuando la pelota parece golpear para el cruce por el orificio del anillo, sale agua, hilos de agua, por lo cual Paso y Troncoso escribió:

Un juego de pelota, *tlaxtli*, que también está, nos deja ver el ansiado momento de ir a pasar la pelota por una de las piedras redondas perforadas dispuestas en él, determinando con el choque un surtimiento de agua, fenómeno, según parece, propio de todo choque, y acerca del cual tendré que insistir en otro lugar y con otro motivo, porque parece que comprende una generalización del choque y de los movimientos que determina.

No sería extraño si la reserva mental de Paso y Troncoso era por evocar el choque de la vara de Moisés contra la roca para que brotase agua. De cualquier manera, se debe tener presente la idea de si en la penúltima trecena, presidida por Xochiquetzalli, se realizaba, en el juego de pelota, un rito propiciador del agua.

En este mismo *Códice*, su lámina 27 coloca el inicio de las veintenas en *Tecuilhuitontli* (solsticio de verano). Todo el espacio se ocupa con el terreno para el juego de pelota con anillos. El comentarista con caracteres latinos escribió: "Cuatro dioses del juego del batey. Aquí entraban en oración antes del sacrificio", y fuera: "La excelencia que tienen los que meten la pelota por la rueda". En los extremos, dos y dos participantes con atavíos de dioses: Cintéotl e Ixtlinton; Quetzalcóatl y Cihuacóatl, según Paso y Troncoso, quien además de remitir a la obra del historiador Tezozómoc y al *Códice Colombino*, insistió en el brotar del agua.

El *Códice Colombino*, emparentado culturalmente con los *Nuttall* y *Vindobonensis*, en su página II, ilustra el campo, dividido en los cuatro colores; por donde colocarían los anillos, entra y sale la corriente de agua o río. Participan dos jugadores y probablemente los numerales fuesen las anotaciones de los tantos obtenidos por cada uno. En la página VI, el campo está dividido por los cuatro colores. En una de las cabeceras está la fecha *ce Ácatl*, seguramente por Quetzalcóatl; al



Inicio de las Cabeceras para el Juego de Pelota

medio, un personaje ofrenda con un sahumero; su cuerpo está pintado de negro, como en el sacerdocio de Tezcatlipoca y a la espalda lleva, figurando manto, el diseño de una *Xiuhcōatl* o serpiente de fuego; por el medio campo cruza una corriente de agua. ¿Un significado era la alternación entre la culebra roja de la sequía y la verdegueante de la humedad? ¿Las culebras alternando en el templo a Quetzalcōatl en Teotihuacán?... Por último, en la página XI, los campos —amarillo, rojo, azul, calé—, dividen la cancha, tal vez custodiada por guardías en sus cuatro costados; dentro, seis personajes discuten vivamente y otro, detrás, con punzón, podría llevar o consultar la cuenta de los tantos para zanjar la discusión.

Tezozómoc, el más completo historiador tenochca, en su *Crónica mexicana*, relató la estancia de los peregrinos aztlantecas por el Coatepec próximo a Tula. Tuvieron lugar ahí varios acontecimientos trascendentes:

... y así le pusieron como a manera de altar, de piedra grande labrada, su juego de pelota por asiento, jugado y cercado como su juego que fue de Huitzilopochtli, que se llama *tlachtli*, sus asientos y agujero enmedio, del grandor de más de una bola, con que juegan ahora a la bola, que llaman *itzompan*, y luego la atajar por medio, quedando un triángulo enmedio del agujero, que llaman el pozo de agua, que en cayendo allí la pelota de batey ulirredonda, como una bola negra; el que allí la echa con el que juega, les quitan a todos los miradores cuantas ropas traen, y así alzan todos un vocerío, diciéndole: grande adúltero... y dentro de aquel agujero le echaron agua por señal, todo por mandato del dios Huitzilopochtli; luego el mismo dios Huitzilopochtli les habló a los mexicanos, quienes no lo veían, sino entendían lo que les hablaba; dijoles: Ea, mexicanos, ya es hecho esto, y el pozo que está hecho está lleno de agua, ahora sembrad y plantad árboles.

Es, claramente, rito agrario el oráculo referido. Todavía la herencia cultural hace del pozo para el agua de consumo doméstico, un espejo donde mirar los astros y sus fenómenos, de obligada consulta cada principio de año. Pero Tezozómoc prosiguió: “y allí les dijo a los mexicanos que el *Izcáhuatl* colorado era su propio cuerpo... y de cuatro partes cuadrantes del mundo habeis de conquistar, ganar y avasallar para vosotros...”, es decir, Xipe Tótec sería consultado por los agricultores; Huitzilopochtli, por los militares. Luego, la lucha:

... ya me comienzo a esforzar (encorajinar) que vienen sobre los *zentzon-napan* y sobre mí que soy Huitzilopochtli, que en el juego de pelota *teotlachco* comen a sus padres que mira y divisa contra ellos una mujer llamada Coyolxauh, y en el propio lugar de *Tlachco*, en el agujero del agua que está enmedio tomó Huitzilopochtli a la Coyolxauh, la mató, degolló y le sacó el corazón... quebró el caño o río del nacimiento del agua que había, a significación y misterio del *Tlachtli*, juego de pelota, se volvió el lago grande, y como lo agujereó se salió el agua... todo de improviso se secó... y allí fue fin de años pasados que llaman *In xiuhmolpilli in mexica* como año bisesto.

La corrección del bisiesto se realizó el año 1187, usado para uno de los nacimientos de Huitzilopochtli, en tanto que en 2 *Ácatl*. Así, fue el Fuego Nuevo mexica en 1195.

Hasta donde se conoce, las edificaciones para el juego de pelota y sus especificaciones no se han encontrado fuera de la cultura mesoamericana, ni en ésta en tiempos anteriores al llamado Clásico Tardío, periodo en el cual ejercieron dominio político los toltecas de Tula; pero, a partir del año 727, los recién llegados olmecas históricos principiaron a influir culturalmente, acabando por hacerse del poder en Tula, dominando plenamente del 900 al 1200 aproximadamente. A los referidos inmigrantes comenzaron llamándoles olmecas, por parecer emergidos en una región (istmo veracruzano) donde abundaban los árboles del hule y por ser promotores de una revolución industrial: con hule fabricaron sandalias y pelotas, con las que jugarían.

El futuro separará nítidamente a una vieja idea de una posterior materialización, donde probablemente primero se advirtió la similitud entre las pelotas y los astros, rumbo al *Teotlachtli* como juego sagrado, nexo al apremio del hombre por conocer el futuro, forzando la interrogación, la deducción de la marcha de los astros ante sus dramas meteorológicos, de clima y agricultura, por lo cual, esos augurios estructurarían astrologías y cuerpos de adivinos, de augures, y los juegos de pelota serían oráculos que no sólo se concretarán a lo agrario, sino que ampliarán sus preguntas y respuestas a otros campos del apremio y aquellos juegos de pelota, que débilmente crearían a un cuerpo deportista, abundarían en magos y brujos; cuando a fuerza de progreso mental y material, fuera decayendo la credulidad, en favor de un laicismo pragmático, iría fortaleciéndose un cambio hacia el deporte, posiblemente dentro del periodo arqueológico Postclásico Tardío, cuando sí habría ya grupos deportistas y finalmente tahúres, lo cual no borró el sedimento religioso ni la condición de oráculo porque a la llegada de los españoles así persistía. Tonatiuh Gutiérrez, en su libro *El deporte prehispánico*, escribió:

... como sabemos de Moctezuma II y Nezahualpillí, Moctezuma se preciaba de ser un buen jugador, decidió en una ocasión un problema de límites territoriales por medio del juego, dejando así el resultado a la decisión final de los dioses[...] este emperador participó en un juego, obteniendo un resultado desfavorable, lo que fue interpretado como pronóstico de mala suerte y más tarde se le achacó la llegada de los españoles.



Cabecera en el Oráculo de Quetzalcóatl

Investigaciones futuras afinarán el proceso arquitectónico de las canchas para el juego de pelota. Las del Tajín carecían de anillos, y al tenerlos el de Aparicio y el de Vega de la Peña, se puede ir ubicando su aparición (de los anillos) en los finales del Clásico Tardío, pero en Tajín sí está presente la cancha como 'Te' y como 'doble Te' después de 843. Infortunadamente, no hay enlaces para tratar de unir a los augures mesoamericanos con los griegos, porque los oráculos de Grecia tienen plaza bien ganada en la historia mundial: Delfos, especialmente, a cuya consulta subían por entre las rocas del alto monte Parnaso; el camino, bordeando un desfiladero, terminaba en una grieta, emanadora de inciensos y voces; la consulta se hacía por escrito y la sacerdotisa, con ayuda enervante, ya en trance, contestaba con ambigüedades. Para el África negra se debe recordar que Leo Frobenius, en su desbordada comparación de la mitología etrusca con la del África occidental, señaló la coincidencia de usar al trueno para los oráculos, que Massimo Pallotino especificara como arte fulgura-



Cabecera en el Oráculo de Quetzalcóatl

torio, subrayando a “los intérpretes de los rayos” (Tajín significa precisamente: relámpago, trueno, rayo).

El juego de pelota debe seguir siendo investigado en su origen y desarrollo, su casi extinción durante la Colonia, su evidente apogeo en el horizonte arqueológico llamado Clásico Tardío, su mezcla de superstición y meteorología o astronomía y la circunstancia particular de parecer El Tajín, la ciudad con el mayor número de Juegos de Pelota, lo que la proyectaría como ciudad deportiva, si no hubiese sido el próspero negocio de sus augures, y su pronóstico valdría tanto como el oráculo en Delfos.

BIBLIOGRAFÍA

- ANALES DE CUAUHTILÁN. (Codice Chimalpopoca)*. Universidad Nacional, México, 1945.
- CASO, Alfonso. "El Paraíso Terrenal en Teotihuacán", en: *Cuadernos Americanos*. México, vol. VII, noviembre-diciembre, pp. 127-136, 1942
- CODEX NUTTALL*. Harvard University, Cambridge, Massachusetts, 1902.
- CODEX VINDOBONENSIS*. Akademische Druck Verlagsanstalt, Graz, 1963.
- CÓDICE BORBÓNICO*. Siglo XXI, México, 1979.
- CÓDICE BORGIA*. FCE, México, 1963.
- "*CÓDICE COLOMBINO*", en: *Antigüedades mexicanas*. Junta Colombina de México, México, 1892.
- "*CÓDICE DEHESA*", en: *Antigüedades mexicanas*. Junta Colombina de México, México, 1892.
- CÓDICE MENDOCINO*. Museo Nacional de Arqueología, México, 1925.
- FROBENIUS, Leo. *Kulturgeschichte Africas*. Viena, 1933.
- GUTIÉRREZ, Tonatiuh. *El deporte prehispánico*. Artes de México, México, 1960.
- KRICKEBERG, Walter. *Las antiguas culturas mexicanas*, FCE, México, 1961
- "*LEYENDA DE LOS SOLES*", en: *Códice Chimalpopoca*. Imprenta Universitaria, México, 1945.
- MANUSCRITO DE CHICHICASTENANGO (Popol Buj)*. Tip. Sánchez, Guatemala, 1927.
- MEDELLÍN ZENIL, Alfonso. "El Monolito de Maltrata, Veracruz", en: *La Palabra y el Hombre*. UV, Xalapa, Ver., octubre-diciembre, 555-561, 1962.
- PALLETINO, Massimo. *Etruscología*. Ed. Universitaria, Buenos Aires, 1963.
- SAHAGÚN, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Robredo, México, 1938.
- SÉJOURNÉ, Laurette. *Un palacio en la Ciudad de los Dioses*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1959.
- SELER, Eduard. *Comentarios al Códice Borgia*. FCE, México, 1963.
- TEZOSÓMOC, Hernando Alvarado. *Crónica mexicana*. Leyenda, México, 1944
- THOMPSON, J. Eric S. *Grandeza y decadencia de los mayas*. FCE, México, 1959.
- TORQUEMADA, Juan de. *Monarquía indiana*. Chávez Hayhoe, México, 1944.

EL ORÁCULO DE QUETZALCÓATL

Quien transite la Gran Vía norte-sur, en El Tajín, después de la Plaza Monumental, verá a ambos lados, frente a frente, dos Juegos de Pelota: en el Oriente, uno donde pronunciaba sus oráculos mágicos el dios Quetzalcóatl; en el Poniente, otro para Tezcatlipoca; hijos ambos de Tonacatecuhtli y de Tonacacihuatl, según la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, documento en que aparecen, deductivamente, por el año 50 de la Era Cristiana, para,



Oráculo de Quetzalcóatl. Cabeza de serpiente



Miquiztli (la muerte) sobre la culebra de Quetzalcóatl

transcurrida una Edad (676 años), poner en orden otra época en el mundo, visiblemente, por la llegada de los olmeca históricos (727) capitaneados por Hueman (Tezcatlipoca). En la Tierra —según historias de tradición tolteca— Tezcatlipoca fue rival de Quetzalcóatl; pero cuando se cayó el cielo, Tezcatlipoca y Quetzalcóatl

...alzaron el cielo con las estrellas como ahora está, y por lo haber así alzado, Tonacatecuhtli su padre los hizo Señores del cielo y las estrellas; y porque alzado el cielo iban por él el Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, hicieron el camino que parece en el cielo, en el cual se encontraron, y están después acá en él y con su asiento en él;

remacha contundente la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, explicando, de paso, la creación de la Vía Láctea (Camino de Santiago), segura referencia a la Gran Vía peatonal en El Tajín.

En el equipo de la Universidad Veracruzana para trabajar en El Tajín, el arqueólogo Héctor Cuevas Fernández, al explorar este Juego de Pelota (oráculo), encontró, en cada esquina de la cancha propiamente dicha y no en los vestidores, unas esculturas en piedra con diverso estado de conservación; tienen igual temática; la mejor



La culebra llevando a Quetzalcóatl-Xólotl muerto

preservada muestra una cabeza de serpiente, sobre la cual pusieron otra escultura, representadora de *miquiztli*, la muerte; por lo cual se ha pensado en Quetzalcóatl muerto, el espíritu de Quetzalcóatl. Y como en la cornisa del tablero central del Juego de Pelota Sur está el último año inscrito en esta ciudad arqueológica, 895, en el cual, según los *Anales de Cuauhtitlán*, murió el dios o fue sustituido por Tezcatlipoca. Se parte de ahí para suponer a la construcción en su homenaje, realizada inmediatamente después, en el *xiuhmolpilli* de 895-947, gobernando Nahuácatl, aun cuando intervenido.

A medio muro, limitando a esta cancha en su parte oriental, colocaron el relieve pétreo de un personaje, presumiblemente a Tlahuizcalpantecuhtli, lucero del alba según Selser, a la vista de su pintura en el *Códice Borgia*, o cual "Ome Ácatl, 2 Caña, Tlahuizcalpantecuhtli, dios del planeta Venus", según el *Códice Nuttall*. Sugestivo, pues el primer emperador de la dinastía totonaca en Mizquihuacan se llamó precisamente Omeácatl y esta casa reinante no sólo cubrió el tiempo de 687 a 895; prosiguió hasta 1103-1155,



Seis lunaciones de 30 días. Oráculo de Quetzalcóatl

periodo de la disolución. La escultura presenta el rostro de un personaje recién muerto —podría estar dormido— y es llevado, seguramente al cielo, por una serpiente. Debe ser Quetzalcóatl en su advocación de Tlahuizcalpantecuhtli. También, a medio muro limitador de la cancha, por el Occidente, repitieron semejante personaje sobre la piedra. En este caso, podría ser Xólotl, como lucero de la tarde. Los fieles y leales consultarían este oráculo amaneciendo, al atardecer, temblando, como el fulgo del maravilloso lucero.

Este Juego de Pelota, en el muro poniente que linda con la Gran Vía, fue adornado por seis a manera de paneles (tres y tres) donde cada uno muestra el mosaico de pulida piedra formando *xicalcolihquis*, como cuatro aspas evocadoras de la suástica y cuyo conjunto hace compararlo a la pintura del *Código Borgia*, donde —no hay duda— son culebras, no con plumas, cual deseaba Selser, sino con flamas, lo que se refuerza en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, cuando ésta se refirió al número de cielos: “En el quinto había culebras de fuego (*Xiuhcóatl*)



Las cuatro fases de la lunación. Oráculo de Quetzalcóatl

que hizo el dios del fuego, y de ellas salen los cometas y señales del cielo”. Las cuatro aspas tienen su eje, o centro virtual, en una *Tzitzimil*. Seis lunaciones, únicamente arrojan una cifra útil en la cronología mesoamericana si son de 30 días, tal en los viejos calendarios de la cuenca mediterránea, porque seis veces 30 son 180 días, el medio año que sí fue manejado, pues el *Tun* (360) partido entre Chicomexóchitl y Macuilxóchitl arroja 180 días para cada uno. Era nuevo conocimiento por el año 1000 de la Era Cristiana. John D. Teeple escribió:

Durante este período medio, o Período de Uniformidad, como lo he llamado, las lunas eran numeradas en grupos de seis, que discurrían continuamente así, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 1, 2, 3, etcétera, y todas las ciudades concordaban en el número de cualquier luna dada.

Una cuenta de 30 días para la lunación fue coloreada por los pintores en el Templo de las Caritas (1207) de Zempoala y en el *Códice Borgia* cuando transcurría la última parte del siglo XV. Por eso no extraña cuando Teeple, al examinar 112 fechas mayas por cuanto hace

a la Luna, la encontró alternando los 29 con los 30 días. Había sido conocimiento avanzado y se fue divulgando. Tal vez precursores, los totonaca inscribieron esos 30 días para cada grupo de seis lunaciones, a no ser lejano patrimonio, coincidencia, con los 30 días del mes en la vieja cultura occidental. El arquitecto proyectista les puso énfasis al repetirlos en el muro más oriental en este Juego de Pelota.

En las fuentes históricas, en los restos arqueológicos, Quetzalcóatl deslumbra como historia, leyenda, mito; fue creador del calendario, suma de la sabiduría continental, Maestro de América. Murió el año de 895 y cuando en el *xihmolpilli* siguiente (895-947), astrónomos y cronólogos alcanzaron trascendentes nuevos conocimientos, críticamente los inscribieron en su homenaje, aun cuando para los profanos únicamente sean adornos en el Juego de Pelota de los astros.

BIBLIOGRAFÍA

- ANALES DE CUAUHTITLÁN. (Códice Chimalpopoca). Imprenta Universitaria, México, 1945.*
- CÓDICE BORGIA.* FCE, México, 1963.
- CÓDICE NUTTALL.* Harvard University, Cambridge, Massachusetts, 1902.
- "*HISTORIA DE LOS MEXICANOS POR SUS PINTURAS*", en: Pomar-Zurita. *Relaciones de Tezcoco.* Chávez Hayhoe, México, 1941.
- MELGAREJO VIVANCO, José Luis. *Los calendarios de Zempoala.* UV, Xalapa, Ver., 1966.
- SELER, EDUARD. *Comentarios al Códice Borgia.* FCE, México, 1963.
- TEEPLE, John D. *Astronomía maya.* Talleres Gráficos de la Nación, México, 1937.

EL ORÁCULO DE DIOS

Para los dedicados a investigar la cultura mesoamericana es relativamente fácil identificar el juego de pelota con el numen de Quetzalcóatl. La circunstancia de quedar frente a uno de ellos, sólo con la Gran Vía peatonal de por medio y el otro Juego de Pelota, atrás, induce a pensar en la pareja mutuamente complementaria, porque lo fueron: Quetzalcóatl y Tezcatlipoca; el día y la noche; lo blanco y lo negro. Así, la Gran Vía en El Tajín podría ser



La palabra *Téotl* en el graderío del poniente

la Vía Láctea, el camino para Quetzalcóatl y Tezcatlipoca. Sin embargo, una observación presurosa no entrega directos testimonios del Tezcatlipoca como se presenta en las crónicas o en las pinturas: negro, mutilado de un pie, con su espejo cóncavo para concentrar los rayos del sol y prender lumbre; no un Arquímedes en Siracusa incendiando naves romanas; mucho menos la constancia de su juventud seductora, de su concupiscencia, de su beodez o de su ira; y, sin embargo, si este oráculo no fuera el de Tezcatlipoca, debería serlo; y debería haber sido construido en una época similar a la del Oráculo de Quetzalcóatl, consagrado a la memoria de quien había muerto el año de 895; éste, el de Tezcatlipoca, sería erigido a continuación del otro, porque las noticias insisten en esto al ponerlo persiguiendo a Quetzalcóatl; el perseguidor era el Sol nocturno, después del Sol diurno: deidad sustituyendo al culto religioso anterior.

Cuando el arquitecto Alfonso García García, encargado por la Universidad Veracruzana para rescatar el edificio, principió sacando a luz el muro del Este, sobre la Gran Vía; se consideró un ornamento de nichos, pródigos adornos tachonando alardes arquitectónicos del Tajín. Y sobaban razones para ello; los maestros canteros hicieron fino mosaico en apariencia de nicho; sin embargo, el análisis arqueológico probó, repetidas veces, tratarse de la palabra *téotl* en idioma náhuatl, cuyo jeroglífico, a todo lo largo de la cultura mesoamericana, fue una especie de signo 'más' aritmético, la llamada 'cruz griega'; y si *téotl* en lengua nahuatlaca quiere decir dios, en griego antiguo, dios era dicho: *theos*; y si la cultura no tiene fronteras, quien le busque antecedentes a la grafía puede comenzar en las ilustraciones de la cerámica de Samarra, V milenio antes de la Era Cristiana, o en el estilo Susa, del IV milenio, descritos por André Parrot en su libro *Sumer*. La epigraffa mesoamericana no admite dudas en torno a este símbolo, usado todavía hoy por algunos grupos indígenas, aun cuando ya no sepan leerlo. Abunda en este Juego de Pelota como decoración reverente. Definitivo, se trata del Oráculo de Dios, en traducción literal.

Tezcatlipoca, espejo humeante, taladro de llama en la fundición de los metales, herrero celeste, joven, recién llegado a una tierra donde

rendían culto al Hijo, el planeta Venus que, cual sierpe con plumas de quetzal, giraba en torno al Sol midiendo el tiempo; Tezcatlipoca, como Sol nocturno, valía por Luna en la más rancia tradición, tan vieja que parecía nueva y provocó el ataque de los hijos contra la Coyolxauhqui, en reclamo de la herencia solar. Lejana, tal vez manida la prosapia del dios, no quería compartir el mando, cual Zeus tonante. Para eso era, también, señor del relámpago, del trueno, del rayo, fundiendo en sincretismo, atributos de todos. La graffa de la palabra 'dios' (cruz griega) está en el *Código Mendocino* desde cuando se inicia con la fundación de Tenochtitlán y pone, por símbolo de guerra, escudo y flechas, compañeros invariables para todos los gobernantes de la dinastía y para los guerreros, una \odot cuya circunferencia está demarcada por la circunferencia, llevando inscrito el *Téotl* con siete plumones (del plumón guardado en su seno por Chimalma nació Huitzilopchtli); siete plumones, puntos numerales o flores; en cualquier caso, número siete, para el nombre de Chicomexóchitl. Así en el pectoral de la escultura de San Lorenzo Tenochtitlán o en la frente del Dios de la Dualidad en el Juego de Pelota del Tajín. Y a qué traerlo del Preclásico. Son correlativos los numerosos círculos del Sol en el *Código Borgia*, donde con cuatro numerales hacen la palabra '*téotl*', fundiendo al Sol en sus cuatro puntos cardinales, a la Luna en sus cuatro fases y a Venus como *Nahui ollin*. De paso se puede decir que en los códigos mayas figuran estos cuatro puntos con sus líneas cruzadas formando cuatro ángulos rectos, de 90 grados cada uno, unidos en el vértice o quinto punto, de Macuilxóchitl, cual en el caso de Chicomexóchitl, en que con seis radios y vértice marcan los ángulos de 60 grados, para el total de 360 grados de la circunferencia.

Con el anterior bagaje, los milicianos de la ciencia librarían las batallas de la investigación y el Oráculo de Dios pronunciaría su anfibiológica respuesta. Este Juego de Pelota fue adornado, en el muro del Oriente, sobre la Gran Vía, con ocho mosaicos (cuatro y cuatro) donde representaron un símbolo parecido al de la suástica, formado con cuatro culebras, a la manera de la *xicalcolihqui*, pero invariablemente con la palabra '*téotl*' al centro. Son ocho lunaciones, y previendo las dudas frente al nuevo conocimiento científico, lo repitieron en el muro

del Poniente, por lo cual, cabe recordar el 'ocho' aparecido en Zempoala, como relación de la Luna y Venus, medida por cada día solar. Aquí, seguramente, no se trata de los ocho días de ocultamiento que sufre Venus por conjunción inferior, sino porque lograron exitosa meta intelectual, después de la trasatlántica lunación de 30 días.

La Luna tiene un movimiento de rotación sobre un supuesto eje y en torno a la Tierra, presentándole siempre la misma cara, y otro de translación acompañando a la Tierra en su vuelta por la órbita solar, de donde surge la revolución sinódica de 29 días, 12 horas, 44 minutos, manejada hoy como de 29 días y medio, pues anteriormente la consideraban de 29 días, los que ya fueron referidos al paje dejado por Hernán Cortés en Zempoala; el *Códice Borgia* tiene periodos de 29-30 días, descubiertos independientemente por Teeple sobre 112 inscripciones mayas. Aquí, frente al misterio del ocho, sin ortodoxia matemática de razones y proporciones, directamente, los 29 días y medio fueron multiplicados por las ocho veces inscritas en este Juego de Pelota, y el sorprendente resultado fue: 236 días, durante los cuales Venus es visible como lucero de la mañana, en el Oriente, fenómeno estudiado por los totonaca, registrándolo en los paneles y llamando, a esta fase del astro, Tlahuizcalpantecuhtli, Señor de la Casa Roja, Señor del Alba, el Hijo que la Luna está ofrendando al padre Sol.

Si en el *Bactín* transcurrido entre los años 695-1090, o a lo largo de 112 inscripciones mayas, Teeple sólo encontró las opciones de 29-30 días para la revolución sinódica de la Luna, cabe suponer que no habían encontrado una correlación para la exactitud, por lo cual, escribió: "No sabemos a punto fijo por qué esta diferencia de una Luna y un par de días fue tan terriblemente importante", mientras que, como lo muestra el observatorio —los observatorios— del Tajín, seguramente cuando transcurría el *xiuhmolpilli* 895-947, los totonaca pudieron haberla encontrado y, al inscribir las ocho lunaciones —236 días— en el Oráculo de Dios, estaban autorizando la libre difusión de las ideas que llevaría a Yucatán savia nueva y los mayas construirían a Tlahuizcalpantecuhtli su templo, a la orilla de Chichén Itzá, consagrándoselo tal vez cuando para los peninsulares se celebraba el Fuego Nuevo de 969 (*10 Calli*).

Lo anterior compele casi a interrumpir el discurso, por haber aparecido una fracción decimal, desempolvando lo escrito por Eric Thompson, categórico: "Los mayas no conocían el manejo de las fracciones y carecían de nuestro sistema decimal". Fue dejado pasar en su tiempo; ahora, es muy difícil creer que ignoraran cuándo algo era la mitad, un tercio, si sabían la posición del medio año, del cuarto de año por las estaciones, de los 360 grados inscritos en la circunferencia del sol o, para no seguir, en el nombre de los números dígitos cuando llegan a diez y continúan diciendo: diez y uno, diez y dos, evidencia del sistema decimal. Aquí, todo muy claro: 29.5 multiplicado por ocho da 236, o dividiendo a 236 entre ocho, se obtiene: 29.5 como cociente.

Visto cual un todo arquitectónico, el Oráculo de Dios puede centrar las atenciones en el adorno colocado en lo alto de las dos alas del graderío. A presurosa vista, parecerían rosetones del estilo neoclásico. Son mosaicos de bien pulida piedra, formando la palabra *téotl*, ceñidor celeste a la cancha desde lo alto de los muros oriente y poniente; son 30 en cada uno de los lados, guión para suponerlos válido por los días de la lunación utilizada para computar su mes, por los hombres de la cuenca mediterránea, y 60 días de los dos conjuntos para completar una estación; seis estaciones formarían el año, según los tableros del Juego de Pelota Central en El Tajín, o lo mismo según ese bello libro de Kalidasa, *La ronda de las estaciones (Ritusamhara)*, calendario llamado hindú, seguramente viajero de Mesopotamia con destino a la cuenca del río Indo.

Además, la cancha, ya como precursora de las diseñadas en 'Doble Te', muestra en su muro poniente —y no se halló rastro en el otro— la escultura, el relieve, de un hombre cuyo extendido brazo izquierdo (¿era zurdo?) está empuñando un cuchillo, acaso validando a la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, que atribuyó a Tezcatlipoca el inicio de sacrificios humanos, aun cuando, paradójicamente, siendo Tezcatlipoca el Sol nocturno, dispondría del inframundo y metafóricamente sería guía de los astros difuntos cuando baja de cabeza. Se apaga el Sol, muere la vida.





Los cuatro dioses en sus jeroglíficos

Para el *Popol Buj*, “sólo el cielo existía”, el cosmos; en este Juego de Pelota, sólo puede leerse la palabra: Dios, lo cual, si se quiere, puede ser trascendente. Nace por el asombro del hombre la idea de lo sobrenatural que, desconcertado, no atina en el politeísmo y va marchando hacia el monoteísmo, en un proceso sincrético, interrumpido en Mesoamérica por la irrupción hispana. Bernardino de Sahagún, confiable transmisor de la sabiduría indígena, escribió: “El dios llamado Tezcatlipoca era tenido por verdadero dios”, es decir, a través de su ego católico, dando por falsos a los dioses distintos o... ¿entre los mesoamericanos era el verdadero? Agregó: “e invisible”, plantándolo en el centro de la metafísica. Más: “el cual andaba en todo lugar, en el cielo, en la tierra”, y sólo para quedar a salvo de suspicacias, añadió: “y en el infierno”, el inframundo. Su pluma siguió escribiendo para la física celeste: “y decían él solo ser el que entendía en el regimiento del mundo”, alejándose de alguna forma teosófica y aproximándose a la teología del siglo XVI. Los nativos le hacían fies-



El comienzo del sacrificio humano

ta en la veintena llamada *Tóxcatl*, entre los totonaca, del día primero al 20 de mayo, primera fiesta de su año solar; y le dijeron a Sahagún, en la Meseta, que a Tezcatlipoca “tenían por dios de los dioses”, considerando a su fiesta “la principal de todas las fiestas”. Diego Durán reforzó estos informes y puso la fiesta concreta, el día 19 de mayo, paso del Sol por el zenit de Teotihuacán, agregando este dominico la descripción de la ofrenda de codornices, arrancándoles la cabeza, poniendo los cuerpos junto a su altar, idéntico al rito en *Levítico*, del Pentateuco. Se puede mencionar dentro de estas coincidencias, aun cuando meramente complementaria, la circunstancia de llevar, Tezcatlipoca, “una rodela blanca, con cinco copos de algodón, puestos en cruz en ella”, donde la dicha cruz era la ‘cruz griega’, que transformada en ‘cruz latina’ se volvió símbolo de la crucifixión del supremo Dios.

Es mucho sí, es demasiado para cualquiera poder advertir cómo los actos de hombres tan distintos logran coincidir ante similares

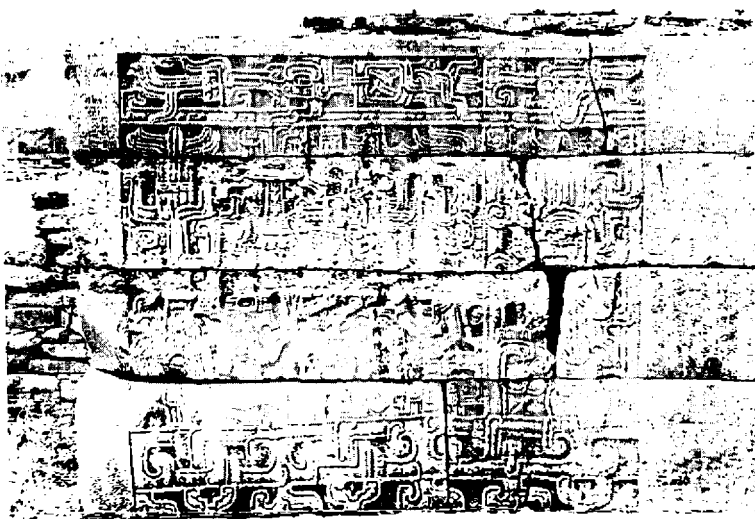
incitaciones de la naturaleza y de otros hombres. Sin embargo, no se mira impedimento para que la religión mesoamericana, con inducciones extrañas o por su propia cuenta, llegase al concepto de una divinidad antropomorfa, transitara del politeísmo al monoteísmo: Tezcatlipoca estaba fundiendo, en sí, los atributos de todos los dioses del politeísmo para ofrecer la joven imagen del Dios único.

BIBLIOGRAFÍA

- CASAS, Batolomé de las. *Apologética historia*. Fuensanta, Madrid, 1876.
- CÓDICE BORGIA. FCE, México, 1963.
- CÓDICE MENDOCINO. Secretaría de Hacienda, México, 1964.
- DURÁN, Diego. *Historia de las Indias de Nueva España*. Porrúa, México, 1967.
- "HISTORIA DE LOS MEXICANOS POR SUS PINTURAS", en: Pomar-Zurita. *Relaciones de Tezcoco*. Chávez Hayhoe, México, 1941.
- KALIDASA. *La ronda de las estaciones*. Centauro, México, 1944.
- MELGAREJO VIVANCO, José Luis. *Los calendarios de Zempoala*. UV, Xalapa, Ver., México, 1966.
- PARROT, André. *Sumer*. Aguilar, Madrid, 1969.
- MANUSCRITO DE CHICHICASTENGO (*Popol Buj*). Tip. Sánchez, Guatemala, 1927.
- SAHAGÚN, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Robredo, México, 1938.
- TEEPLE, John D. *Astronomía maya*. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1937.
- THOMPSON, J. Eric S. *Grandeza y decadencia de los mayas*. FCE, México, 1959.

EL JUEGO DE PELOTA SUR

Después del Edificio de los Nichos, el Juego de Pelota Sur, por sus relieves, ha llegado a ser el más difundido y estudiado. El arquitecto Ignacio Marquina sintetizó: “la falta de patios transversales, de banquetas en la parte baja de los muros, y el hecho de que no exista seguridad en que haya tenido anillos propios del juego, han hecho dudar que sea realmente un Juego de Pelota”. Era un *teotlachтли*, un oráculo, el propio de la joven ciudad, cuando el



Juego de Pelota Sur. Esquina sur-oriental. Armandito al guerrero

imponente mausoleo, mandado construir por Xatontan, dio nacimiento a la urbe con el nombre de Mictlan, cual Mictlan (Mitla) de Oaxaca.

En las culturas de la costa veracruzana debió existir la costumbre de pintar o esculpir el nombre de la ciudad que otros pondrían en escudos: han sido identificados ya los de Tacamichapan (San Lorenzo), Cuautlan (Gutiérrez Zamora), Mictlan (Tajín) y Tzicoac (Doctor Montes de Oca). En El Tajín, el proyecto inicial tuvo considerados cuatro tableros de relieves pétreos, uno en cada extremo del *teotlachtili*, llevando incluido, a manera de placa conmemorativa, el nombre de la población, su jeroglífico para este caso, en idioma náhuatl, pues aun cuando el nuevo imperio totonaca se supone independiente, quedaba en el campo magnético de Tula, quién sabe hasta dónde para lo material, pero indudablemente bajo el influjo cultural de los tolteca. Probablemente, mientras lo construían, ocurrió la presencia olmeca histórica, por quienes se cambió de cuatro a seis los tableros, y los últimos acontecimientos trascendentes, al no tener, estéticamente, cabida, hicieron agregar las cornisas, en donde, como al desgaire, inscribieron la última fecha, el año de 895, muerte de Quetzalcóatl. Los olmeca se hicieron entonces del gobierno en Tula.

Los cuatro tableros del primer proyecto en la piedra original —y también trazados en el magnífico dibujo de Mateo Saldaña—, se ciñen al patrón concebido por su creador que puso: arriba el cielo, abajo la tierra, en medio la escena; en todos, los entrelaces, tan típicos como para ser llamados “entrelaces tipo Tajín” y así difundidos desde 1933 por Ellen S. Spinden al publicar su estudio; en 1941, por Eric Thompson cuando estableció las relaciones, en estilo, con ‘yugos’, ‘cabezas planas’, cerámicas plomiza y anaranjada fina; y por Tatiana Proskouriakoff, en 1953, que guió el diagnóstico de los “entrelaces”. En el cielo, las dos culebras vuelan: Quetzalcóatl y Xiuhcóatl (Teotihuacán), con el símbolo del movimiento (*nahui ollin*), y dos jeroglíficos: uno en el Tablero número 1 y otro en el número 3 que, aun con un sumamente difícil dictamen, es una matriz con el 8 por número, para la relación de Venus y la Luna. El dibujo, realista, es esencialmente igual en idea que el de las Siete Cuevas en

la historia tolteca chichimeca. La franja inferior, la Tierra, lleva entrelaces de la culebra de la Tierra, del Xólotl con escamas en lugar de plumas y también con la matriz fecunda. En las placas del toponímico: el mar, inicio de la vida; una olla (*cómitl*) para quedarse sólo con la partícula *co*, en locativo; de ahí brota el enterrado esqueleto de la muerte (*miquiztli*), coronada por el número cuatro, los cuatro puntos cardinales del Mictlan, sobre los cuales quedan erguidas las plumas del penacho, hermanando a Xólotl con Quetzalcóatl.

Conviene, si se ha de recorrer el camino de la historia y ya ubicados en la geografía del Tajín que dijo el 'dónde', asomarse a la cronología preguntándole 'cuándo' pues, de manera general, en los seis tableros inscribieron 43 fechas concretas de años, además de las referidas únicamente a periodos, lo cual habla elogiosamente del espíritu histórico de los totonaca, descubierto por Paul Kirchoff, tan sólo a través de las relaciones geográficas del siglo XVI. El análisis de las fechas permite clasificarlas; cubren un tramo que parte del año 687 como más antigua referencia, para terminar en el año de 895 pero, ciertamente, su núcleo sólo cubre de 687, inicio de la Dinastía de Mizquihuacan, al año 791, cuando terminó el gobierno de Xatontan y comenzó el de Teniztli. Se debe suponer que para el año de 842-843 de la conmemoración principal, paso del planeta Venus por el disco solar, el trabajo de los relieves ya estaba concluido, por lo cual no inscribieron más y que la fecha de 895, dada su trascendencia, fue agregada posteriormente, labrando, exprofeso, el entablamiento para esculpirla. Cronológicamente, pocos pasajes de la historia indígena de México estuvieron tan documentados.

Para sugerir, las escenas quedaron enmarcadas, contenidas, por cielo, tierra y toponímico, abiertas lateralmente, por si continuaran; y al escribir el texto usaron grafías útiles a una visión del proceso de la escritura: *xiuhmolpillis* con el *Téotl* cual en la Escultura de Sombrerete, Papantla (1496) del eclipse solar; el *xiuhmolpilli* con plumas de águila solar; puntos; barras y puntos; o lo más común, usando los jeroglíficos de los días de la veintena, cuatro, jerarquiza-

dos para los años conductores, pero, también —por influjo de los olmeca históricos— cambiando el *Técpatl* (cuchillo de piedra) por el hacha de cobre, cambio perdurado hasta el *Códice Dehesa* en el siglo XVI de la región pinome.

El Tajín era, seguramente, una fiebre de trabajo. En el año 791 concluyó el periodo constitucional de Xatontan, empuñó el mando Teniztli, cambio aprovechado en el confín del imperio (Tlalocan), conocido ahora por valle de Orizaba, para la insurrección de las amazonas, inducidas a restablecer el matriarcado, según lo relata el *Códice Nuttall*, reforzado por la Estela 8 de Cerro de las Mesas. El área metropolitana construía su capital y no dio mayor atención a la infidencia; sin embargo, al agravarse, confió el emperador mando y tropas expedicionarias al rey del vecino Ehecatlán.

El Tablero número 1 inicia su relato en el año 739, con una fecha en el cielo y cinco en la tierra, cumplido reverencial a Xatontan, el constructor. Pero el conflicto estalló el año 791, conmoviendo a Mictlan. Por eso, este año fue inscrito en la placa toponímica y dos veces entre los personajes. Impresionante es la escena de la transmisión del mando, presidida seguramente por el sumo pontífice, que también tendría rango militar; en vez de cetro, el saliente le proporciona un haz de flechas, al amparo del gran estandarte imperial. Arriba, cual si fuesen presencia del cielo, el *máxtlatl* divino, símbolo de virilidad y de poder; el Ojo de Dios (*cóatl*), con los cuatro *xiuhmolpillis* (791) y el dardo que se dispara, seguido por el también Ojo divino, probablemente de Xólotl, el gemelo, más el año 791. Los dos personajes en sus tronos podrían ser Xatontan y Teniztli.

La narración del Tablero número 1, en el extremo sureste, se continúa en el diagonal Tablero número 2, al noroeste, donde la placa con el nombre de la necrópolis tiene dos *xiuhmolpillis*, con dos veces el año 687, recordando a Omeácatl, fundador de la Dinastía, y un agregado de cinco numerales da el año 692, de no encontrada identificación. En la casi borrada franja del suelo, repitieron las fechas 687 y 739; al centro, cuatro veces pusieron 739, cuando empuñó el cetro Xatontan. Frente al gran problema, ya nacional, el Juego de Pelota

pronunciaría su oráculo, se tomaría la decisión. Hay una gran pelota de caucho en el piso de la cancha, debajo del *nahui ollin* o jeroglífico del movimiento; junto a ella, de pie, los jugadores discuten; uno empuña el cuchillo que funcionará terminando el juego, así sólo sea drama sacro para premiar al triunfador; actúan como jueces del partido las dos deidades de la izquierda: Quetzalcóatl representado por su sacerdote que ha sido jugador, pues enseña su mano enguantada, y Xólotl, su gemelo, con máscara de coyote, Huehucéyotl. Es de destacar en el cuadro el trabajo arquitectónico del edificio, construido con grandes bloques de piedra, o el símbolo del movimiento dentro de un marco arriba de uno de los jugadores para indicar, tal vez, que se realizó el juego.

Al extremo noreste del Juego de Pelota, esculpieron el Tablero número 3, con el sacrificio de Teniztli, tercer emperador de la Dinastía, predestinado a sacrificarse por su pueblo, pues pasó a la posteridad con el renombre de Teniztli, traducible por El Encalado, como pintaban a los destinados a la pena de muerte. Hubo un tiempo en que quien triunfaba en la partida del Juego de Pelota era premiado con el sacrificio para ir al cielo en plan de mensajero terrestre y gozar todos los deleites en la corte del Sol. Como Teniztli fuera emperador, se reafirma la consideración de ser sólo un drama doctrinario para el pueblo, en este caso, fastuosamente representado. Están, otra vez, los dos asientos regios, pero sólo se mira sentado quien tiene mando en el juego; los otros dos, de pie, son jugadores de pelota, lujosamente ataviados, exagerando un extremo del ceñidor, cual era la moda en la época. En el tajón, la víctima es sujeta de los brazos por un personaje, mientras el otro le clava el cuchillo en el pecho. Llenan el espacio los pendones imperiales y del cielo baja un *tzitzímitl*, pendiente del espíritu de quien expirará. Cronológicamente, la placa con el jeroglífico de Mictlan, por tres veces registró el año 739 de cuando Xatontan asumió el poder; la franja de tierra casi se borró y, en la celeste, dos veces evocaron el año 687 del inicio de la Dinastía; en el centro, con el *tzitzímitl*, tres veces el año 739 del ascenso de Xatontan; uno de los personajes tiene inscritas cuatro veces la fecha

791 de la insurrección de las amazonas, el problema, y tal vez hay un 7 *Técpatl* para el año 784 —¿a 52 años de la primera presencia olmeca en El Tajín (732)?

El Tablero número 4, y último en esta serie, puso a la placa toponímica unos numerales cuyo significado, cuatro, no se alcanza, pues corresponderían a varios asuntos; incluso podrían indicar que ése era el tablero número 4; detrás, el año 739 del entronizamiento de Xatontan. La franja de tierra, con dos marcas, recuerda el 687, inicio de su gobierno, paralelo al de Tula. En el descendente *tzitzímitl*, tres veces el año 739, y otro tanto en la sonaja; pero el año 687 queda, por dos veces, en la cama mortuoria, evocando a Omeácatl, pues decía la conseja que penetró a un temaxcal y jamás apareció, acaso piadosa o parabólica manera de insinuar su volatilidad etílica; su nombre calendárico también lo llevaba el dios de la embriaguez.

Para esta escena final recogieron el cuerpo todavía con vida —por eso tiene flexionada una pierna cuando lo acuestan en el diván—. Los músicos ya lo esperaban, uno con teponaxtle y otro con sonaja. El *tzitzímitl* que vino por su alma estaba cuajado de cómputos, como que hacía una Edad, desde aquel año 115, en que un congreso de astrónomos y cronólogos ajustó los calendarios. El águila solar protege al difunto y entre sus plumas hay jeroglíficos de *xiuhmolpillis* para completar los 260 años de la Rueda de *Katunes* a partir de la famosa guerra civil que dividió y desoló a Huehuetlapalan, además de apuntar que conocían al Gran Ciclo de 1 040 años. ¿Querían considerar aquello como el mayor acontecimiento de todos los tiempos? Tenían derecho a ser prosopopéyicos.

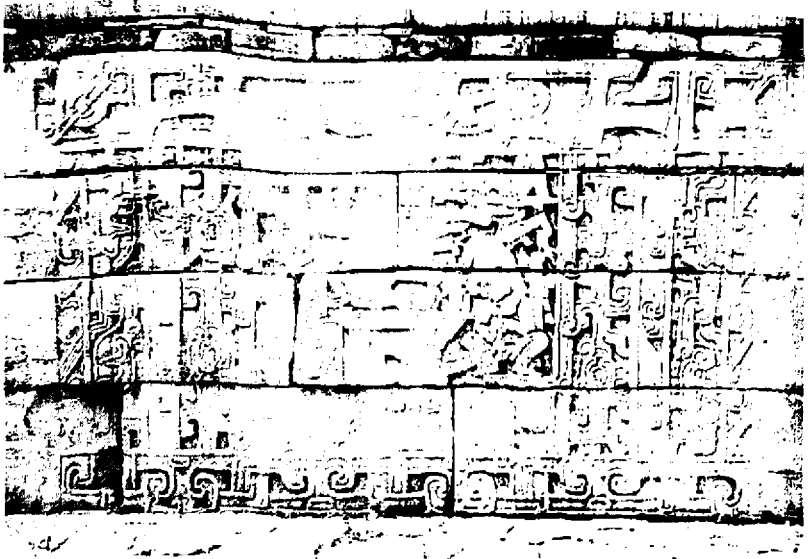
Antes de intentar el desciframiento de los dos tableros esculpidos en el centro del *teotlachtli*, debe decirse que se han cotejado repetidamente con los anteriores, proceso en el cual se ha ido robusteciendo la idea de que, pese al aire de familia que los une por haber sido ejecutados bajo el mismo cincel o la misma escuela escultórica, su alma, su espíritu, su idea y su expresión resultan por completo distintos y el estupor inicial ha ido cediendo el paso al progresivo, al cre-



Agonía y ascenso de un mensajero al Sol
Tablero en el muro sur-occidental

ciente conocimiento de la cultura introducida por los olmeca históricos. Bajo esta luz habrán de ser analizados los relieves.

La Dinastía de Mizquihuacan fue iniciada el año 687, justamente cuando cerraba una Edad iniciada a partir del año 11 en el cual pasó el cometa Halley —inscrita la fecha en la tapa tajinense—, y debía concluir este mandato constitucional de 52 años en 739; pero el año 727, los olmeca históricos llegaron a Isla de Sacrificios, desembarcaron en Chalchicueyecan y se regaron, ellos o sus elementos culturales, por diversos lugares de Mesoamérica. Llegaron a Mictlan (732); son definitivas las pruebas. Al primer emperador le quedaban aún 12 años de mandato. Pudo conocer aquella novedad que incluía la embriaguez como rito sagrado y aficionarse al vino, de palma primero, al de maguey después; tal cosa lo perdió, aun cuando decían, por compasión, que se había perdido dentro de un baño de vapor. Le sucedió Xatontan, el constructor, en cuyo gobierno —y en el de los que le sucedieron—, el influjo de los olmeca históricos acabó



Tablero en medio del muro sur. Vivificando a Huracán
Juego de Pelota Sur

dominando. Por eso tuvieron espacio en los muros del *teotlactli*, quedando la constancia en los dos tableros centrales, en el punto en que la pelota marcaba cada uno de los dos pasos del Sol por zenit de Teotihuacán y del Tajín: 19-20 de mayo; 25-26 de julio.

Forma es fondo; distinta la forma, distinta la esencia. La escena queda enmarcada, en apariencia, por el toponímico, ahora doble, inseguro, a izquierda y derecha; en el cielo, ya con inquilino, un dios, y abajo, la tierra que seguía siendo de la nación. Cronos, hijo del cielo y de la tierra para la leyenda griega, era el más viejo dios, es decir, desde antes ya existía el tiempo; por su parte, y en su avanzado punto de cultura, para los totonaca también la cronología era la base de toda ciencia, venida desde los astros. Los totonaca comenzaban su año el día primero de mayo, en la veintena de *Tóxcatl*, para que la suprema fiesta cayese a 19-20 de mayo, paso del Sol por el zenit. Los olmeca comenzaban su año el 26 de julio, segundo paso del Sol por el zenit; en este Juego de Pelota están las dos opciones. Hay en el

Tablero Centro-Sur dos veces la fecha 3 *Técpatl*, usando la grafía seguramente tolteca y tal vez correspondiente al año de 780, cuando ya lograrían asentimiento para labrar sus tableros, a 52 años de haber llegado; dos veces con *xiuhmolpillis* está el año 687 del inicio de la Dinastía; dos veces el 3 *Técpatl* se repite; y dos veces con *xiuhmolpillis*, el año 739 de la ascensión de Xatontan, en un eclecticismo de concertación política. El Tablero Centro-Norte vuelve a mostrar el 3 *Técpatl*, pero agrega un probable 7 *Técpatl* (784). Pone, con *xiuhmolpillis*, el 739 y, por otras dos veces, el 3 *Técpatl* que usó, excepto en una ocasión, las hachas de cobre para sustituir al cuchillo de piedra; los olmeca históricos habían sido los introductores de la metalurgia en Mesoamérica.

Si los cuatro Tableros del primitivo proyecto escultórico fueron fieles a la inclusión del nombre de la ciudad, también los nuevos influyentes respetaron la idea, duplicándola: son dos las placas toponímicas a los lados de cada Tablero central; varias veces grabaron el *xonecuilli*, jeroglífico traducible por la palabra 'rayo', una especie de letra 'ese', más que una 'zeta' y brillantemente logrado en el 'yugo' de la colección Arensberg; Mictlan, oficialmente, dejó su nombre náhuatl y pasó a llamarse Tajín, en lengua totonaca: relámpago, trueno, rayo. ¿Sentirían recobrar su independencia dejando, en este caso, el idioma náhuatl e imponiendo el totonaco? Al intercambiar estas palabras de significado distinto ¿sólo cambiaban acentos, o dejaban de tenerlos?

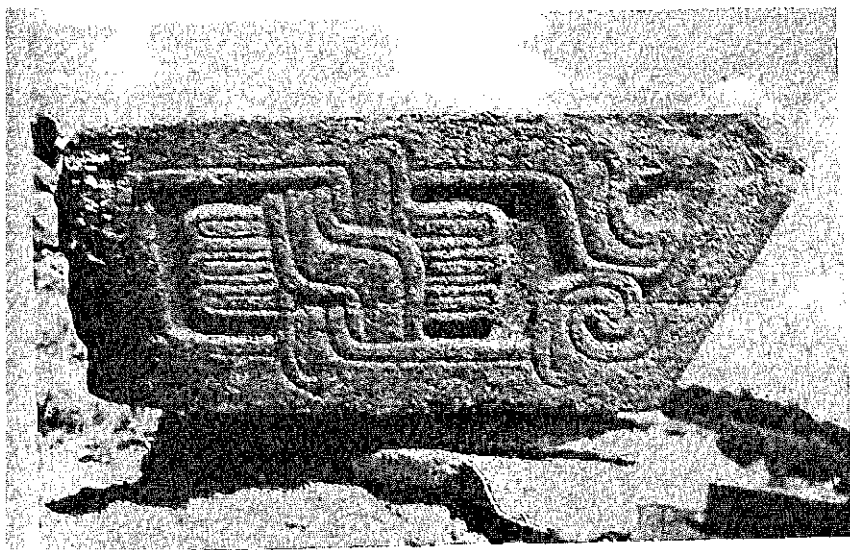
El marco de la escena se completa, por abajo, con la línea de la tierra y entrelaces tipo Tajín; arriba: el cielo, el Omeyocan, Lugar de la Dualidad que los informantes del siglo XVI no quisieron explicar. Son dos personas distintas y un solo Dios verdadero: el Sol. De los dos dioses, en ese momento, quien dio la cara fue Chicomecóchitl (Siete Flores), con ese jeroglífico en la frente: una flor en el centro, seis repartidas en cada uno de los puntos de los radios en que se dividen los tres diámetros del 3.1416 (π), cuando el calendario totonaca se iniciaba el día primero de mayo con el día 1 *Cipactli*, dentro de *Tóxcatl*, su primer veintena; esta veintena precisamente conclusa el



Año 791. Inicio del Juego de Pelota Sur en El Tajín

día 7 *Xóchitl*, 20 de mayo a medio día, y transcurrido medio año, 180 días, era 5 Flor, *Macuilxóchitl*. Aquí, éste resulta el dios con sólo cuerpo, el rostro está detrás, no se ve porque no ha llegado su tiempo; pero los dos cuerpos corresponden a *Chicomexóchitl*, que ríe a carcajadas en el norte del Totonacapan, y a *Macuilxóchitl*, riendo en las Caritas Sonrientes del Totonacapan del Sur.

Las escenas en los Tableros del centro se refieren a Huracán según el idioma quiché o Tajín en lengua totonaca; el colocado al Sur estaría inspirado en el drama de la canícula y la siembra de temporal del maíz que, sembrado a finales de mayo, principios de junio, con las primeras lluvias mansas de Tláloc, realiza su fecundación para granar en la canícula, que comienza hacia fines de julio, cuando no llueve y son más fuertes los calores; no queda más esperanza que la de Huracán y sus violentas chubasquerías. En la escena del Tablero Central-Sur, oficia el rito un sacerdote representando a Oxomoco, esposo de Cipactónal, que también interviene, y fueron ambos, en otra



Año 895. Última fecha inscrita en el Juego de Pelota Sur

leyenda, los creadores del calendario; este Oxomoco lleva la máscara de los *Tenocelome*, los tigres de Tezcatlipoca, éste, nombre de Huracán en oro idioma, El sombrío momento es de muerte, un *tzitzimil*, espíritu de las tinieblas, ya viene bajando. Huracán, prisionero en el fondo del mar, es identificable por el yelmo en forma de pez; estaría desfalleciente por lo cual el sacerdote, con un punzón, sangra su miembro viril y esos hilos de sangre, alimentando a Huracán, lo vigorizan para que descargue su furia, pero también su lluvia bienhechora, salvando a la milpa, logrando la cosecha.

Roberto Williams García recogió en El Tajín, de los viejos totónaca, el tradicional relato sobre Huracán, persona tremenda. Ya se sabe, como en la mitología de varios pueblos, que Huracán, como el Hefestos griego, Vulcano en Roma, era cojo por su caída del cielo, fundidor de hachas de cobre, beodo, pendenciero, hacía tantos destrozos que lo debieron atar con el arcoiris en el fondo del mar. Así está en este relieve del Juego de Pelota, dentro de su palacio, vigilado

cronométricamente por Cipactónal y Oxomoco; éste, mostrando el *máxtlatl* de la virilidad en la mano del cetro y en la derecha el *xonecuilli*, jeroglífico del rayo, frente al tabernero que defiende su olla de *octli* (pulque), industrialización de los magueyales en las tierras labrantías. Después del Huracán, de la tempestad, reina la calma. Y en el cielo, Chicomexóchitl, Sol de la fructificación, ríe a carcajadas.

BIBLIOGRAFÍA

- ANALES DE CUAUHTILÁN. (*Códice Chimalpopoca*). Imprenta universitaria, México, 1945.
- "CÓDICE DEHESA", en: *Antigüedades mexicanas*. Junta Colombina de México, México, 1892.
- KIRCHOFF, Paul. Comunicación personal, Xalapa, Ver.
- MARQUINA, Ignacio. *Arquitectura prehispánica*. SEP, México, 1951.
- PROSKOURIAKOFF, Tatiana. *Scroll Patterns*. Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1953.
- SALDAÑA, Mateo. "Dibujos del Tajín", en: *Arte prehispánico de México*. SEP, México, 1946.
- THOMPSON, J. Eric S. *Dating of Certain Inscriptions of non-Maya Origin*. Carnegie Institution, Washington, 1941.
- TORQUEMADA, Juan de. *Monarquía indiana*. Chávez Hayhoe, México, 1944.
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto. "Trueno Viejo-Huracán-Chac Mool", en: *Tlatoani*. México, 1954.

EL ORÁCULO DEL ARCOIRIS

Al sur del Edificio de los Nichos construyeron, tan cerca cual si lo adosaran, un Juego de Pelota. La otra banda de esta construcción recuesta sobre un lado en donde aparecieron pinturas. Tiene dirección de oriente a poniente y en medio de su largo muro sur colocaron un relieve donde representan el motivo, dividido en dos porciones, la oriental y la occidental. Cada una de estas partes está constituida por una pareja de serpientes, destacando sus



Friso en el Oráculo del Arcoiris. El Tajín

cabezas y, en medio, tal si le diesen protección, un hombre, igualmente singularizado por la cabeza. En el centro de todo el relieve, quedan frente a frente las dos cabezas de serpiente que abren la boca y sacan sus lenguas, enlazándolas, para formar el signo del movimiento, *nahui ollin* en los jeroglíficos; pero por las líneas que les pusieron podrían ser los colores del arcoiris ya borrados, aun cuando la idea básica por expresar haya sido: el arcoiris formando el *nahui ollin*.

Este núcleo mítico de la pareja de serpientes ya es conocido en las noticias antropológicas veracruzanas por esculturas, pinturas y en tradición oral de indígenas contemporáneos. Tuvo su más remoto principio conocido en un mito dahomeyano, incluido por Blaise Cendrars en su *Antología negra*, según el cual el mundo (esférico) estaba desintegrándose; por lo tanto, fue atado con el par de serpientes. Lo ilustran, metafóricamente, las *Cihuateteo* de Zapotal, municipio de Ignacio de la Llave, Veracruz, rescatadas por el arqueólogo Manuel Torres Guzmán; en ellas, el vientre de la mujer por dar a luz es cual esfera del mundo, y ante la eventual desintegración por el aborto, le ciñen el vientre con las culebras del arcoiris. En códices tal el *Dehesa*, las culebras llevan los colores azul y rojo, los dos extremos en el espectro luminoso del fenómeno meteorológico, lo mismo que en los relatos aborígenes de la sierra de Zongolica. El relieve del Tajín ya perdió el colorido, sólo queda la epidermis de la piedra.

En la época de su esplendor, los Juegos de Pelota del Tajín eran oráculos muy socorridos por quienes, cargados de dudas o temores, les pedían una contestación. A veces, casi se sienten los agobios de una sociedad, aplastada materialmente por un extraño fanatismo, tal vez equivalente al de la Europa medieval con sus brujas, diablos, fórmulas mágicas, amuletos y todo tipo de supercherías; era la grandeza del arte tras la cual, sin embargo, adivinaban el abismo, y si había tantos oráculos, bajo tan diversas advocaciones, el arcoiris no era menos misterioso, mágico, presumiblemente metafísico, según lo insinúa la retacería de consejas que aún perduran. La Física tiene ya



Detalle del friso en el Oráculo del Arcoiris

muy estudiado el fenómeno de la refracción de la luz y si los totonaca de aquellos años no dominaron el índice de refracción, sí prácticamente pudieron advertir una relación entre los rayos del Sol y los cristales de la lluvia. Tal vez por eso la orientación de este Juego de Pelota y la división en dos porciones del relieve que los representa.

No es aquí un sitio para ocuparse de cuanto circula todavía en torno al arcoiris, pero no se debe silenciar el aspecto concreto que lo liga con la metalurgia. Dicen que donde se hinca la raíz del arcoiris está el yacimiento de un metal, exagerado modernamente, el dinero circulante. Pues bien, hubo un Tajín anterior a la metalurgia mesoamericana, llamado Mictlan, al cual, después de la introducción del trabajo de metales, le llamaron Tajín, el dios Huracán, forjador en la fragua, con todos los atributos del Hefestos griego, del Vulcano latino.

En cuanto al Oráculo del Arcoiris unido al edificio con pinturas, convendría mencionar que Alonso de Molina puso la palabra náhuatl: *cozamálotl* para designar al arcoiris, cosa deslumbrante de colorido

—y ése era el significado mágico de Cosamaloapan—, como fenómeno celeste; contenía, en sí, todos los colores. Por eso lo querían unido a la Casa de los pintores (*Tlacuilocalli*). Y así la hicieron elitista, pequeña, para pocos alumnos, pero Escuela de pintura, lado sur del Oráculo, edificio con una fachada digna del arte.

BIBLIOGRAFÍA

CENDRAS, Blaise. *Antología negra*. Cenit, Madrid, 1930.

MOLINA, Alonso de. *Vocabulario de la lengua castellana y mexicana*. Imp. El Escritorio, Puebla, 1910.

TORRES GUZMÁN, Manuel. *Exploraciones en Zapotal, Veracruz*. Instituto de Antropología, Xalapa, Ver.

WILLIAMS GARCÍA, Roberto. *Informe sobre Zongolica*. Instituto de Antropología, Xalapa, Ver.

LOS RELIEVES EN EL JUEGO DE PELOTA CENTRAL

En este Juego de Pelota sólo esculpieron la franja celeste, omitiendo la de tierra. En ella fue buscado el orden sucesivo para su lectura, seleccionando como indicativo el rostro del Sol pues, en el muro norte, dos de sus representaciones lo muestran riendo, cual en el Juego de Pelota Sur a Chicomexóchtli, aquí sin el nombre sobre la frente; en las otras cuatro representaciones —únicamente una en el muro norte y las otras tres en el muro

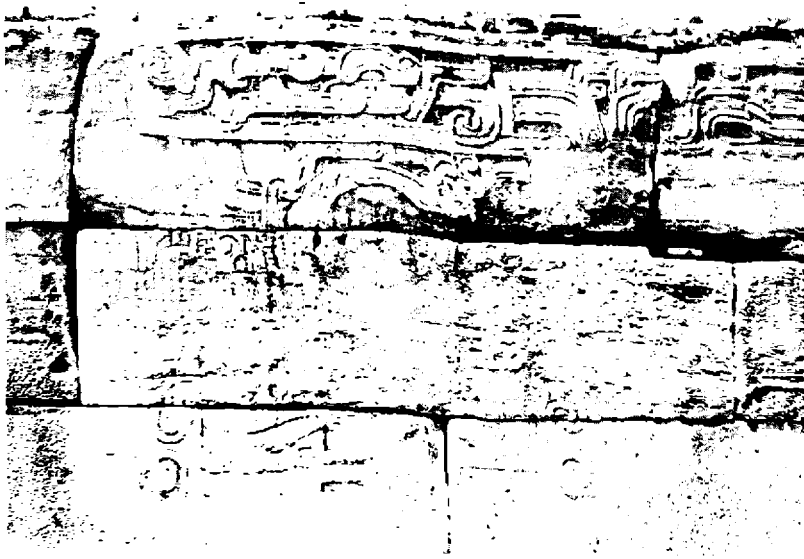


Primera estación (mayo-junio) con el año 323
Juego de Pelota Central

sur— se ve mostrando una lengua semejante a la del Sol en la célebre Piedra del Calendario tenochca, por lo cual se pueden suponer correspondientes a máximo imperio del Sol o del calor y a su apocamiento, época de frío, dentro del año, aun cuando éste resultaría dividido en seis porciones, una para cada uno de los tableros esculpidos debajo y simétricamente: cuatro en los extremos y dos al centro. Así, el tiempo de las cuatro estaciones meteorológicas deberá repartirse en seis, de donde un año de 360 días puede asignar 60 días, tres veintenas, a cada una de seis totales.

En estudio separado ya quedaron fijos los días en los cuales principiaban y terminaban las cuatro estaciones meteorológicas mesoamericanas. Aquí es preciso amoldarse a otro criterio, basado en la realidad comprobada de que los totonaca principiaban su año el día primero de mayo —y en el extremo izquierdo del muro norte, por la fecha más antigua. Los periodos teóricos de dos meses ocurrirían: del primero de mayo al último día de junio; del primero de julio al último de agosto; del primero de septiembre al último de octubre; del primero de noviembre al último de diciembre; del primero de enero al último de febrero; del primero de marzo al último día de abril, en la nomenclatura cristiana. Para el calendario mesoamericano se deben agregar cinco días de *nemontemi* antes de recomenzar nueva cuenta.

Si las propuestas fuesen afortunadas, el primer tablero a considerar debe ser el colocado en el extremo izquierdo del muro norte, cuya singularidad ya se apuntaba en la franja celeste, pues el Sol únicamente muestra el rostro; cubriría del primero de mayo al día último de junio. También se ligan franja celeste y tablero en la circunstancia de tener colocados, arbitraria pero llamativamente, dos pares de jeroglíficos de *xiuhmolpilli*, como para subrayar una misma fecha, y sería el año 687 —de inmediato sugiere: cuando inició la Dinastía de Mizquihacan el emperador Omeácatl. Esto es: comenzando la cuenta el año que fue 11 de la Era Cristiana, según una lápida del Tajín, al transcurrir una edad indígena de 676 años, sería precisamente el 687.



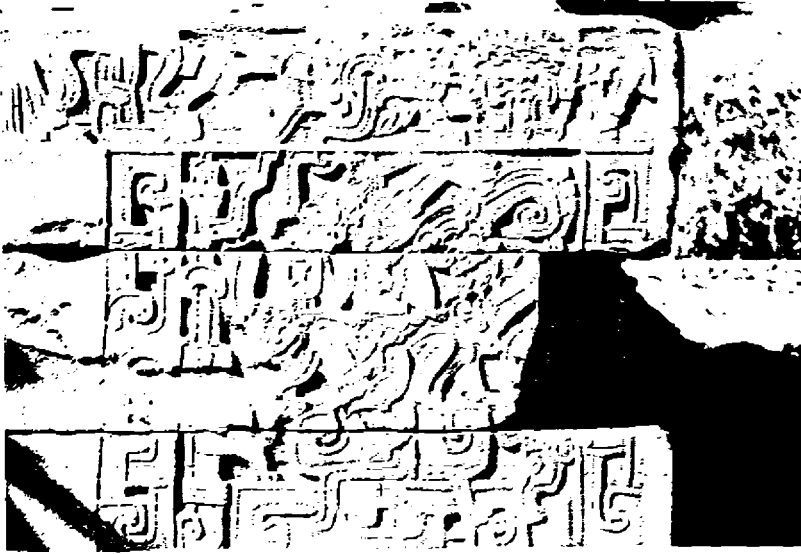
Segunda estación (julio-agosto) en el Juego de Pelota Central

Hay, en el Tablero 1, dos personajes: el de la izquierda, en pie y armado cual guerrero, tiene bastón de viajero y empuña un escudo circular, adornado con pétalos de flor si no fuesen *xiuhmolphillis*. Infortunadamente la piedra se rompió, partiendo el escudo a la mitad exacta, de modo que quedaron cinco *xiuhmolphillis*, cuando completa debió tener diez, valederos por 520 años, es decir, "hace 520 años"; y como este Juego de Pelota sería inaugurado el año de 843, la referencia marcaría el año 323, siendo conveniente repasar la página de la historia, pues los totonaca perdieron Teotihuacán el año 271. En el *xiuhmolphilli* siguiente —de 271 a 323— fueron regresando rumbo a la costa del Golfo; se detuvieron en Tenamític (Zacatlán) levantando nueva capital en su área. Esto harían los que se detuvieron, mientras otros continuarían, y uno, el cabecilla, representado en la izquierda del Tablero, se asentaría en el sitio ahora conocido por Tajín, sin desconocer que habría en el sitio algunas familias antiguas formando aldea, y como ya para 323 regían al Imperio Teotihuacano los

popoloca, estos nuevos asentamientos podrían haber sido considerados teotihuacanos, acaso contemporáneos de la ciudad teotihuacana (tablero y talud) levantada en el ámbito de Poza Rica.

Frente a la figura de la izquierda, y lógicamente a la derecha, esculpieron el segundo: está en cuclillas, encima de un taburete o altar; sostendría una deidad; pero su dinamismo, presumiblemente relacionándose con el otro personaje, hace considerarlo tal vez un sacerdote, con la máscara de un *Tenocélotl*, luciendo el *máxtlatl* muy largo, en moda por el horizonte arqueológico Clásico Tardío, y empuñando un escudo cuadrado con el signo del movimiento (*nahui ollin*); lo de la mano izquierda no se pudo identificar. Por encima del *Tenocélotl* pasa volando la culebra emplumada (también sin cuerpo), identificable por las plumas y el ojo del numen, puntual a la cita y al cotejo, pues el año 323 era 1 Caña (*ce Ácatl*) que iba siguiendo al de 322, 13 Conejo (*13 Tochtli*), cuando el planeta Venus realizó el segundo tránsito de su serie por el disco solar y distaba un *xihmolpilli* de la pérdida de Teotihuacán. En la Rueda de *Katunes* de los mayas, el 7 *Ahau* (303-323) cerraba precisamente con el año 323 y 7 *Ahau* era *Chicomexóchitl*, dualidad haciendo pareja con *Macuilxóchitl*. La historia, en el Tablero, es evocación.

El Tablero número 2, al centro del muro norte y en su nexo con la franja celeste, marca la circunstancia de iniciar o terminar en su porción izquierda: ¿principio y fin de la canícula? Transcurría el Tablero del comienzo de julio al último día de agosto; en ese lapso, los olmeca y los mayas terminaban y comenzaban su año. La escena del Tablero propiamente dicho está muy destruida; se salvaron, en la parte superior, unos entrelaces tal vez adjudicables a serpientes de nubes, como las trombas, y abajo, la porción de dos personajes: el de la izquierda, sentado sobre las olas, mostrando el desnudo pie, viajero marino, y enfrente, la cifra nueve, formada con una barra y cuatro puntos; ¿9 *Ehécatl*, *Quetzalcóatl*? El otro personaje también sentado; éste sobre un banco que cubre al número diez. Nada en concreto; pero en 10 *Ácatl* (787) hicieron la corrección de los bisiestos y la cuenta correcta se reanudó el 25 de julio, víspera del comienzo de



Tercera estación (septiembre-octubre)
Las culebras del tiempo anudan el medio año

año para olmecas y mayas. Este personaje sería de alto rango por el rico labrado de su faldellín; el otro, con poderes mágicos para flotar sobre las olas. No hay mayor base a suposiciones pero, por hacer algo, podría imaginarse al dios Huracán (Tajín) que también habitó en el mar y pudo venir en una balsa, lo cual dicen de los Cristos Negros, llegando por agua, flotando en la madera del empaque. Para el otro personaje se propone al gobernante de la tierra y población del Tajín.

El Tablero número 3 en el extremo derecho del muro norte muestra, en la franja celeste, al Sol con los dientes limitados en punta, muy acalorado —¿furioso?—, con la lengua de fuera; está con todo su cuerpo completo y sobre la región del vientre se arremolinan las nubes, nutriéndolo por el ombligo. Su tiempo sería del primero de septiembre al último de octubre. Sólo hay en el Tablero un personaje, todo circundado por entrelaces, adornándose con diadema y penacho;



Los años 687, sobre un penacho, y 843, como falda de Chicomexóchtli
 Tablero sur-oriente. Cuarta estación (noviembre-diciembre)

lleva en la mano derecha el escudo con el símbolo del movimiento (*nahui ollin*) y en la izquierda tal vez una sonaja. Está sentado, si no agachándose; entre las piernas hay dos culebras entrecruzando sus cuerpos, cuyas cabezas recuestan en los muslos para colgar a los lados, mientras las colas cuelgan hacia la parte baja de la escena. Estas culebras forman el nudo que podría recordar al mito dahomeyano, pero en realidad sólo hay el hecho de atar. En la mano derecha, el personaje lleva un blasón en cuyo centro pusieron el *nahui ollin*, que también podría representar a los remolinos del huracán, y la sonaja, el retumbar de truenos; acaso es el momento de atar a Huracán para que no siga causando destrozos.

El Tablero número 4 (noviembre-diciembre), situado en el extremo izquierdo del muro sur, tiene arriba, en la franja celeste —de diseño bien conservado—, al Sol como personaje, en posición horizontal, con ajorcas en los tobillos y con *máxtlatl*; en la región del

vientre su adorno es el remolino de las nubes por el viento del norte y en cuya parte inferior penden cinco jeroglíficos de *xiuhmolpilli*, para el ciclo de 260 años aun cuando, en este caso, fijan la fecha del año 843. El cuerpo del Sol, en las muñecas, lleva pulseras y el rostro, perpendicular para verlo de frente, deja examinar, en el tabique de la nariz, unos adornos como goterones —¿de liquidámbar?—; de la comisura de los labios brotan dos grañas insinuando el vapor del aliento más la lengua ya conocida en la Piedra del Calendario mexicana. Las orejeras destacan el gran tamaño usado por los totonaca.

El Tablero tiene partes muy destruidas. Por los penachos podrían haber existido tres personajes; ahora sólo se identifican el central, sentado; tras él, un extremo de aquel *máxtlatl* muy largo, en moda del Clásico Tardío. Al estar sentado el personaje, solamente toca el piso con el pie izquierdo alargando los dedos, mientras descansa la parte delantera del pie derecho sobre un apoyo, lo cual hace reflexionar en si sería cojo. Cubriendo el vientre, acaso estaba una serpiente anudada de la cual, sin embargo, sólo se mira la cola, a la derecha de la composición, junto a una pluma pendiendo de un escudo. Entre los posibles tres penachos, en el de la derecha pueden leerse dos jeroglíficos de *xiuhmolpilli*, tal vez para repetir al año 687, comienzo de la Dinastía de Mizquihuacan.

El Tablero número 5, al centro del muro sur, padeció la más grave destrucción. Cubría los meses de enero a febrero. De lo muy poco salvado se conjetura la escena donde un altar parecería ser el centro del motivo. En ambos lados del mismo estuvieron, de pie, dos personajes; en el de la derecha todavía se puede advertir el rostro y el tocado a manera de tiara sacerdotal; a nivel del rostro de los personajes, hay esculpida una deidad en pequeña dimensión, sentada, y a quien posiblemente dedicaron el ofertorio; en ella se puede distinguir su faldellín muy bordado. Abajo, por el piso, frente a lo considerado altar, está una tortuga, representación de la tierra, flotando en el mar o encarnación en Macuilxóchitl, porque cuando Tezeatlípoca, el dios negro, vino, advirtió que los indígenas eran tristes, por lo cual mandó traer, del otro lado del océano, los instrumentos musicales y sólo la



Tablero a medio muro sur, muy destruido
Una tortuga sale de abajo del altar. Quinta estación (enero-febrero)

tortuga se ofreció para cumplir el encargo. Macuilxóchitl era dios de las flores, la música, el canto, la danza, el juego, y tanto la evocación como el rito podrían ser propiciatorios de la próxima estación.

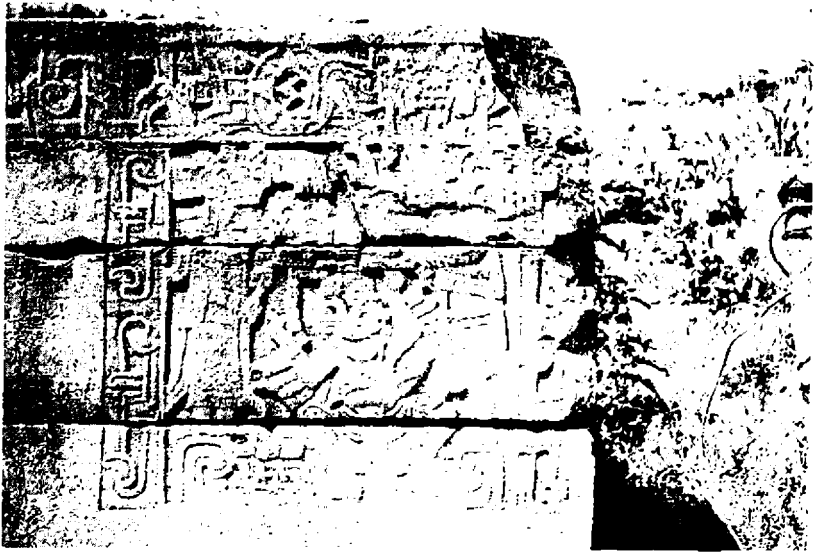
Para el Tablero número 6 —y último— (marzo-abril) en el extremo derecho del muro sur, se debe considerar primero la franja celeste donde grabaron al Sol cual personaje de posición horizontal, con su largo *máxtlatl*, rostro parecido a los otros, aun cuando en éste destacan los dientes trabajados en punta —¿comienzo de los calores?—; sobre la región del vientre ya no hay duda, pusieron un gran círculo, remarcado por dos circunferencias; dentro de la primera centraron el jeroglífico del movimiento del Sol o su incesante transeurrir; salen de ahí cuatro rayos marcando los cuatro puntos cardinales, en tanto que señalaron los rumbos intermedios con puntos. Era su “rosa de los vientos”.

Abajo, en el Tablero propiamente dicho, hay, a la izquierda, un personaje femenino con larga falda cubriéndole hasta el tobillo y en

el busto, un *quixquén* muy elaborado; en la mano derecha lleva el bastón de caminante, pero el rostro desapareció por fractura de la piedra; el tocado podría sugerir la cabeza de un reptil, acaso insinuando a Cihuacóatl, vicegobernante; se mira parada en la margen de un río, junto al agua. A la derecha, un personaje masculino, de pie, con su vara o gran bastón; pero el rostro fue borrado por deterioro de la piedra, únicamente se salvó su gran tocado, símbolo de muy alto rango. Al centro, una pareja fantástica, lleva plumas en los brazos para indicar alas; cruzando su pecho, un cordón sostiene al ojo de la divinidad en función de pectoral; destaca su gran *máxlatl* y más por su posición de sentado; está su collar, pero no el rostro, pues visiblemente se observa que fue decapitado, y del cuello brotan los chorros de sangre. Como formando ángulo entre su mano y el sitio donde iría la cabeza, nueve numerales interrogan; audazmente podrían ser 9 *Ehécatl*, nombre calendárico de Quetzalcóatl quien, jugando a la pelota con Xólotl, cruzaría por dentro del círculo de fuego del Sol ganando el partido y la honra de ser decapitado; pero, en la historia real, el emperador Teniztli fue sacrificado y su drama sacro sería representado por el escultor. El 30 de abril, el Sol hace su paso por el zenit de Copán, en Palenque, y en Zempoala, terminaba el año.

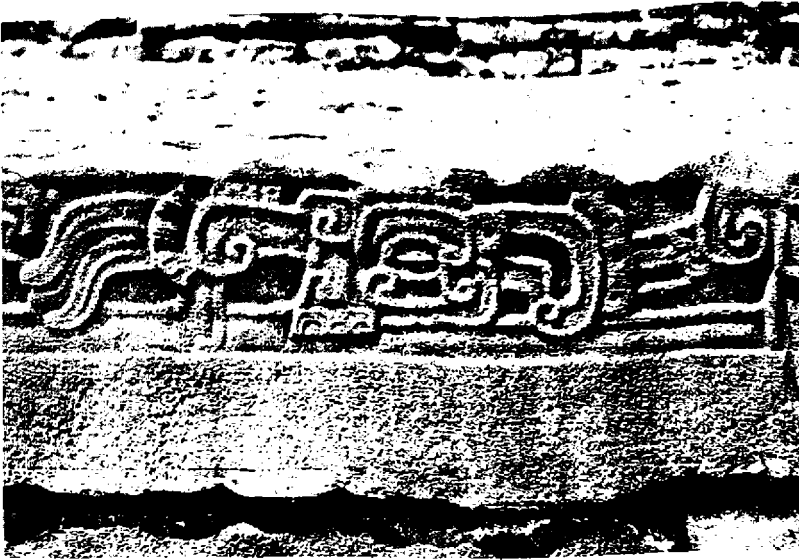
Como historia general, el artista puso: el comienzo de la población en el 323 cuando, vencidos, los totonaca regresaban de Teotihuacán; el comienzo de la Dinastía de Mizquihuacan en 687 y la inauguración del *teotlachtli* en el 843, tras el paso del planeta Venus por el disco solar. Después, dividieron el año en seis estaciones, destacando la canícula y la temporada ciclónica, con alusión al acto de atar a Huracán, según todavía lo relatan los totonaca del Tajín. Incluyeron el culto a Maculxóchitl, dios del juego, la gratitud a la tortuga por haber traído los instrumentos musicales y la ceremonia del día comprendido del medio día del 30 de abril al medio día del primero de mayo, terminación y principio de año, cuando decapitaron al triunfador en el Juego de Pelota.

Con lo anterior, se debería poner punto final a cualquier duda sobre la división del año en seis estaciones, pero es bueno recordar la



Un decapitado entre dos personajes. En el cielo, el Sol termina un año
Tablero sur-poniente. Sexta estación (marzo-abril)

evocación que hace del año hindú, con seis estaciones cantadas en sánscrito por Kalidasa en su libro *La ronda de las estaciones*. Las invasiones arias ocurrieron del año 1200 antes de la Era Cristiana en adelante; podría, entonces, ese calendario haber logrado contacto con las culturas del grupo semita y egipcio; como elemento cultural, haber cruzado África y el Atlántico, y junto con otros rasgos culturales de Saba perdurar entre los totonaca, remarcando que principiaba el año sabeo (*himyarí*) en mayo. Sean cualesquiera las razones y sinrazones, la realidad material quedó plasmada en la piedra del Juego de Pelota Central, restaurado por el arqueólogo Mario Navarrete Hernández del Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana. Corresponden: el estío de Kalidasa, a los meses de mayo y junio; las lluvias, a julio y agosto; el otoño, a septiembre y octubre; el invierno, a noviembre y diciembre; el rocío, a enero y febrero; finalmente, la primavera, a marzo y abril.



Detalle de la franja celeste

Esta llamativa coincidencia de comenzar en mayo tanto el año totonaca como el hindú y el sabeo podría tener alguna razón geográfico-astronómica en relación con el Trópico de Cáncer y sus variantes por el paralelo número 20; allí en la India: entre Calcuta y Bombay; en Arabia: la zona de Medina y La Meca; en África: Luxor, Atbara, Senegal; pero además, en *La ronda de las estaciones* de Kalidasa, principiaba con el estío en los meses de mayo-junio, que es también en la costa central veracruzana, la época de calores, de los incendios en el campo, seguida por las lluvias normales y después por la etapa ciclónica, cuando “está en las nubes el dios Indra armado de relámpagos”, equivalente a Huracán; allí, dios primitivo de los arios, de la tormenta con lluvia y trueno.

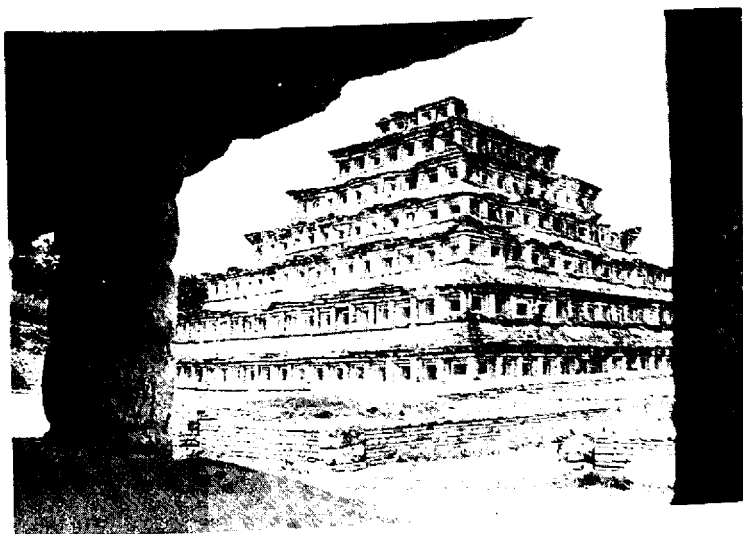
BIBLIOGRAFÍA

- DÉRIBÉRE, Maurice y Paulette. *El enigma de la Reina de Saba*. Roca, México, 1978.
- DURANT, Will. *La civilización de la India*. Sudamericana, Buenos Aires, 1957.
- KALIDASA. *La ronda de las estaciones*. Centauro, México, 1944.
- MELGAREJO VIVANCO, José Luis. *Los calendarios de Zempoala*. UV, Xalapa, Ver., 1966.
- PRAMPOLINI, Santiago. *Historia universal de la Literatura*. UTEHA, Buenos Aires, 1940.
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto. *Tradición oral en Tajín*. Uxmal, Xalapa, Ver., 1980.

OTROS EDIFICIOS

EL EDIFICIO DE LOS NICHOS

Desde cuando, en la *Gazeta de México* en el año 1785, Diego Ruiz dijo haber encontrado un antiguo edificio de nichos, entre la selva papanteca, resulta cada vez más conocida mundialmente la célebre construcción totonaca. Más de medio siglo estudiándola personalmente, rinde aquí sus primeros resultados esta investigación. Originalmente, fue mandada construir por Xatontan (739-791), segundo emperador de la Dinastía de Mizquihuacan, para mauso-



El Mausoleo con 364 nichos. Inicio de la necrópolis

leo donde sepultar sus restos mortales y los de quienes lo sucederían. Recientes trabajos arqueológicos lo corroboraron al encontrar, en lo más alto y hacia el Oriente, los comienzos de un 'tiro', pozo profundo, semejante a los del occidente de México, estudiados por José Corona Núñez, y más a la Tumba del Arenal, Jalisco. Durante la exploración se fue bajando, entre peligrosas dificultades, hasta el nivel del piso, sin encontrar las criptas. De todas maneras, el incompleto testimonio, por analogía, no sólo recuerda las tumbas occidentales; Eduardo Noguera, en sus comentarios, marcó la clara filiación con lo encontrado por James A. Ford (1944) en el área de Cali, Colombia, y con la cerámica estudiada por Corona Núñez y ubicada en el horizonte arqueológico llamado Cora Antiguo, ubicado por el año 900 de la Era Cristiana.

Las exploraciones arqueológicas de Alfonso Medellín Zenil en Viejón, asiento primero de Quiahuiztlan, y en la propia Quiahuiztlan después, encontraron dos tipos de entierros: el "primario", dentro de la base de la pirámide, abajo; y el "secundario", aparentemente arriba, pero fiel a la tradición de sepultar en el piso del hogar. Ya en Teotihuacán, Ales Hrdlicka había estudiado el entierro "secundario"—igual a lo común en el Totonacapan— y los cráneos braquicéfalos, con su deformación típica. Esta forma evolucionó, y en Quiahuiztlan (1200-1500 d. C.) sus tumbas culminaron en mausoleo, miniatura del teocalli, con el entierro bajo el piso.

La existencia del 'tiro', en el mausoleo del Edificio de los Nichos, reitera la probidad con la cual fray Juan de Torquemada transmitió el informe cierto que los totonaca le dieron, en torno al gobierno de Xatontan:

y así fue enterrado en un honroso sepulcro que él, poco antes que muriese, había mandado hacer, con este propósito de enterrarse en él, él y todos sus descendientes, lo cual dejó mandado como en cláusula de testamento, y fue precepto inviolable que todos sus futuros descendientes guardaron.

También se han podido fijar las fechas de los periodos de mandato de los miembros de la Dinastía de Mizquihuacan, correspondiendo al

gobierno constitucional de Xatontán el que va de 739 a 791; la muy confiable cerámica encontrada cuando se removió la entrada del 'tiro' corresponde a la de los finales del periodo arqueológico llamado Clásico Tardío, coetáneo del Cora Antiguo encontrado por Corona Núñez en El Arenal. Todo exacto.

El Edificio de los Nichos de ningún modo es copia fiel, un duplicado, del Templo a Quetzalcóatl en Teotihuacán, mas resultan innegables los aspectos fundamentales que los hermanan, y conviene advertir que hay, en la etapa de Teotihuacán II, no una, sino dos concepciones arquitectónicas: la primera, comprendiendo a las pirámides para el Sol y la Luna, que todavía no podían olvidar un pasado increíble, sorprendido por André Malraux: "mucho menos lejos, tal vez, de los efímeros imperios de Méjico, con quienes los de Mesopotamia se emparentan confusamente mediante las oníricas escaleras de sus zigurats"; la otra, que apuntó Ignacio Marquina reconstruyendo, en el papel, la pirámide a la Luna, el incipiente sistema de tablero y talud, adelantándose al Teotihuacán III y que está usado en el Templo a Quetzalcóatl, donde lo básico es la decoración de los tableros, con alternantes cabezas de serpiente: la descascarada, escamosa, de la sequía, y la de la humedad, orlada con las verdes hojas de la milpa, luego plumas de quetzal. El modelo para la emplumada serpiente puede ser el de la encontrada por Eloy Espíndola en Ranchito de las Animas, municipio de Actopan, Veracruz, aun cuando la verdadera esencia fue contar 364 cabezas de serpiente, para una manera muy específica de computar los días del año. En el Edificio de los Nichos, el tablero está sustituido por los nichos, estética singular, con exactamente los 364 nichos mencionados por Juan Bautista de Pomar en su *Relación de Tezcoco*: "Tenían el año de trecientos y sesenta y cuatro días, de manera que, conforme a nuestro calendario, diferían del nuestro un día y seis horas". Definitivo. Tezcoco guardaba los archivos más antiguos, desde cuando la reforma calendárica llegó a Huatulco, en el año 76 de la Era Cristiana.

Las razones quedaron, misteriosamente, sepultadas atrás. La Pirámide al Sol fue construida entre los años del 42 antes de la Era

Cristiana y el 62 ya de la Era, para ser consagrada en el 63 (*ce Ácatl*), dentro de una vieja tradición. Comenzaron a levantar su Pirámide a la Luna, según cálculos, entre el año 63 y el 167; pero, el año 76 llegaron a Huatulco, por mar, unos extranjeros, probablemente zelotas, con la obsesión de la numerología semita y el problema del cambio de la Era porque la llamada cuenta larga, comenzada el año 2853 antes de Cristo, había visto pasar la Era de la Madre y la del Padre, concluyendo el año 67, y forzaba el comienzo de la Era del Hijo (Luna-Sol-Venus), provocando virulentas polémicas para el ajuste del tiempo. Los recién llegados hicieron sentir el peso de su sabiduría y como Teotihuacán era, en aquel periodo, la metrópolis, convencieron sobre lo conveniente de revisar las cronologías, para lo cual

se juntaron todos los sabios tultecas, así astrólogos como de más artes, en Huehuellapalan (Huatulco), ciudad cabecera de su Señorío, en donde trataron de muchas cosas, así de sucesos y calamidades que tuvieron, y movimientos de los cielos desde la creación del mundo, como de otras muchas cosas, que por haberles quemado sus historias no se han podido saber ni alcanzar más de lo que aquí se ha escrito, entre las cuales añadieron el bisiesto para ajustar el año con el equinoccio,

escribió Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.

En este contexto, el Hijo era el planeta Venus, de la religión sabeísta —nunca negada por los totonaca— simbolizado por las culebras, porque al decir de un viejo mito dahomeyano ya referido, el mundo, esférico cual vientre de mujer embarazada, estaba por desintegrarse y fue mandado ceñir, para impedirlo, con las dos culebras del arcoiris: la roja, de un extremo del espectro luminoso, y la de color azul o verde, del otro.

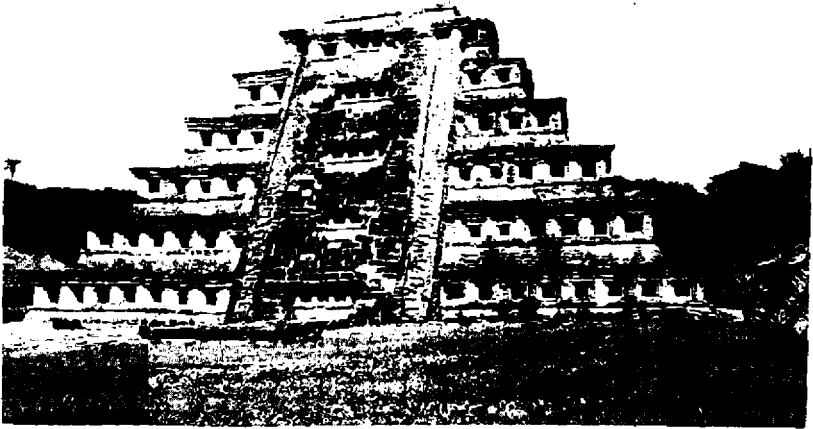
Fue lo novedoso que se incrustó en la cultura totonaca, todavía en Teotihuacán, perdida en manos de los popoloca. Cuando Teotihuacán se disolvió (650-695), su vacío de poder fue llenado por una fracción zelota, muy mestizada, que se asentó en 661 en Mamenhí, a la cual llamaron Tula y ellos resultaron tolteca. No se ha puntualizado el tipo de relación internacional habida entre Tula y el Totonacapan, aun cuan-

do, al derrumbarse la hegemonía tolteca, era muy claro que los totonaca giraban en el ámbito del Imperio Tolteca. Como haya sido, la Dinastía de Mizquihuacan parece sincrónica de la de Tula y cuando, por el crecido número de trabajadores y sus familias que edificaban el mausoleo, se formó una población, ésta fue llamada Mictlan, lugar de los muertos en el idioma náhuatl, hablado por los tolteca.

El Edificio de los Nichos, mausoleo, no tuvo escalera; fueron siete cuerpos de pirámides truncadas, con talud, tablero y cornisa, y con orientación de sus lados hacia los cuatro puntos cardinales. El espacio de los tableros fue cubierto por los nichos; éstos —modernamente— fueron supuestos primero para colocar deidades, objetos; nada pudo probarse y quedaron en el vacío, en simple decoración arquitectónica; sin embargo, los recientes trabajos arqueológicos, tras el examen de muchísimos nichos, en otras construcciones del Tajín, permitieron considerarlos encerrando un concepto, formando, con su número, una cifra, continente y contenido en una cultura que, como el positivismo del siglo XIX, arrancaba su taxonomía científica de las matemáticas, desprendidas del cosmos.

La proeza de los arquitectos proyectistas, en el octavo siglo mesoamericano, radicó en acomodar, estéticamente, los 91 días de cada estación, en cada uno de los cuatro lados de la pirámide: supuestamente, la primavera en el Oriente; lado Norte para el verano; el Poniente para el otoño; y el invierno al Sur, exactamente cuando el Sol, más lejano, calienta en el hemisferio sur del planeta Tierra. La suma de nichos en sus cuatro lados es 364, un año no considerado por los mesoamericanistas, pero de seguro muy antiguo porque si está falto de un día para completar 365 días del año, pueden tomarse cinco días complementarios (*nemontemi*), no para el año vago de 360 días, sino para éste y cada cuatro años, con lo cual se resolvería el problema del bisiesto en corrección tetraanual, justificando a la vieja selección de los Conductores de Años: *Cipactli, Miquiztli, Ozomatli, Cozcacuauhtli*, cuando la cuenta larga, y *Ácatl, Técpatl, Calli, Tochtlí*, para la cuenta corta.

En verdad, considerar 364 días para computar el año solar no tiene nada de sorpresivo en la cultura totonaca, con mucho de sabefsta y



La escalinata con los 15 nichos del planeta Venus

con primacía de la Luna, cual corresponde a pueblos del tórrido desierto porque, sin el afinamiento de fracciones, en 364 días ocurren 13 lunaciones de 28 días cada una. Elemental, pero esto exige una explicación en torno a la presencia de la Luna en el cómputo. No hay ningún dato conocido en México. En Egipto, la diosa Thoth representó a la Luna y era considerada creadora de la escritura y el calendario; aquí, lo irrefutable resulta este calendario de 364 días, indudablemente lunar; los totonaca dejaron suficientes pruebas de la lunación de 28 días origen, además, de la semana de siete días, tan profunda e inmodificada, correspondiendo a cada una de las fases de la Luna, con su nombre propio.

Habiendo comenzado El Tajín monumental con el mausoleo, sería inútil reclamar la observancia de su perpetuo patrón de asentamiento humano, con templos al Sol, a la Luna y a Venus en trilogía central; pero, cuando la instrucción zelota filtró más hondo el imperativo de la Era del Hijo magnificándola en el principal templo de Tula, para

Venus; en El Tajín aceptaron esa concepción y resolvieron adaptar el mausoleo, para volverlo templo al Hijo, a Venus. El mausoleo no tenía escalera, en defensa contra los violadores de tumbas y decidieron ponérsela, terminándola frente al santuario que decoraron con tableros esculpidos esmeradamente —y todavía no reinstalados. Cuando colocaron la escalera, debieron absorber censuras virulentas, pues la dicha escalinata cubría nichos del oriente y el viejo cómputo dejaba de funcionar sin la imaginación; pero lo hicieron.

Aquel par de serpientes, llegadas de Teotihuacán, cuyas 364 cabezas decoraban el ahora llamado Templo a Quetzalcóatl, reaparecía en su nueva versión, ya directamente relacionada con el planeta Venus, que realiza cuatro tránsitos por el disco solar cada 260 años de una Rueda de *Katunes*, por lo cual —olvidando que dos tienen intermedio de ocho años— dividiendo los 260 años, evocadores de los 260 días del *Tonalpohualli*, entre cuatro, el resultado es 65, la suma de los mesopotámicos números: 30 de la Luna, 20 del Sol y 15 de Venus. Esto era materia de astrónomos, de cronólogos (*tonalpouhques*); el pueblo veía dos luceros, muy brillantes, uno al amanecer y el otro, al anochecer, hasta cuando supo la realidad: era uno solo, en dos posiciones. Maravilloso. Y el prodigio creó a *Itz'papálotl*, revolución sideral de Venus, a quien se refieren los *Anales de Cuauhtitlán*, en el segundo párrafo anterior a su glosa: planeta hijo, que muere flechado, quemado para, hijo de la Luna y el Sol, resucitar de sus cenizas; así en cada tránsito por el disco solar, Quetzalcóatl, preciosa serpiente, sale purificada de la hoguera; el fasto había sido, antes del año 635; las dinastías tolteca y totonaca principiaron después.

El planeta Venus, lucero de la mañana, era Tlahuizcalpantecuhtli, identificación realizada por Eduard Seler en los códices del centro de México, y Bernardino de Sahagún, tratando del signo llamado *ce Quiáhuatl*, cuando descendían las *cihuateteo*, se refirió a las cuatro últimas casas de todos los signos, consideradas muy afortunadas: “el primero de los cuales se llamaba Tlahuizcalpantecuhtli, y el segundo Citlallicue, y el tercero Tonatiuh, y el cuarto Tonacatecuhtli”: Venus,

la Luna (Citlalicueye), y el Sol como Macuilxóchitl y Chicomexóchitl, Dios de los Alimentos, Tonacatecuhtli. Venus era, en el *Códice Dresde*, *Nahui ollin*, según sospecha de Forstemann, considerada por Seler; sin lugar a dudas, la identificación fue realizada por Medellín Zenil sobre la Piedra de Maltrata con los cuatro tiempos de ocultamiento y aparición. Por esto era símbolo de muerte y resurrección, simple cuando en Tlapalan, el Albino se cremó y “Decían los viejos que se convirtió en la estrella que al alba sale... así como dicen que apareció cuando murió Quetzalcóatl, a quien por eso nombran Tlahuizcalpantecuhli, el Señor del Alba”, según los *Anales de Cuauhtitlán*; o mellizo con Xólotl, su nahual, para bajar, éste, al inframundo. Por eso, el teocalli en que transformaron al mausoleo estuvo consagrado a Tlahuizcalpantecuhli. Así, las exploraciones arqueológicas en Tula, realizadas por Hugo Mohedano y Jorge Acosta, identificaron el templo principal dedicado a este mismo dios, cuya representación repiten sus esculpidos pilares con la Rueda de *Kanunes* y el año de 842-843, en que el astro había realizado su tránsito por el disco solar y en Tajín se imprimía el año 13 Conejo profusamente. Desde Chichén Itzá, por igual época, levantaron al planeta Venus la principal pirámide con cuatro escalinatas y 364 escalones.

De no tener lo anterior la contundencia reclamada por los nihilistas, al Poniente construyeron el Templo a Xólotl, estrella de la tarde; sin embargo, el mismo Edificio de los Nichos queda reforzado por la escalinata encimada. La condición de adosamiento ya la volvía frágil; fue la más dañada por el tiempo y por el pisoteo de los visitantes desaprensivos. Tuvo un intento de reconstrucción suspendida; los modernos trabajos, advertidos de su trascendencia, fueron muy escrupulosos y ya se puede afirmar que al centro de la escalinata lo adornaban cinco grupos de tres pequeños nichos cada grupo, para un total de 15. Ahí el problema. Los totonaca parecen haber sido sumamente sensibles a la importancia de los números mágicos y en lo conocido no figuraba el número quince.

Para la desesperación de quien desea investigar a fondo no existen límites, máxime cuando la humanidad es una y la cultura, quehacer



Los 15 nichos al planeta Venus

del hombre, también es una. Por esto se sintió el prohibido alivio de la cultura en Sumeria, tal vez arcaica cuna del sabefsmo, caro a los totonaca. En Sumeria, Zu-en era la Luna; Ud era el Sol e Inanna, la estrella de la mañana. Dados a la numerología cual pocos, asignaban —como se dijo antes— a la Luna el número 30; al Sol, el número 20; y a Inanna, Venus, el número 15. La explicación parece topar con lo axiomático, pues correspondiendo a la Luna el número 30, se trata del origen de un mes, 30 días en el viejo mundo, que con 12 meses de 30

7 días cada uno forman los 360 días del año vago (*Tun*), que se completaba con cinco días (*nemontemi*), para los 365 días, el *Haab* de los maya. Si al Sol asignaban el número 20, ya estaban revelando un origen oculto del año solar, a base de veintenás; y no es necesario decir que Mesoamérica tuvo sistema vigesimal: el hombre tiene 20 dedos con los cuales principió a manejar sus matemáticas; así, 18 veces los dedos del hombre hacen los 360 días del año vago; por eso, para el Sol, era el número 20. Para el caso de Venus (*Inanna*), con el número 15, debe recordarse que la revolución sinódica de 584 días, para su ajuste, necesita, en algunos casos, pasar a 585 días, divisibles entre 15 con exactitud, con cociente de 39, por lo cual no se consideró útil; en cambio, la revolución sideral, o verdadera, del planeta Venus, manejada en 224 días, podría ser considerada inexacta; y lo es, porque tarda un tiempo preciso de 224.70 días, válido por 225 días, casi exactos; y sin el casi, dividiéndolos entre 15, da como cociente 15 que permite la opción de multiplicar 15 por 15 para obtener los 225 días. Era la importancia de los 15 pequeños nichos en la escalera.

Raymond Jestin, en su apretado resumen de la religión sumérica, escribió: "Inanna es una diosa guerrera de la que los himnos magnifican la valentía y el ardor en el estrépito de los combates", e independientemente de haberle apartado breve capítulo en otro estudio mesoamericanista, se recuerda para este argumentar, cómo los *Anales de Cuauhtitlán*, en a manera de prólogo, hicieron la presentación de los otomfes (chichimecas), en su árido territorio, como frutos de la biznaga, cayendo prisioneros de Itzapálotl (revolución sideral de Venus) que se los comió, los apagó. Y eran infinitos (400) hijos de Mixcóatl el norteño: "sólo escapó Mixcoaxocóyotl, se metió apresuradamente dentro de una biznaga. Itzapálotl arremetió contra la biznaga; salió de prisa Mixcóatl, luego la flechó repetidas veces... Así que murió, la quemaron; con su ceniza se empolvieron y se pintaron ojeras", los anteojos que les pintan a las representaciones de Tlahuizcalpantecuhtli en los códices, para mirar los astros. Venus, la deidad guerrera: Inanna en Sumeria, Itzapálotl en el México central, con la biznaga por jeroglífico, y esos 15 nichos pequeños decorando

la escalinata del Edificio de los Nichos en El Tajín. Los *Anales de Cuauhtitlán*, narrando la muerte de Quetzalcóatl (895), remataron: “Según sabían, fue al cielo... Decían los viejos que se convirtió en la estrella que al alba sale... a quien por eso nombraban el Señor del Alba”, Tlahuizcalpantecuhtli, adorado en el más famoso templo del Tajín.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, Jorge R. “La Ciudad de Quetzalcóatl” en: *Cuadernos Americanos*. Marzo-abril, México, 1942.
- ANALES DE CUAUHTITLÁN. (*Códice Chimalpopoca*). Imprenta Universitaria, México, 1945.
- CORONA NÚÑEZ, José. *Tumba del Arenal*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1955.
- ESPÍNDOLA, Eloy. *Exploración en Ranchito de la Ánimas*. Instituto de Antropología, Xalapa, Ver.
- HRDLICKA, Ales. *An ancient sepulchre at San Juan Teotihuacan*. Congreso Internacional de Americanistas, México, 1910.
- IXTLILXÓCHITL, Fernando de Alva. *Obras históricas*. Secretaría de Fomento, México, 1891.
- JESTIN, Rymond. *Religión sumeria*. Siglo XXI, México, 1977.
- MALRAUX, André. “Prefacio”, en: *Sumer*. Aguilar, Madrid, 1969.
- MARQUINA, Ignacio. *Arquitectura prehispánica*. SEP, México, 1951.
- MEDELLÍN ZENIL, Alfonso. *Cerámicas del Totonacapan*. UV, Xalapa, Ver. 1960.
- . “El Monolito de Maltrata, Veracruz”, en: *La Palabra y el Hombre*. UV, Xalapa, Ver., octubre-diciembre, pp. 555-561, 1962.
- NOGUERA, Eduardo. “Distribución de tumbas de tiro o pozo”, en: *La Tumba del Arenal*. México, 1955.
- POMAR, Juan Bautista de. *Relación de Tezcoco*. Chávez Hayhoe, México, 1941.

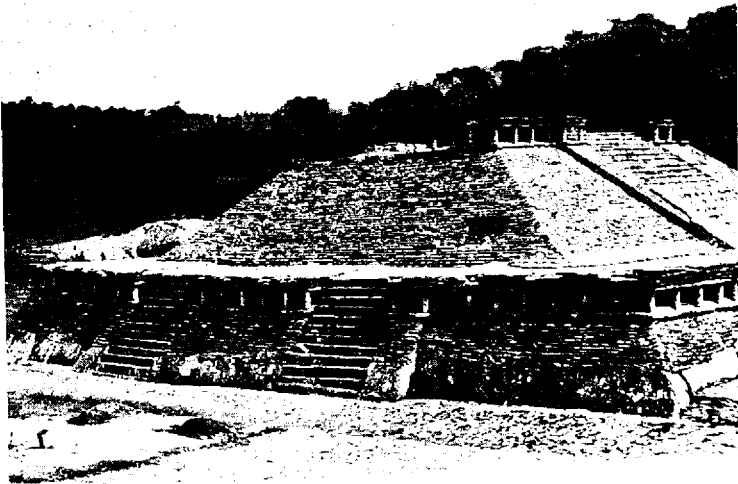
SAHAGÚN, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Robredo, México, 1938.

SELER, Eduard. *Comentarios al Códice Borgia*. FCE, México, 1963.

TORQUEMADA, Juan de. *Monarquía indiana*. Chávez Hayhoe, México, 1943.

EL TEMPLO A XÓLOTL

Iniciado el año 1937 y en Zempoala, Veracruz, el estudio del Templo de las Caritas vio la luz pública el año 1966, bajo los auspicios de la Universidad Veracruzana, con el título *Los calendarios de Zempoala*. En el capítulo dedicado al planeta Venus fue anotada su revolución sideral con 224 días. Ahí mismo, la pintura de ocho lunaciones de 28 días cada una que completan los 224 días. Después, en las terracotas de Zapotal, Veracruz, descubiertas por



Templo a la Estrella de la Tarde

Manuel Torres Guzmán, se encontraron *Cihuateteos* con el nombre del día, obligando a recordar el trabajo de Walter Lehmann sobre *Las cinco mujeres del Oeste muertas en el parto...* pero una, con la representación del mono, debía ser 1 Mono, y al ahondar en el caso, resultó que cada una descendía con intervalos de 224 días, en coincidencia con la revolución sideral de Venus. Posteriormente, Sonia Lombardo de Ruiz, en libro recién publicado en París, mostró la fotografía de la escultura representando a una mujer, seguramente muerta —por tener un cráneo en vez de cabeza— y que nombró *Cihuateteo* 1 Mono. Así, la revolución sideral de Venus pudo haberse considerado invisible frente a la revolución sinódica, por lo cual aquella estaría ligada con la muerte, y ya en este caso con Xólotl, el nahual de Quetzalcóatl, destinado al inframundo.

Había, entre los enmontados montículos del Tajín, uno, al poniente del Edificio de los Nichos, al cual el topógrafo le asignó el número 12. Los actuales trabajos arqueológicos lo encontraron totalmente abatido sobre sí mismo, pero con todos los elementos materiales para ser levantado al conjuro mágico de la ciencia y la tecnología modernas. Ya se hizo; es uno de los más bellos en la Metrópoli del Arte; pero, además, el estudio de sus nichos y de su arquitectura parece haber entregado enseñanzas. Fue un edificio piramidal, con sus cuatro lados iguales, incluyendo cuatro escalinatas, casi recordando que 4 Movimiento era el nombre calendárico de Xólotl. El adorno más llamativo son los nichos, colocados en el cuerpo bajo y en el alto; por eso, con la guía de uno de los lados, ya se tienen los datos de los tres restantes, dirigidos a cada uno de los puntos cardinales. En la línea inferior colocaron ocho nichos a la derecha, cinco en el centro y ocho a la izquierda, para una suma de 21 que, de ser días, harían lo de tres veces la semana de siete días y no la “quintana” de que habló Bernardino de Sahagún. En la línea superior, comienzo del santuario, colocaron tres nichos a cada lado, haciendo seis la suma, que para la semana faltaría uno, tal vez la puerta en función de nicho; si no, 21 y 6, igual a 27, faltando el mismo uno de la puerta para los 28 días de la lunación en el contar de los totonaca. Debieron ser, sin forzar la



El doble nicho

ógica, 28 nichos, uno para cada uno de los 28 días; y siendo cuatro os lados, el edificio tendría 112 nichos, cifra muy tentadora porque resulta ser media revolución sideral del planeta Venus, por lo cual, lebe meditarse si sus nichos tienen valor doble. Hasta el momento, son los únicos nichos de cornisa muy saliente, tanto, como para ser sostenida por pequeñas columnas, dando la impresión de ser el nicho dentro de otro nicho, con lo cual esta duplicidad haría un total de 224 días, los de la revolución sideral de Venus, en la relación ocho a una, testificada por las pinturas de Zempoala. En el propio Tajín, la lunación de 28 días está en el Mausoleo de los Nichos, donde 13 veces 28 días hacen 364 días del año lunar.

No lo real, sino lo aparente de Venus, es la revolución sinódica, en la cual aparece 236 días como lucero matutino; desaparece 90 días por conjunción superior; se vuelve a mirar 250 días como estrella de la tarde y es invisible 8 días por conjunción inferior. Quién sabe

cómo tuvo la información Francisco López de Gómara para escribir en su *Historia de la Conquista de México*:

y al lucero que tienen por la mejor estrella mataban un esclavo del rey el día que primero se les demostraba, y descúbrenlo en otoño, y venlo doscientos sesenta días. Atribúyense los hados; y así, agüeran por unos signos que pintan para cada día de aquellos doscientos sesenta.

La investigación conoce ahora una diferente realidad en cuanto a la formación del *Tonalpohualli*, ya que los tiempos astronómicos desautorizan ese dicho; pero queda la documentada tradición para Quetzalcóatl, lucero de la mañana, y Xólotl, de la tarde y del inframundo, con símbolo en el crótalo, estilizado en la *xicalcolihqui*, colocada en cada nicho del templo aquí comentado.

Bernardino de Sahagún escribió: “un diablo que se decía Mictlantecuhli, y por otro nombre Tzontémoc” al referirse a estos astros que caían de cabeza, el Sol mismo después del medio día. En las páginas de Alfonso Caso “la estrella matutina y la vespertina son una sola y misma estrella, es decir, el planeta Venus, representado en la mañana por Quetzalcóatl y en la tarde por su hermano gemelo Xólotl”, para remachar después diciendo: “Este fenómeno astronómico se interpreta en el mito diciendo que Quetzalcóatl o su hermano gemelo Xólotl bajan al mundo de los muertos y recorren el infierno sufriendo diferentes pruebas a que los someten los dioses infernales”. Para Eduard Seler “Xólotl no sólo es el dios que baja al reino de los muertos y acompaña al Sol a través de esta región, sino que también abandona el Inframundo junto con el Sol y hace que éste salga en el Cielo oriental”.

Si como templo, el de los nichos estuvo consagrado a Venus, lucero de la mañana, el llamado Edificio 12, al Poniente, debió ser dedicado a Xólotl, como lucero de la tarde, y su realidad material complementa las informaciones: acompañó a la Luna en cada muerte, tras los 28 días de brillo y esotéricamente también sería el compañero de la revolución sideral del hermoso planeta que no percibiría el hombre común, pero sí el ilustrado; la revolución sinódi-

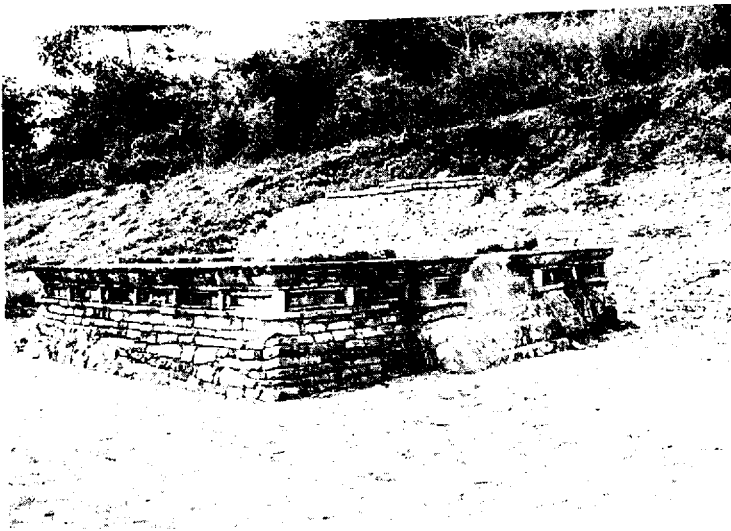
ca era luz, la sideral invisibilidad; ni magia ni metafísica: era la ciencia, compañera del arte, prólogo a una Estética futura. De nuestra parte, gratitud al arquitecto René Ortega Guevara por su magnífica restauración.

BIBLIOGRAFÍA

- LEHMANN, Walter. *Las cinco mujeres del Oeste muertas en el parto y los cinco dioses del Sur en la mitología mexicana*. Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1966.
- LOMBARDO DE RUIZ, Sonia. "Conceptualization et Naturalisme dans L'Art Mexica", en: *Art precolombien du Mexique*. París, 1990.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco. *Historia de la Conquista de México*. Robredo, México, 1943.
- MELGAREJO VIVANCO, José Luis. *Los calendarios de Zempoala*. UV, Xalapa, Ver., 1966.
- TORRES GUZMÁN, Manuel. *Exploraciones en Zapotal, Veracruz*. Instituto de Antropología, Xalapa, Ver.
- SAHAGÚN, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Robredo, México, 1938.
- SELER, Eduard. *Comentarios al Códice Borgia*. FCE, México, 1963.

TUMBA DEL MENSAJERO AL SOL

En Quiahuiztlan, municipio de Actopan, Veracruz, fue donde mejor se pudo conservar, y explorar, un cementerio totonaca del horizonte arqueológico llamado ahora Postclásico Tardío, aun cuando en su libro *Cerámicas del Totonacapan*, Alfonso Medellín Zenil asignó a estas tumbas una geografía entre Casitas y Comapan. En Quiahuiztlan, pues, se aprendió que cuando ya estaba propiamente clausurado el cementerio, fue necesario realizar algún



Tumba del Mensajero al Sol. El Tajín

entierro más y lo hicieron encima del pavimento del terreno. Este caso se presentó ya en las esquinas de uno de los edificios recién despejados en El Tajín y vuelve a ocurrir en el patio adoquinado, al poniente de la pirámide tan célebre por sus nichos. Fue una tumba en forma de teocalli, a cuyo centro quedó la fosa con dimensiones de sarcófago y de la cual sus exploradores obtuvieron todos los datos. Aquí se intentarán algunas consideraciones.

Verbalmente informó el arqueólogo Mario Navarrete Hernández, quien auxilió al arquitecto René Ortega Guevara, encargado de la reconstrucción: se trató de un entierro primario, pero con destazamiento y pobre ofrenda, lo cual no impide que la solitaria cuenta de jade, lo sea de jade imperial, símbolo de muy alto rango y a su vez del planeta Venus, el hijo de la Trinidad sabeísta y Mensajero al Sol. Esta circunstancia tan sutil, junto con el destazamiento, empujó, frente a lo magro de los datos, a que osadamente se pudiese pensar en un templo con dedicatoria para el Mensajero al Sol, levantado cuando propiamente había concluido el apogeo arquitectónico del Tajín.

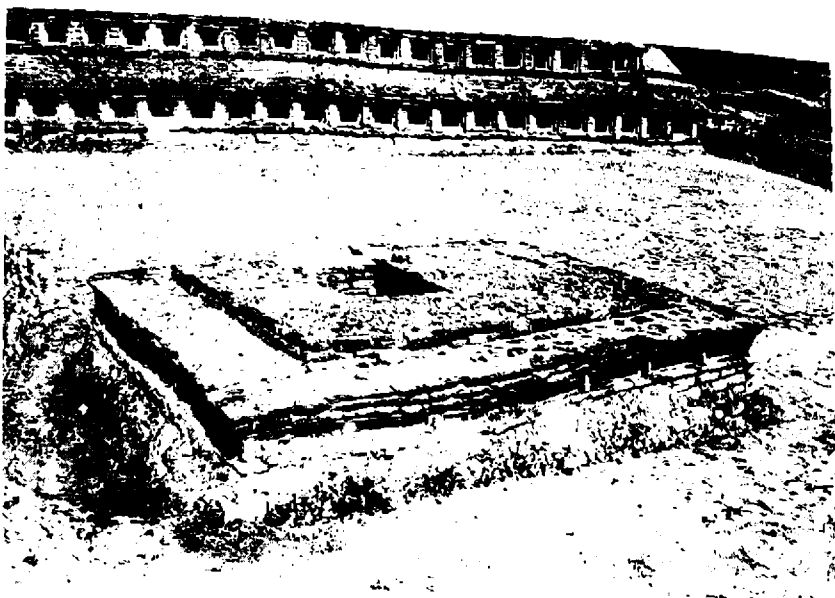
En la literatura mesoamericanista, que manejan los antropólogos, es muy conocida la ceremonia del envío del Mensajero al Sol y la de los totonaca fue descrita detalladamente por el paje de Cortés a fray Bartolomé de la Casas, y existen datos no tocados. Los olmeca históricos de la nación pinome con capital en Cotaxtla tenían colindancia en la margen derecha del río Huitzilapan y trato tan grande con los pueblos de ahí, que dos códices suyos (*Vindobonensis* y *Nuttall*) fueron recogidos por Hernán Cortés en Huitzilapan (La Antigua). El primero —*Vindobonensis*—, en su página 23 ilustra la ceremonia del envío del Mensajero al Sol, en el año 13 Conejo (1414), día 2 Venado; el 13 Conejo es muy conocido en Tajín porque cada 260 años (Rueda de *Katunes*) ocurría un trascendente paso del planeta Venus por el disco solar. Estas fechas del año 13 Conejo estaban estereotipadas. Pero no era toda la explicación, pues fueron cierre, terminación, casi muerte para una resurrección al año siguiente,

invariablemente 1 Caña, el célebre *ce Ácatl*, propio de Quetzalcóatl, como Venus.

Si una ceremonia en 13 Conejo fue seguida por el año *ce Ácatl* (1415), ya es muy fácil su manejo, porque 260 años antes debió suceder ceremonia semejante, o sea, el año 1155, cuando ya todo había concluido para la Dinastía de Mizquihuacan y comenzaba nueva época. En ese crepúsculo pudo haber ocurrido, en El Tajín, el envío del Mensajero al Sol, y ser esa la fecha para la tumba que cristalizaría su concepción arquitectónica en las tumbas con mausoleo de Quiahuitlan, es decir, estaba naciendo un estilo.

En cuanto al día 2 Venado, del *Códice Vindobonensis*, lo primero en acudir a la memoria es la página inicial del *Rollo Selden*, donde Quetzalcóatl está creando a la primera pareja de la nueva generación: el Señor Dos Venado y la Señora Dos Venado. Pero, ¿cuándo caía 2 Venado? El problema sería antes largo y difícil, pero es fácil ahora por ya estar solucionado cuándo cayó en el año *ce Ácatl* (1519) que siguió a 13 Conejo (1518), pues el año 1414 del *Códice Vindobonensis* dista un *Huehuetliliztli* (104 años); en aritmética simple, la distancia en días, dividida entre 260 días del *Tonalpohualli*, cuando se repiten los nombres de los días en el calendario. Para los totonaca, que comenzaban su año el primero de mayo, 2 Venado (*Mázatl*) debía caer, cuando se ajustaban los bisiestos, el día 15 de mayo, a cinco días o una semana indígena del paso del Sol por el zenit de Teotihuacán, pero ya se trataba de 1415. Para el olmeca, si los históricos aún comenzaban su año el día 26 de julio, el año *13 Tochtl* sería 1414 y 2 *Mázatl* el 30 de enero, sin hacer de lado la circunstancia de que hay 260 días entre un día y el otro, y al 30 de enero sólo le faltaban cinco días o una semana indígena para completar los 45 días de la segunda parte del invierno indígena. Tal vez en El Tajín, la ceremonia del Mensajero al Sol ocurrió en la veintena de *Tóxcatl*, el día de hoy San Isidro Labrador, 15 de mayo de 1155.

Otros datos han aparecido por las recientes investigaciones en El Tajín; se comprobó el uso de capas de estuco sobrepuestas y se han contado hasta ocho en un edificio indudablemente posterior a la



Parte superior en la Tumba del Mensajero al Sol

moda de los nichos. Esto ya era frecuente para las construcciones del Totonacapan del Sur. Se hacían cada 52 años, cuando por economía no hicieron otra etapa constructiva más costosa, y sirvieron para los fechamientos, determinando, previamente, su punto de partida. En El Tajín, si las capas de argamasa fueron ocho, éstas están encima del aplanado del muro inicial, es decir, existen ya nueve periodos, un total de 468 años que deberán tener acomodo según los datos anteriores, y el adecuado resulta el año de 895; primero, porque la historia totonaca, por método mnemotécnico, llevó un ritmo de 312 años, en donde 895 era una marca; y en seguida, porque 895 es la última cifra jeroglífica inscrita en El Tajín —al menos hasta el momento descubierta—, en el Juego de Pelota Sur; Quetzalcóatl murió el año 895 según los *Anales de Cuauhtitlán*.

Si a 895 le suman 468 años de nueve *xiuhmolpillis*, da el año 1363, que preocupa, porque lo natural había sido, a 895 agregarle 312 años para llegar a 1207, cuando comenzó el Postclásico Tardío

en Zempoala, con el Templo de las Caritas; pero al seguirse de frente, se deberán buscar las posibles causas; y si para 1207 ya no hubo construcciones nuevas en El Tajín, pudo haber sido, al principio, bajo el peso de la sujeción al Imperio Tolteca; luego, porque para 1168, Xólotl, al llenar el vacío de poder causado por la ruina de Tula, también expandió su dominio, mediante su hijo Nopaltzin, hacia el Oriente, llegando a Tenamític (Zacatlán) y seguramente sujetando a Mizquihuacan. El Tajín, propiamente, vegetó sin progresos espectaculares. Pero, los propios chichimecas de Xólotl, que habían puesto capital en Tenayucan, sentirían inseguridad por Azcapotzalco, ciudad metalúrgica, y por eso pasaron su capital a Tezcoco, de raigambre popoloca, con reformas radicales para encarar la crisis, pero sin evitar el estallido de la guerra civil, por la rebelión de la plutocracia; fue la Gran Guerra de Quinatzin, y en ella, derrotados los comerciantes teochichimecas, fueron a desquitarse dominando Tlaxcala, y con el nombre de tlaxcaltecas, ejerciendo el intermedirismo comercial entre la Costa del Golfo y la Mesa Central, incluyendo a Yucatán y Honduras. En cuanto a la región del Tajín, fray Juan de Torquemada supo que habían puesto enclaves, comerciales primero, de dominio después, en Tonicaco (Zozocolco), Achachalintla, Meztlán, Tuzapan y Papantla; éste, predestinado para opacar al Tajín, a partir, precisamente, del año 1363. Después, el decaimiento ya no permitió poner siquiera nuevo revestimiento de argamasa en el edificio donde lo venían haciendo y, después de 1450, la dominación tenochca sólo mantuvo a Mictlan (Tajín) como punto para concentrar la tributación.

BIBLIOGRAFÍA

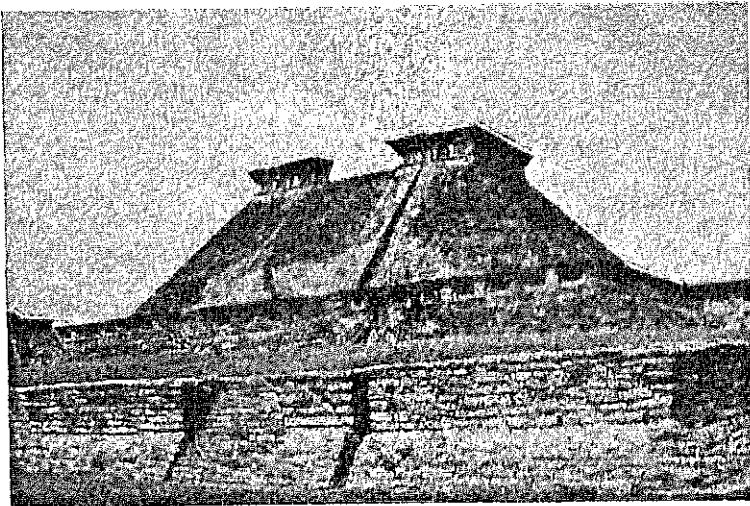
ANALES DE CUAUHTILÁN. (*Códice Chimalpopoca*). Imprenta Universitaria, México, 1945.

CASAS, Bartolomé de las. *Los indios de México*. Porrúa, México, 1966.

CÓDICE VINDOBONENSIS, Akademische Druck. Graz, Austria, 1963.
MEDELLÍN ZENIL, Alfonso. *Cerámicas del Totonacapan*. UV, Xalapa, Ver, 19
ROLLO SELDEN, en: Caso, Alfonso. *Estampillas y valores*. México, 1954.
TORQUEMADA, Juan de. *Monarquía indiana*. Chávez Hayhoe, México, 1943.

EL TEMPLO A HURACÁN

Al explorar en la ciudad arqueológica del Tajín, José García Payón denominó Edificio 5 a una gran construcción casi encimada sobre su famoso Edificio de los Nichos. En su lado sur, los alarifes hicieron muro común con el Juego de Pelota Sur y la remoción del escombro mostró, en basalto negro, extraño al contorno geográfico, la escultura, un poco mayor al tamaño natural, de una deidad rara. De tal exploración se dio pública cuenta el año 1940, y el arquitecto



El Templo a Huracán en El Tajín

Ignacio Marquina incorporó datos en su monumental *Arquitectura prehispánica* de 1951. Ahí dijo:

En el pasillo que se forma entre la parte alta del primer cuerpo y el arranque del talud del segundo, se encontró una escultura de piedra, rota en dos pedazos, cuya parte inferior estaba todavía en su lugar original. La escultura afecta la forma de un prisma de base triangular y representa una figura humana descarnada y decorada con los entrelaces tan usados en Tajín; tiene el brazo derecho levantado y el izquierdo cruzado sobre el cuerpo, de manera que la mano izquierda se apoya en la axila derecha.

Hoy, esta escultura está en el sitio primitivo, abriendo la posibilidad a razones por las cuales no fue colocada en el santuario del templo, donde en cierta forma sólo sería visible para unos, en tanto que parecen haberla querido ofrecer a todo el pueblo, y su relevancia sería motivo para considerar el templo dedicado a ese numen.

El teocalli es monumental. Sobre plataforma decorada por nichos construyeron, en el ángulo oriente-sur, una pirámide con dimensiones menores y al centro-poniente, la magna edificación, cuyo cuerpo fue rematado por grecas de *xicalcolihqui* a manera de nichos ahora incompletos, muy destruidos. Tiene amplias escalinatas al centro de sus dos niveles: la del primer nivel, dividida en dos; en ambos casos delimitadas por alfardas; los remates en cornisa. En lo más alto iría el santuario.

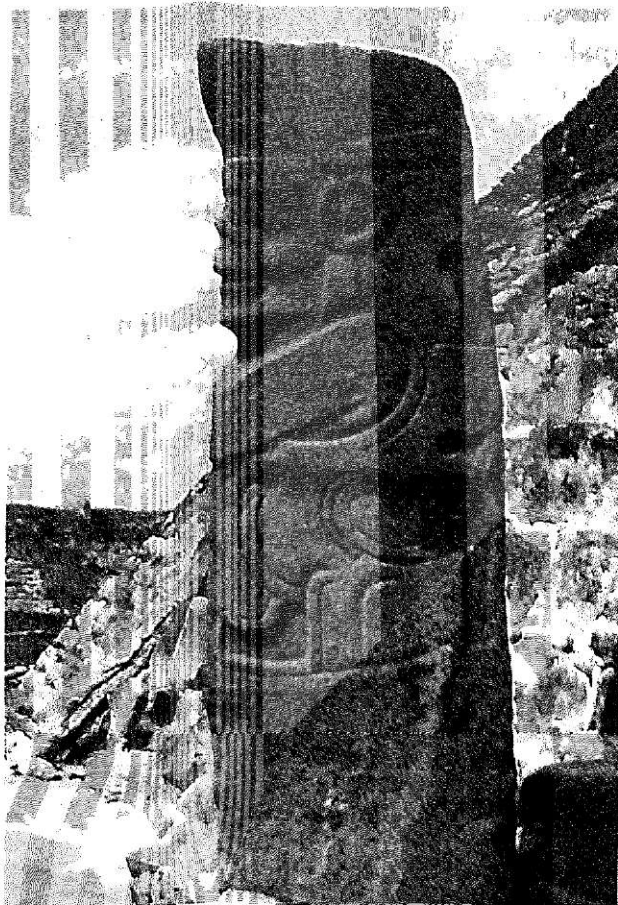
Los recientes trabajos arqueológicos en El Tajín volvieron a considerar este núcleo de la zona, incluyendo al llamado Monumento II, reconstruido también por García Payón y referido por Marquina; pero, aun cuando se había revelado la existencia de una subestructura, toda la mitad occidental estuvo recibiendo escombros, que al ser eliminados ahora por el arquitecto René Ortega Guevara mostraron el conjunto integrado en una sola unidad formada con varias construcciones para diversos usos complementarios limitando, al poniente, con una calle que parte del Edificio de los Nichos y se dirige hacia el sur. Más todavía, a una primera etapa constructiva

sobrepusieron otra, definitiva dentro de la ciudad y en servicio del templo principal.

La escultura encontrada sobre la plataforma y en la base de la pirámide superior fue desarrollada por los dibujantes y mostrada con los frotamientos, a partir de lo cual, García Payón terminó identificándola plenamente con Huracán, el dios de una sola pierna, con apoyo en el *Popol Buj* y en la etimología brindada por J. Antonio Villacorta C. (*jun*, uno, una; *ra*, muslo; *akán*, pie): de un solo muslo, de un solo pie, según la lengua quiché. Proteico cual todo fenómeno atmosférico, seguramente tiene raíz universal; mundialmente ya se ha venido estudiando y también en el ámbito mesoamericano y circuncaribe. En el continente americano sobresalió Fernando Ortiz con su libro *El Huracán*, en el que relaciona a *Cosi* del África ecuatorial y tropical, tal vez en la alta cuenca del río Nilo y bajando, con el *Coci-cocijo* de Monte Albán en Oaxaca; la relación del cocodrilo con *Cipactli*: una lápida del Tajín donde Huracán, la tormenta tropical, avanza furiosamente sobre la tierra (*Cipactli*), podría establecer nexos de mayor fuerza. No sería muy aventurado considerar un inicio mesopotámico difundiendo hasta los ríos Nilo e Indo; en éste, muy claro cuando la invasión de los arios, quienes le llamaron Indra, dios del trueno y del rayo, con atributos en la fragua metalúrgica o en el soma de la embriaguez, inmortalizado por Eurípides en *Las Bacantes* de las fiestas dionisiacas y por los romanos con las Bacanales.

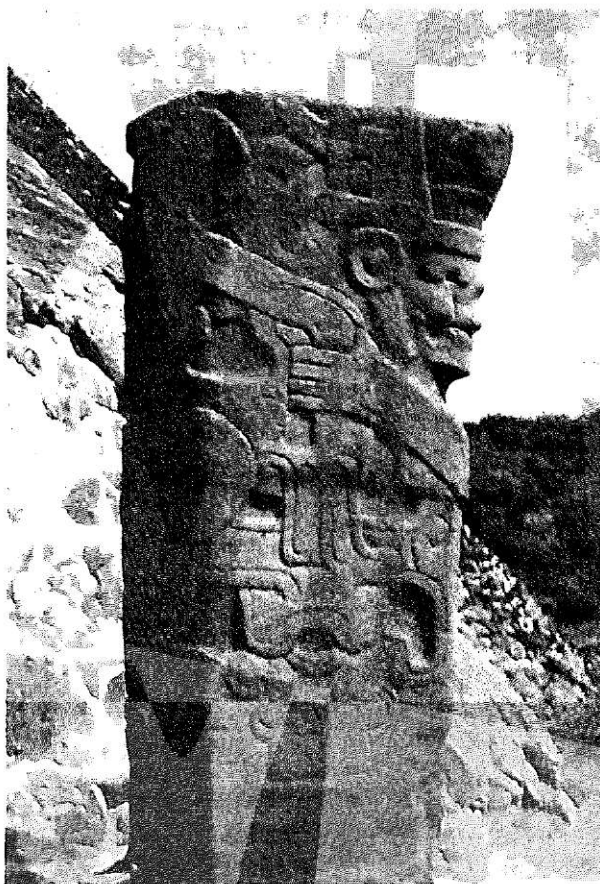
La escultura de Huracán aquí comentada tiene dos toponímicos y resulta bilingüe, pues en su lado derecho, con el rostro de la muerte (*micqui*) y dos dientes (*tlanti*, *tlan*) formaron la palabra Mictlan, el nombre de la necrópolis, usando el idioma náhuatl del Imperio Tolteca y lengua franca; en su lado izquierdo, el dios está blandiendo el rayo, *tajín* en idioma totonaca. Debe subrayarse que arriba quedó el descarnado rostro de la muerte y abajo, los dos dientes para su locativo: *Mic-tlan*, a lo cual se sobrepuso la palabra *Tajín* del idioma totonaca, regional, nativo, que finalmente perduró.

Podría no sobrar el agregado de unas líneas indicando, tal en los relieves del Juego de Pelota Sur, que quedaron esculpidos en la piedra



Lado derecho en la escultura de Huracán

dos toponímicos también: cada uno de sus extremos muestra una placa repitiendo cuatro veces: Mictlan. En el *Códice Mendocino*, además del jeroglífico, está: Mictlan, en grafía latina, pero se debe recordar que para cuando construían la necrópolis dominaba Tula e imponía su idioma náhuatl como lengua franca. Era la idea original del proyecto. Los alcanzó la presencia material de los olmeca históricos y su poderoso influjo cultural. Por eso, agregaron otros dos tableros con



Escultura de Huracán con los nombres de Mictlan y Tajín

relieves, al centro del Juego de Pelota Sur, en los cuales incluyeron dos placas con el nombre *Tajín*, del idioma totonaca en cada una.

Los nichos decorativos del Tajín, en esa cultura positivista, con astronomía y matemáticas encabezando a la taxonomía científica, vienen siendo clave para descifrar misterios. Aquí, comenzando por la menor pirámide construida en el ángulo oriente-sur, sobre la plataforma, se han contado 13 nichos (*Tlapilli*) en cada uno de sus lados para un total de 52 nichos, correspondientes al *xiuhmolpilli* o

Atadura de Yerbas, de Cañas o Flechas, cual señala una 'palma' totonaca o como las encontró el arqueólogo Alfonso Medellín Zenil en la base del Monolito de Maltrata; era el atado menor (*pilli*), pues el mayor, de 104 años, decíase *Huehuetliliztli*.

El templo propiamente considerado, en sus nichos, carece de la regularidad reclamada por la simetría en arquitectura o de cifras frecuentes en la cronología mesoamericana. Se pensó que en la reconstrucción, hecha cuando todavía no eran considerados los números mágicos, el reconstructor se había permitido atenerse a su criterio. La reciente revisión se viene a convertir en acto de justicia para el arqueólogo José García Payón, para lo que vio y resolvió. Hay, en la fachada que ve al Oriente, grupos de 7, 3 y 7 nichos, para sumar 17, que de momento nada dicen; al Poniente hay 18 nichos, acaso las 18 veintenas del año vago de 360 días; tanto en su lado sur como en el norte, con iguales dimensiones y proporciones, hay 15 nichos, que desconciertan, separados o sumando 30 entre los dos.

Por primera vez, el número 15 apareció en los pequeños nichos de la escalinata, cuando se la endosaron al Edificio de los Nichos. Por fin, fue identificado en el número de Inanna (estrella de la mañana o planeta Venus), y aquí, dos veces; podría ser alusión a ella misma, como estrella de la mañana y estrella de la tarde. Fue una incitación; era obligado sumar 15 más 17 más 18 más 15, y obtener 65; de momento, un cuarto del *Tonalpohualli*, como está dispuesto, por ejemplo, en el *Códice Borgia*, olmeca histórico, hecho a finales del siglo XV en Tizatlán, de Tlaxcala. Pero si ya el número 15 hizo pensar en Sumeria, debe recordarse que la tríada de sus dioses, también sabeos, tuvo números: la Luna, el 30; el Sol, el 20; y Venus, el 15, que suman precisamente 65, así los nichos en esta construcción para Huracán, fenómeno atmosférico, estupor del hombre.

BIBLIOGRAFÍA

CÓDICE BORGIA. FCE, México, 1963.

CÓDICE MENDOCINO. Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1925.

GARCÍA PAYÓN, José. *La ciudad arqueológica del Tajín*. UV, Xalapa, Ver., 1951.

MARQUINA, Ignacio. *Arquitectura prehispánica*. SEP, México, 1951.

MEDELLÍN ZENIL, Alfonso. "El Monolito de Maltrata, Veracruz", en: *La Palabra y el Hombre*. UV, Xalapa, Ver., octubre-diciembre, pp. 555-561, 1962.

ORTIZ, Fernando. *El Huracán*. FCE, México, 1947.

VILLACORTA C., J. Antonio. *Munuscrito de Chichicastenango*. Tip. Sánchez, Guatemala, 1927.

EL EDIFICIO 10

A uno de los edificios del Tajín, exageradamente enterrado, le pusieron el número 10 y así es conocido. Parecía temerario el solo intento de reconstruirlo; sin embargo, cuando se le quitó la vegetación y la tierra que lo cubría, se pudieron apreciar las líneas básicas y se acometió el trabajo. Difícil, pero no imposible. Hoy es una más de las construcciones rescatadas a la selva y al misterio de siglos, aun cuando plantea graves interrogantes.

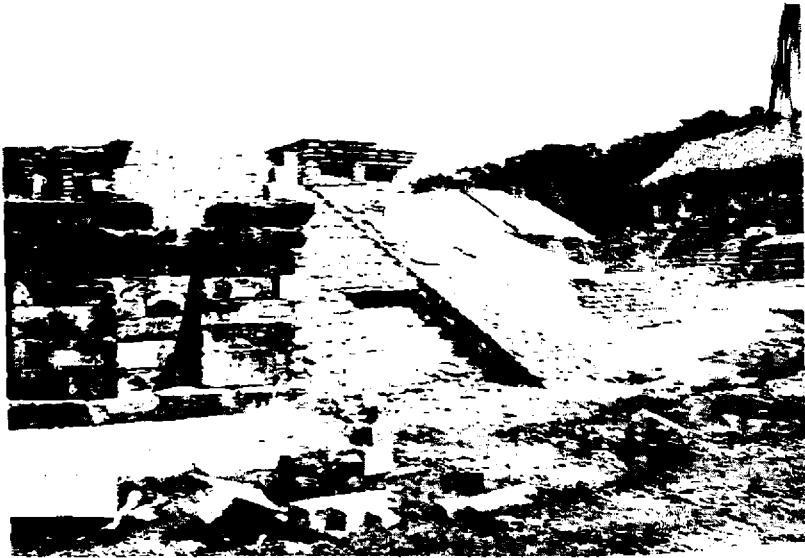


El Edificio 10 en El Tajín

En El Tajín, el nicho es el motivo predominante de la decoración arquitectónica y con el avance de los descubrimientos, de los estudios, el vacío de los nichos ha ido llenándose de ideas, de significados ocultos; razón por la cual, en esta construcción, fue creciendo la curiosidad por lo especial de sus nichos y sobre todo por su número, desconcertante cuando ya se sabía relativamente mucho de los números mágicos. Aparecieron, haciendo a manera de cenefa en la parte baja de los muros norte y sur, exclusivamente, grupos de seis y seis nichos, para sumar 12 por lado, es decir, dos docenas, una por lado. Arriba, por el sur, grupos de cuatro y cuatro, para ocho; pero en el norte, los grupos fueron de cuatro y tres, un tres que rompe la regla de la simetría en el número; pero arquitectónicamente, adecuaron el conjunto. Y no fue todo: las alfardas van coronadas por su nicho, en tanto a Oriente y Poniente, colocaron par de nichos para sumar cuatro.

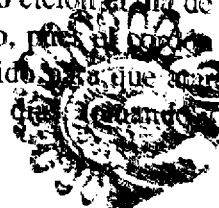
Si el total de nichos hubiera sido 40, desaparecería el problema, pero tampoco se puede proponer a la irregularidad o al capricho como solución puesto que, con todo, la anormalidad gira en torno al número 40, y ese 40 debe considerarse a manera de un Sol, en torno al cual giran planetas y satélites. 40 sería fácil, y apresuradamente, el doble de 20, dos veintenas en el calendario; como número mágico no ha perdido vigencia en el México actual, porque la cuarentena es usada en diversas funciones, donde, acaso, las principales sean en medicina: 40 días después del parto, 40 días para soldar el hueso roto, para sanar una enfermedad, etcétera.

Tomado el número 40 como hipótesis de trabajo, la realidad sigue mostrándose reacia a la interpretación, porque abstrayendo solamente las filas de abajo y arriba de los frentes al Sur y al Norte, la suma es de 39, y desesperanzadamente, no de 40. Sobran otros nichos para completarlos, pero no uno solo, que además, no tendría caso, pues de haber querido poner 40 cerrados, éstos ya estaban en la simetría del arquitecto: arriba, en el muro norte, podían haber colocado cuatro nichos y tres. En consecuencia, se deben seguir tanteando posibilidades.



Puerta junto al Edificio 10

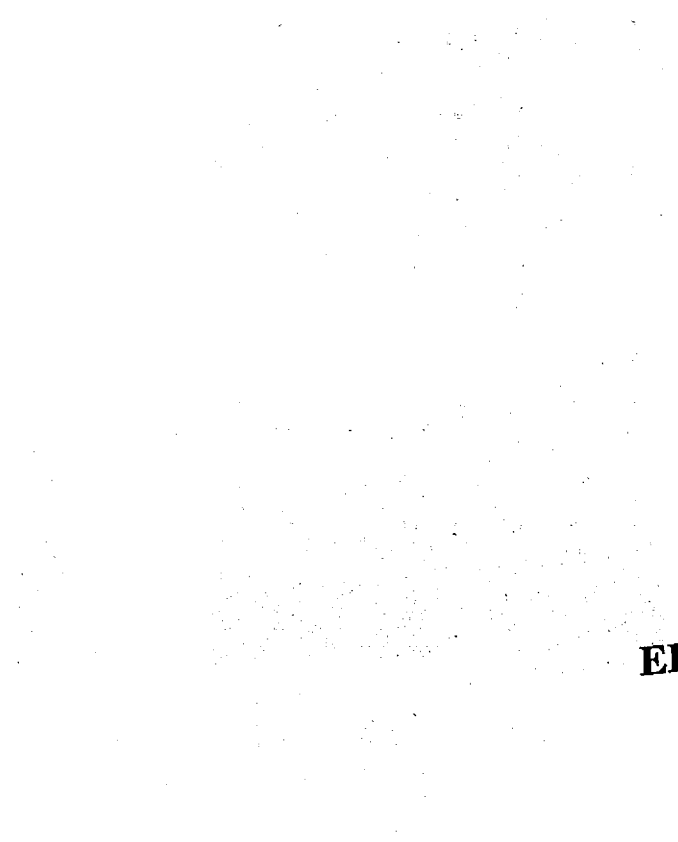
Muy conocida, Sirio, estrella en la constelación del Can Mayor, es visible aquí a partir del día 24 de agosto, culmina el día primero de enero y concluye su visibilidad el día 10 de mayo, por lo cual, el día 11 ya no se mira. Esto sirvió para formar el *Tonalpohualli* —conocido por calendario religioso mesoamericano— y también para asignar el primer día del mes de enero como comienzo de uno de los calendarios más difundidos y marcar los días de la canícula en el núcleo grecolatino. Una de las aplicaciones cronológicas, en el santoral católico, fue que en el 24 de agosto pusieron el día de San Bartolomé o San Bartolo, cuando, dicen los campesinos de la costa central veracruzana, se suelta el diablo, equivalente al comienzo de la temporada ciclónica o de los huracanes, pues la canícula sale el 25 de agosto; así mismo, se considera que puede ocurrir el último ciclón el día de San Francisco, cuatro de octubre, día del cordonazo, pues el pordio que trae en su cintura el santo de Asís habría servido para que amaran a Huracán. Este periodo ciclónico resulta de 40 días. Cuando del



mes de agosto, 30 días de septiembre y 3 días de octubre; son los 4 días, teóricamente dos veintenas. Tentativamente, para el calendar de Tenochtitlán, por más conocido, corresponderían a *Ochpaniztli* y *Teotleco*.

El Tajín pudo intentar la relación en sus relieves. Hay un grande fastuoso Juego de Pelota Sur, oráculo de la ciudad, bilingüe y mult cultural, seguramente proyectado para Mictlan, la necrópolis, per con dos tableros en relieve, colocados al centro, intrusos, exégesis d Huracán, incluso con el arcoiris atado el camorrista dios, en el fond del océano. Además, aun cuando custodiado en el Museo de Antro pología en Xalapa, la capital de Veracruz, perteneciente a Tajín, ha: un Tablero, llamado de Huracán; en éste, la interpretación del marc arroja 320 días atado y 40, libre, los de la temporada ciclónica en l: Costa del Golfo de México, parte del mar Caribe.

Con los elementos anteriores ya se puede aventurar el nexo de lo: nichos en el Edificio 10 y la temporada ciclónica, pero queda e problema de la irregularidad subrayada desde cuando faltaron a l: simetría poniendo sólo 39 nichos en un rubro. Es decir, la temporada ciclónica constaba de 40 días, pero podrían ser sólo 39. Por otra parte, sobraban dos y dos días, con lo cual prevenían que ocurriría el “cordónazo” el cuatro de octubre, aun cuando había una variante de dos a cuatro días, en un fenómeno que, al ocurrir, tardaba dos días, los dos nichos coronando sus alfardas. Era la realidad con incertidumbre del incidente meteorológico, pero en una cultura tan firmemente anclada en el positivismo que partía de los conocimientos exactos. Introducir la duda no fue pequeño logro, porque la cuenta de la temporada de huracanes, efectivamente, puede ser y no ser, la contradicción superada por la dialéctica en Hegel, añejo germen del pensamiento, producto del empirismo inicial. Éste, llamado Edificio 10, podría ser un monumento a la “Relatividad” y en el cual debe reconocérsele mérito a los arquitectos René Ortega Guevara y Ezequiel Jaimes Santos, que lo volvieron a la vida científica.



EL ARTE

EL TABLERO DEL CACAO

El cacao, nativo del trópico húmedo mesoamericano, llegó a tener tanta importancia por el grano de sus mazorcas que, dice José de Acosta: “en las provincias de México usan del cacao, que es una frutilla, en lugar de dinero, y con ella rescatan lo que quieren”. Después, alargó su decir:



El Tablero del Cacao (dibujo de Alfonso García García)

El cacao es una fruta menor que almendras y más gruesa, y la cual, tostada, no tiene mal sabor. Ésta es tan preciada entre los indios y aún entre los españoles, que es uno de los ricos y gruesos tratos de la Nueva España, porque como es fruta seca, guárdase sin dañarse largo tiempo, y traen navíos cargados de ella de la provincia de Guatimala [a Perú], y este año pasado, un corsario inglés quemó en el puerto de Guatulco, de Nueva España, más de cien mil cargas de cacao. Sirve también de moneda, porque con cinco cacaos se compra una cosa, y con treinta otra, y con ciento otra, sin que haya contradicción; y usan dar de limosna estos cacaos, a pobres que piden. El principal beneficio de este cacao es un brebaje que hacen que llaman chocolate, que es cosa loca lo que en aquella tierra le precian, y algunos que no están hechos a él les hace asco; porque tiene una espuma arriba y un borbollón como de heces, que cierto es menester mucho crédito para pasar con ello. Y en fin, es la bebida preciada y con ella convidan a los señores que vienen o pasan por su tierra, los indios y los españoles, y más las españolas hechas a la tierra, se mueren por el negro chocolate. Este sobredicho chocolate dicen que hacen en diversas formas y temples: caliente y fresco y templado. Usan echarle especias y mucho chili; también le hacen en pasta, y dicen que es pectoral y para el estómago, y contra el catarro. Sea lo que mandaren, que en efecto los que no se han criado en esta opinión, no le apetezen. El árbol donde se da esta fruta es mediano y bien hecho, y tiene hermosa copa; es tan delicado, que para guardalle del sol y que no le queme, ponen junto a él otro árbol grande, que sólo sirve de hacelle sombra, y a éste llaman la madre del cacao. Hay beneficios de cacaotales.

Finalmente, sólo agregó la ceremonia que los comerciantes hacían en Cholula para festejar a Quetzalcóatl, donde a las libaciones de chocolate ponían unas gotas de sangre humana.

Poco en verdad puede agregarse del tiempo antiguo, acaso la referencia a la considerada más exquisita forma del popo, chocolate casi espuma todo él gracias al agregado de un líquido en gotas de una liana llamada chompipe, los condimentos aromáticos de la vainilla, la flor de xúchil, o recordar el champurrado; porque sale sobrando indicar que la leche de vaca se conoció hasta cuando comenzó la ganadería española, pero la circunstancia de haberse conservado el consumo del chocolate sobre atole de harina de maíz en la Chontalpa tabasqueña, predominantemente cacaotera, pudo permitir su traspaso, como elemento cultural, a los olmeca. Empero, el árbol en sí es

mesoamericano y, por otra parte, cuando los olmeca históricos hicieron sentir su peso cultural en El Tajín, se les habían adelantado las plantaciones de cacao, hechas antes que los monumentos de la ciudad para darle la base sustentadora de una economía pujante. Si los olmeca, con la dolorosa experiencia del África occidental donde las tierras rojas, bajo los cultivos con escarda, se fueron volviendo lateritas, ordenaron impedirlo en el sur de Veracruz, con similares tierras, imponiendo el sistema de plantaciones —preferentemente plantando árboles de hule y de cacao—, no debe desestimarse su experiencia, pero tampoco la inducción americana de ofrecer al trópico húmedo, muy húmedo, el hule y el cacao nativos, vegetales delicados atendidos al auxilio agrícola, y más el cacao que poco a poco se fue agotando hasta desaparecer de la costa veracruzana. Todavía por los años cuarenta quedaban en la Barra de Czones algunos cacaotales magníficos. El progreso, infortunadamente, significa muerte en varios renglones.

Los jóvenes arqueólogos, condicionados por el dogma del modernismo, quedaron inutilizados para pensar que la ciencia y las técnicas arqueológicas también han evolucionado desde cero, y en su lento progreso han reunido el volumen heredado para su disfrute. Por ello, con todo respeto, se debe declarar que varios monumentos escultóricos del Tajín se concentraron sin el previo estudio para determinar la ubicación original. Así sucedió con el Tablero del Cacao, cuya imagen fue utilizada para ilustrarle al arqueólogo José García Payón su libro *Amaxocóatl*.

Seguramente decoró este Tablero el santuario de un templo y el palacio de un dignatario. Como muchas piezas escultóricas del Tajín, está enmarcado por las volutas típicas de su época, representando, muy probablemente, a las nubes; y abajo, la tierra en forma de serpiente, vieja idea evolucionada de manera natural y por las contribuciones de otros. Habían afianzado la idea de su lugar en el cosmos.

Destaca, en el espacio del Tablero, el perfil de un edificio, más *tecpan* que *teocalli*, pues únicamente se ocupa por un individuo, con autoridad civil, indicada con la diadema ciñendo su cabeza. No sería

mucho suponer al Señor del poblado, al menos, con poderes delegados. La composición del artista puso un árbol de cacao, cuajado de mazorcas. En lo alto del edificio está sentado el personaje con autoridad, teniendo a su derecha, domesticado, un animal que por su cola debe ser un tlacuache —“rabo pelado”, según los campesinos. Por las gradas del edificio va subiendo un oficial llevando entre las manos un rollo de papel, seguramente informe o cuenta de las plantaciones o de la cosecha del cacao, práctica posiblemente tan lejana como el tiempo en la Estela de Viejón.

En el ángulo superior derecho del Tablero, inscribió el escultor tres jeroglíficos de *xiuhmolpilli*, válidos por 156 años, que a partir de la última fecha Era, marcan el año 739, cuando Xatontan empuñó el cetro como segundo emperador en la Dinastía de Mizquihuacan, ordenando añanzar su dominio hasta las arenas de la mar y construir el mausoleo para tumba real. Sin embargo, la crónica perpetuada por Juan de Torquemada se quedó corta; la evidencia es que al trájín del trabajo, el pequeño pueblo se volvió ciudad y como desde Tula se difundía el idioma náhuatl en función de lengua franca, esa soñada ciudad recibió el nombre de Micltlan, lugar para muertos, perpetuando el toponímico en cuatro placas de piedra, todavía conservadas, todo lo cual no fue improvisación del capricho político, sino debidamente planeado, hasta el punto de, primero, dotar a la ciudad de sólida economía, basada en la producción agrícola, pues la situaron en el parteaguas de las cuencas de dos ríos, el Tecolutla y el Cazones. Era una Mesopotamia con vegas ubérrimas y sobreabundancia de agua para riego agrícola por derivación. Mas, volviendo a lo escrito, junto a los jeroglíficos de *xiuhmolpilli* pusieron cuatro numerales, elevando a 743 la fecha del año, por lo cual debe pensarse que Xatontan dio la orden el año de su ascenso al poder y fue cumplida estrictamente para ser informado cuatro años después del pleno cumplimiento. Quedaban problemas, era natural, como la plaga del tlacuache, acaso neutralizada volviéndolos un exquisito platillo y hasta domesticándolos durante la engorda. Pero todo esto corresponde a la ciencia. El Tablero del Cacao expresa, plásticamente, su mensaje, vivo pese a la

traducción del idioma y a la traslación de la época. En este momento, pasea en triunfo por algunas metrópolis de la cultura occidental. Es arte.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, José de. *Historia natural y moral de las Indias*. FCE, México, 1940.

GARCÍA PAYÓN, José. *Amaxocōatl*. Escuela de Artes, Toluca, México, 1936.

TORQUEMADA, Juan de. *Monarquía indiana*. Chávez Hayhoe, México, 1944.

EL TABLERO DE HURACÁN

En El Tajín esculpieron un tablero dedicado a Huracán y a *Cipactli*. Sobre los dos hay publicadas muchas noticias y abundan los comentarios, lo cual ya indica lo poliédrico de la leyenda y el mito, sobre una realidad zoológica, metereológica. Para los cronistas del siglo XVI, el encuentro con la palabra



El Huracán sobre la Tierra (tablero del Tajín)

cipactli ocurrió en el calendario, por encabezar los nombres de los días; e inmediatamente preguntaron por su significado. Bernardino de Sahagún fue muy breve: “un pez que vive en la mar”. Juan de Torquemada explicó más:

El primer signo de esta arte adivinatoria indiana, era *Cipactli*, que quiere decir: espadarte, que es un pez grande de la mar y tiene una espada en el hocico, de el tamaño de un brazo o de una braza, conforme él es grande o chico. Este signo era el principio y primero de todos los de esta arte, el cual se contaba en la primera casa.

Correcto, pensando en el *Tonalpohualli*, aun cuando no conocieron al animal y siguieran aludiéndolo al tanteo, hasta cuando Alfonso Caso pudo identificarlo con el catán o “peje lagarto”, no tan del mar, sino de sus orillas, y más aquerenciado en los esteros. Ahora redobla su trascendencia y se explica el haberlo confundido con el caimán; el catán parece un híbrido de pez y cocodrilo, fictiosaurio del mesozoico, raro fenómeno de la zoología, cual el ornitorrinco australiano, suficiente motivo a la imaginación y alto aval en el campo de los conocimientos biológicos mesoamericanos, indirectamente sosteniendo que la vida comenzó en el agua y, al evolucionar, primero fueron los peces, después los anfibios, y luego los reptiles, con lo cual estarían de acuerdo, desde Carlos Linneo en adelante. Ya en tierra, los reptiles comenzaron, pero antes, la supuesta o real transición, el “peje lagarto”, el catán, *cipactli*.

De *Cipactli*, opinó Eduard Seler:

El primer signo, *cipactli*, se representa como animal erizado, cuya característica particular es la falta de la mandíbula inferior. Sobre la nariz hay, en muchos casos, un objeto extraño que en el dibujo de la lámina [...] aparece igualmente cubierto de espinas. Lo erizado se explica por el nombre del signo, pues *cipactli* es sin duda fonéticamente idéntico a *tzihuaactli*, palabra con la cual los mexicanos designaban una planta espinosa de las estepas del norte, que se representaba ya como una especie de maguey, ya como un cacto y que, según Hernández, es en realidad una especie de cacto de tallo redondo y estriado.

No fue perder el tiempo, sino buscarle posibilidades a la investigación, comenzar por la etimología de la palabra, pero llega el recuerdo de que la biznaga intervino en el mito de Itzpapálotl (Venus) y sus espinas quedaron en el jeroglífico. Se alargaría mucho el tema incluyendo al peyote, porque según este autor: "*Cipactli*, el primero de los signos de los días, era para los mexicanos un símbolo de la fructificación, de la potencia creadora de la tierra, un signo del crecimiento, de la abundancia y de la riqueza", o penuria compensada con alucinaciones. Reducido a términos antropológicos: "Creo que el *cipactli* puede designarse, sin más, como animal mítico [...] las concepciones plasmadas en las pictografías nacieron en un pueblo establecido en la costa o que, por lo menos, la conocía".

La historia de los mexicanos por sus pinturas, ocupándose de la creación, asienta: "hicieron el agua y en ella criaron a un peje grande que se dice *cipactli*, que es como caimán, y deste peje hicieron la tierra", es decir, el catán representó a la tierra, por eso, adelante remachó: "hicieron del peje *cipactli* la tierra a la cual dijeron *tlalli*, y pñtanlo como dios de la tierra, tendido sobre un pescado, por se haber hecho del". Todavía en pleno siglo XX, los campesinos de la Huasteca veracruzana tenían la certeza de que los catanes caían del cielo, con las lluvias ciclónicas, pues en el jagüey recién construido, nadie lo pone y después que la lluvia lo llena, el catán aparece. Fenómeno intertropical: los huracanes se forman por muy fuertes evaporaciones, y con la fuerza del tornado, del remolino, son levantados peces y tortugas de poco peso que van a caer tierra adentro con la lluvia; esto les da trascendencias extraordinarias. Por eso, los totonaca de la región de Papantla, Veracruz dicen: el catán es el ser más poderoso, quien manda en el agua.

Los flujos mágicos del catán debieron ser conocidos por los mexicanos cuando vivían en el área de Tamiahua, Huasteca veracruzana, y al migrar hacia los lagos del valle de México, llevarían la conseja. Tal vez por eso, sus informantes le dijeron a Diego Durán: "el día que ellos llaman *Cipactli*, que era el primero del mes, figurado con una cabeza de sierpe [...] en el cual día se coronaban siempre los reyes".

No se ha procurado la comprobación; el informe pudo haber correspondido a la exaltación de Ahúztotl, en 1487, pero la noticia era insistente desde los preparativos:

Acabadas las pláticas y salutations, los señores de todas las provincias pidieron licencia de ir a sus tierras. El rey, con mucho amor y agradecimiento, se la dio y ellos se partieron. A los cuales avisó y convidó Tlacaélel para el día de *Cipactli*, que era el primer día del mes, donde se había de hacer la solemnidad y fiesta de la coronación.

Cipactli, el catán, adelantado de los animales que terminaron señoreando la tierra, seguía siendo el símbolo para comenzar un señorío, en este caso ya, el gobierno de un imperio, mágicamente al comienzo del *Tonalpohualli*, la cuenta de las *tonas*.

Huracán es una palabra del idioma quiché. Antonio Villacorta lo explicó en sus estudios sobre el *Popol Buj*: “*Jurakán* (*jun*, uno; *ra*, muslo; *akán*, pie), el de una sola pantorrilla, cuyas manifestaciones externas eran, *Cakuljá*, el rayo; *Chipí-cakuljá*, el trueno; *Raxá-cakuljá*, el relámpago”. En otros idiomas, ya lo señalaron Alfonso Caso e Ignacio Bernal, era *Cocijo* en zapoteca, *Tláloc* de los mexicas, *Chac* para los mayas, *Dzahui* en mixteca, y *Tajín* entre los totonaca. Pero, en este idioma, relámpago se decía: *maglipa*; rayo: *litatita*; y el trueno era: *tajín*. Por otra parte, frente al *Cocijo* zapoteca, no sería honesto silenciar que *Coci*, en el Congo, tenía idénticos atributos que Huracán.

En las investigaciones de Fernando Ortiz, el origen podría volverse muy remoto iniciándolo ejemplares de piezas arqueológicas con figuras humanas donde los brazos forman la ‘ese’ igual a los jeroglíficos del *xonecuilli*, símbolo del rayo manejado por Huracán en esa escultura del Tajín, donde también inscribieron el toponímico *Mictlan*, nombre náhuatl de la necrópolis y si, como parece lógico, agregándole aspas queda formado el jeroglífico de la veintena, vendría desde Teotihuacán hasta los códices mexicas o, cual escribiera Ortiz, incluso en monedas de la Licia, del Asia Menor, y mucho más lejos.

Para concretarse a Mesoamérica, y sólo a partir del comienzo de la Era Cristiana, en el Templo a Quetzalcóatl, de Tetihuacán (167-271), la decoración se hizo alternando cabezas de serpientes. Una, la emplumada, quetzal (el Museo de Antropología en Xalapa, Veracruz, exhibe el antecedente totonaca realizado en Ranchito de las Ánimas, municipio de Actopan, Veracruz), en representación de la temporada con humedad, y la otra, de sequía y muerte, Serpiente de Fuego, *Xiuhcóatl*, que juntas como serpientes del arcoiris, las dos quedan desdobladas en azul y roja. Las de Teotihuacán: Quetzalcóatl, y Xólotl, pero este Xólotl de muerte y sequía terminó en Tláloc, y a su vez, el periodo de lluvias quedaría escindido por la canícula en las lluvias de Tláloc y las de Huracán.

A lo anterior se añade el impacto de los olmeca históricos; trajeron rica mitología y a Huracán, rebautizado Tezcatlipoca. Este nombre, náhuatl (*tézcatl*, espejo; *poca*, *popoca*, humo), se traduce por espejo humeante, que produce humo. Ya en el pasado, Francisco Plancarte y Navarrete tuvo presente aquel párrafo de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*: “Tezcatlipoca dejó el nombre y se lo mudó en Mixcóatl [...] y quiso en este año hacer fiesta a los dioses, y para eso sacó lumbre de los palos que lo acostumbran sacar, y fue el principio del sacar fuego de los pedernales”, para considerar la innovación del espejo de pirita, de la metalurgia —idea apoyada por Fernando Ortiz—, que choca con la consideración de pedernal que también simbolizó a Tezcatlipoca aunque, entre los campesinos, continúa enraizado muy hondo el poder que tienen los espejos para incendiar. Tezcatlipoca era, naturalmente, un dios con la epidermis negra, llegado a los dominios del tolteca Quetzalcóatl. Lo desplazó en lucha frontal o, astutamente, disfrazado como Quetzalcóatl negro; fue la mixtura presentada por Walter Krickeberg:

De aquí que el dios del viento lleve atributos que corresponderían más bien a un dios estelar: el color negro del cuerpo, que comparte con Tezcatlipoca; la piel de jaguar de la que está hecho su sombrero puntiagudo, el símbolo estelar en la punta de éste, la ‘azada’ del viento, bastón curvo que se remonta a la constelación *Xonecuilli*, pero sobre todo la extraña máscara que esconde la parte

inferior del rostro. Tenía la forma de un pico de ave en las tallas de piedra aztecas, pero representaba originalmente un hocico de cocodrilo.

Muy complicado. Como Ehécatl, su máscara era el pico de un pato.

De Mesopotamia llegaron, a la cuenca del río Indo primero, al Decán después, elementos culturales muy significativos, destacando en las páginas de Lefmann: “Indra era el dios principal de los indios arios y el más celebrado en *Los Vedas*. Era el dios del rayo y del trueno, el vencedor del espíritu del mal”. Más reciente, Stuart Piggott, sobre bases arqueológicas, aclararía: “el advenimiento de los arios a la India fue, en realidad, una invasión de bárbaros en una región ya bien organizada en un Imperio basado en una arraigada tradición de cultura urbana letrada”. Georges Dumézil, al estudiar a sus dioses, vio a la lluvia como atmosférica batalla bajo el dominio de Indra. Pero todo es más claro en Jean Barenne, cuando se ocupó de la religión védica, en concreto, de Indra: “su ira es terrible, gusta de beber ambrosía hasta embriagarse, ama a las mortales, a las que seduce bajando disfrazado a la tierra, gobierna al rayo [...] provoca la lluvia [...] como dios de las tormentas [...] la tormenta que hace reventar las nubes del monzón”. Todo esto en las culturas del otro lado del mar.

El Huracán traído por los olmeca históricos, metalúrgicos, era el Hefestos de los griegos, el Vulcano de Roma. Los tarascos contaban que beodo, en la gresca de la taberna celeste y empujado con ira, vino a tierra, quedando cojo del golpe. Los códicos mexicanos lo han pintado cuando un cocodrilo (*cipactli*) lo mutila, para, subconscientemente, poder equipararlo en belleza con el Adonis herido por el jabalí. La penosa cojera fue disimulada por los escultores, representándolo recostado sobre su espalda, con las piernas flexionadas (Chac Mool), pero los pintores le arrancaban el pie y sólo le dejaban el muñón, aun cuando con su espejo.

Los olmeca históricos, llegados a la costa del Golfo de México en la segunda veintena del siglo VIII, traían un conductor de nombre Hueman y entre sus deidades a Huracán. Sobre la base de la metalur-

gia, el progreso industrial no sólo les dio gran prestigio, sino que acabaron tomando el poder político de Tula, y la fuerza mágica, religiosa del Huracán se desdobló en los cuatro Tezcatlipocas, con el Negro a la cabeza, que de la humildad del recién llegado fue infiltrándose hasta sustituir a Quetzalcóatl, el año 972, según el testimonio de Cacaxtla, en Tlaxcala; después, por la vía del sincretismo, fue pasando de todopoderoso a dios único. Los olmeca históricos o sus irradiaciones culturales llegaron a Tajín; abundan las pruebas, pero en el Tablero Central del Juego de Pelota Sur, el supremo dios era Chicomexóchitl. Y si no superior, en San Lorenzo Tenochtitlán, municipio de Texistepec, Veracruz, apareció magnífica la escultura de Chicomexóchitl, con el nombre al pecho.

Huracán, en El Tajín, está representado por la escultura de basalto negro puesta en su templo, ahora numerado como Cinco. Empuña el rayo, simbólicamente al trueno, el *xonecuilli* de los arqueólogos. También en la parte central del Juego de Pelota, con dos escenas del drama de la milpa, cuando agonizante ya sólo le queda la esperanza última de que Huracán arroje su chubasquería contra los rigores de la canícula; un dios o sacerdote sangra su miembro viril para, con su sangre, revitalizarlo. En la otra escena, Huracán ya está domado, preso en el fondo del mar, atado con el arcoiris; pero, como Tezcatlipoca Negro, tuvo el Juego de Pelota de Dios a la vera de la Vía Láctea, camino de Mixcóatl, por donde transita, encontrándose con su vecino Quetzalcóatl.

En este llamado Tablero de Huracán, sorprendieron el instante furioso en que el fenómeno meteorológico flagela impíamente a la Tierra. La escena tiene al fondo del cuadro, arremolinados, nubes y lampos de cielo, arrastrando a los numerales de los días, pero destaca por su gran tamaño el numeral uno (*jun, hun*, en quiché), semejante a como está representado en la Estela número 1 del Baúl, en Guatemala. Eso, arriba, pues abajo, la Tierra está representada por el catán, *cipactli*; es un pez, con escamas, cabeza de cocodrilo, visible una mano con tenaza —la del cangrejo azul, anuncio de la tormenta— y la cola, partiendo de un anillo —¿juego de pelota?— formándose con

plumas de quetzal, que todavía en Teotihuacán eran las verdes hojas de la milpa. En las pictografías, el extremo de la boca de *cipactli* termina con un cuchillo de pedernal, también símbolo de Tezcatlipoca y del rito; en este *cipactli* del Tableto aquí comentado, tal remate de la boca está sustituido por dos indudables jeroglíficos de *xihmolpilli*, válidos por un *Huehuetliliztli* o 104 años. Considerado fechamiento y a partir de la era usada en El Tajín, daría el año 687, cuando inició la Dinastía de Mizquihuacan Omeácatl, que gobernó hasta 739 y en cuyo periodo llegaron los olmeca históricos, introduciendo la embriaguez como rito, al amparo del dios Omeácatl, por tal nombre conocido, independientemente de que el emperador pudo haber caído en el alcoholismo y disuelto su poder en humos etílicos, pues a Torquemada le informaron por parábolas “que no murió, pero que entrando en un temazcal, que es baño, allí se desapareció, y aunque más diligencias se hicieron, no bastaron, porque nunca más pareció”. El Tajín supo guardar su memoria.

El fenómeno metereológico, la deidad que lo sintetizaba para implorarle clemencia, según lo representó este Tablero, fue un dios antropomorfo; incluso, no pusieron énfasis en su mutilación. Al contrario, una pierna está bien extendida por delante, con gran vigor, de mucha velocidad, y lo normal se remarca en la circunstancia de su pie calzado con sandalia elegante; la otra pierna se supone flexionada y atrás, la punta del pie todavía se puede apreciar como dibujo. El dios no se mira cojo ni mutilado en esta representación. Llevó *máxtlat* y a nivel de su ceñidor se notan tres grupos de cuatro barras, como las usadas por olmecas y mayas en la numeración de barras y puntos o a las pintadas en el *Códice Laud*; pero, estando la parte final un tanto destruida, no hay plena seguridad; tal vez fueron 12, si con valor de cinco por barra, y relacionados con los días, pudieron ser 60 junto al ceñidor muy adornado. A la garganta lleva tres collares y sus orejeras o aretes. Del rostro, destacan dos dientes incisivos, cual de roedor, pero serían una forma de hacer los dientes de Tláloc. La gran ceja podría traducirse por ceñudo, fiero, mientras la pupila parece

una 'te', jeroglífico maya correspondiente a Ehécatl. De todo, lo más impresionante resulta la fuerza del ciclón avanzando sobre la Tierra.

El Tablero de Huracán tiene marco esculpido; lo integra una cadena con eslabones que por la forma y manera del enlace deben ser metálicos y sostienen, cual joyas engarzadas, las figuras de puntos numerales: cuatro a cada lado vertical, tres abajo y cinco arriba, para un total de 16, que si se refieren a veintenas, arrojan 320 días, cuando Huracán permanece atado, encadenado, según la tradición que Roberto Williams García logró conocer entre los totonaca de El Tajín. Andaría suelto, causando destrozos, a tenor de la tradición, de San Bartolomé a San Francisco, 24 de agosto al 3-4 de octubre, dos veintenas: 40 días para, con el tiempo atado, reunir los 360 días del *Tun* y cerrar el año con cinco *nemontemi*, creídos inútiles. Encadenado estaría del 5 de octubre al 23 de agosto.

Estas fechas deducidas obligan a recordar lo asentado por la Biblia en el *Primer libro de los Reyes*: "en el mes *Ziph*, que es el mes segundo", porque *Zip* era la veintena del calendario maya correspondiente a *Ochpaniztli*, de la cosecha, como en el calendario semita de la Biblia en que también lo era; y si allá fue segundo, el primero, 30 días antes, haría comenzar el año a finales de julio, por lo cual no estaría desencaminado el día 26 de julio: para Mesoamérica, segundo paso del Sol por el zenit de Teotihuacán y principio del año entre los olmeca y mayas, en tanto que para un viejo pueblo de la Biblia, esa misma fecha (26 de julio) correpondería al mismo fenómeno en un territorio entre Yemen y La Meca, por lo cual era principio del año árabe, no sin apuntar que los judíos hicieron cambio calendárico por su cautiverio en Babilonia y los datos aquí señalados corresponden a tiempo más antiguo, en el cual, 60 días —los representados en Tajín abajo del ceñidor— cubrirían septiembre y octubre, lapso de la cosecha en el calendario israelita de Gezer. Por otra parte, como los totonaca en Tajín y en Zempoala dejaron pruebas de haber comenzado su año en el primer día de mayo, esta sorpresiva cronología puede ser achacable a los olmeca en primer término y a una tradición semita de la cual aparecerían los árabes como últimos mantenedores.

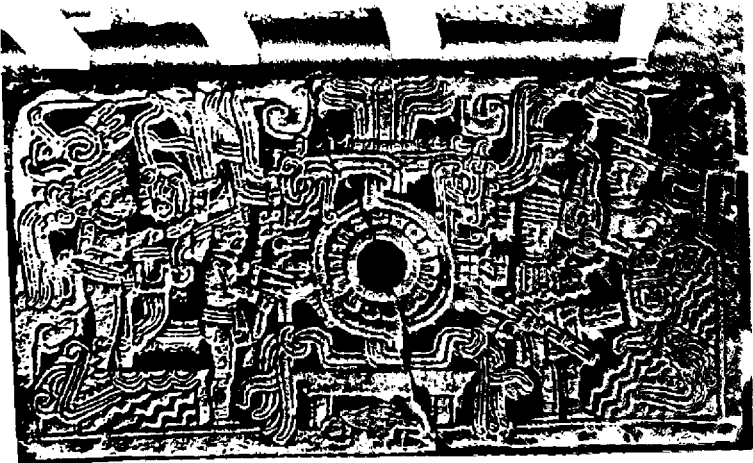
Independiente de arqueologías e interpretaciones, el Tablero de Huracán es una obra de arte, lograda en Mesoamérica, donde la maestría del ejecutante se debe medir en la fidelidad para materializar la idea y la emoción que dirigió la mano, el cincel; y si, cual pensó Benedetto Croce, belleza es la expresión y el arte resulta producto humano en esa expresión, este arte mesoamericano seguramente logró expresar la idea que del fenómeno meteorológico tuvo el escultor en su contexto cultural y en la emoción. Perdido ya todo aquel mundo, menos en lo intemporal, enciende valores artísticos y revela sabiduría.

BIBLIOGRAFÍA

- CASO, Alfonso e Ignacio Bernal. *Urnas de Oaxaca*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1952.
- DUMÉZIL, Georges. *Los dioses de los indoeuropeos*. Seix Barral, Barcelona, 1970.
- DURÁN, Diego. *Historia de las Indias de Nueva España*. Porrúa, México, 1967.
- "HISTORIA DE LOS MEXICANOS POR SUS PINTURAS", en: Pomar-Zurita. *Relaciones de Tezcoco*. Chávez Hayhoe, México, 1941.
- LEHMANN, S. *Historia de la India antigua*. Montaner y Simón, Barcelona, 1917.
- ORTIZ, Fernando. *El Huracán*. FCE, México, 1947.
- PIGGOTT, Stuart. *Arqueología de la India prehistórica*. FCE, México, 1966.
- PLANCARTE Y NAVARRETE, Francisco. *Prehistoria de México*. México, 1923.
- SAHAGÚN, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Robredo, México, 1938.
- SELER, Eduard. *Comentarios al Códice Borgia*. FCE, México, 1963.
- TORQUEMADA, Juan de. *Monarquía indiana*. Chávez Hayhoe, México, 1944.
- VARENNE, Jean. *La religión védica*. Siglo XXI, México, 1977.
- VILLACORTA, Antonio. *Manuscrito de Chichicastenango*. Tip. Sánchez, Guatemala, 1927.
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto. "Trueno Viejo-Huracán-Chac Mool", en: *Tlatoani*. México, 1954.

UNA LÁPIDA EN EL TAJÍN

Removiendo escombros, los peones del arqueólogo José García Payón encontraron una lápida con relieves y con un hueco al centro. No hay datos para conocer su exacta ubicación, pero, teniendo esculpidos los cuatro bordes, no debió estar incrustada en una pared, cual tablero, y sí puede ser la superficie de un altar. La pieza misma muestra un altar, sostenido con soportes. En el Tablero 5 del Juego de Pelota Central, esculpieron otro parecido.



El mundo ceñido por las dos culebras (lápida del Tajín)

El tema principal de los relieves, colocados al centro, parece doble. Un escudo, *chimalli*, con tre flechas, exactamente representación de 'guerra', marco a una ronda de 16 jeroglíficos del *xiuhmolpilli*, anudados por dos culebras, obligando a recordar cómo la Tierra —según el referido mito de los fon en el Dahomey— estaba por desintegrarse, pero Dios la hizo fajar con las dos culebras del arcoiris, la roja y la de color azul o verde; la roja equivalente a *Xiuhcōatl*, serpiente de fuego, de la sequía; la verde-azul de la temporada con humedad y lluvias. En esta lápida, las culebras están enlazadas por la cola y por la cabeza para formar, en medio, la circunferencia. Las culebras terminan en sendos anillos de los cuales penden manojos de plumas; los cuerpos llevan agrandadas escamas de vejez y las cabezas muestran, sobre la nariz, dos jeroglíficos de *xiuhmolpilli*, tal vez no correspondientes a fecha repetida, sino posible alusión al *Huehuetliliztli*, periodo de 104 años, el verdadero siglo; y entonces, la guerra podría ser, Guerra de Siglos. Arriba del nudo superior de las culebras, hay una fila de cinco *xiuhmolpillis*, tras los cuales está erguido un penacho de plumas. Aparentemente, lo anterior flota, está sobre la mesa del altar, y bajo él, una tortuga parece irse o caminar fuera del cuadro, se mueve.

Lo anterior puede ser el tema central. Ya el conjunto muestra en primer término al territorio, entre dos ríos, que sin traducirse por mesopotámicos, delimitan cada frontera y, para el caso concreto del Tajín, serían: a la izquierda, el río Cazonas, llegando a la orilla del mar, justo a las espumas de La Barra, con la cabeza del catán (*cipactli*) fuera del agua, comienzo de reptiles y de la Tierra; en la esquina derecha, el río Tecolutla, lejos de la desembocadura, pero también con la cabeza del catán o peje-lagarto. Después, al extremo izquierdo, un personaje, de pie, a la orilla del mar, con el agua más arriba del tobillo, ceñidor sin la gran cola, moda palaciega y estorbo en campaña, gran collar y, mucho más grande, su fastuoso penacho, en cuya parte superior resaltan tres *xiuhmolpillis* válidos por 156 años que, desde la Nueva Fecha Era, marcan el año 739, recuerdo y homenaje a Xatontan, el segundo emperador totonaca que volvió a

tomar posesión del territorio hasta las arenas de la mar; en la mano izquierda lleva lujosa bolsa con sustancias aromáticas para el sahumero sugiriendo haber oficiado, a manera de sumo pontífice, la ceremonia consagrada. En el extremo derecho hay otro personaje, menos adornado, con su bolsa para el incensario donde grabaron el jeroglífico del movimiento (*nahui ollin*), tal vez ejecutante, parado después del río y que incita a detenerse para examinar, en ambos lados, unas barras y puntos, de seguro no referidos a una cifra, por no ser una barra con cuatro puntos como máximo, sino con cinco. No hicieron esto los indígenas en su numeración: de llegar a cinco la cuenta, ponían la barra. Por eso, descartando lo puramente ornamental, las barras y puntos, en este caso, marcarían el horizonte marino.

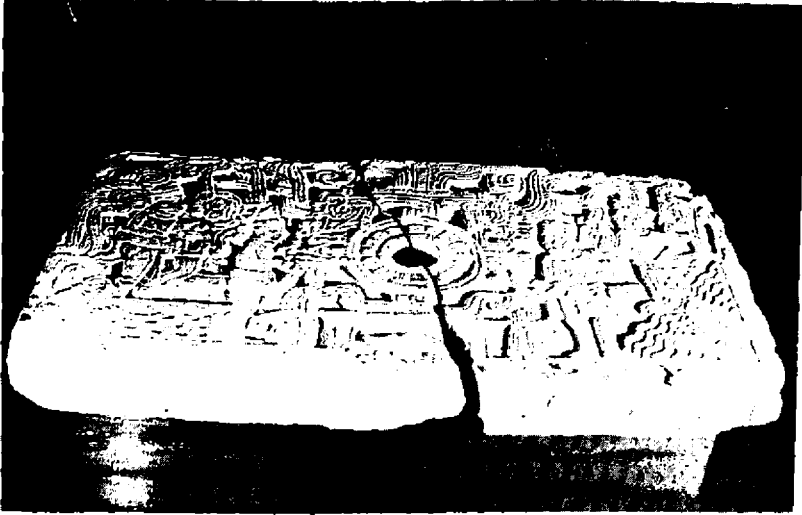
En medio, a la izquierda, parado a nivel de la mesa o altar, un personaje con tobilleras y rodilleras por adorno, *máxtlatl* normal, collar, mitra o corona y penacho de plumas, empuña un posible cetro con la mano izquierda, mientras con la derecha está ofreciendo el *máxtlatl*, símbolo de virilidad o poder; por su espalda baja, del cielo, el jeroglífico del día *ce Cipactli*, día de la ceremonia. Diego Durán escribió: "en el cual día se coronaban siempre los reyes". Por contraparte, a la derecha, no de perfil sino de frente, aun cuando con el rostro hacia el centro, está otra persona mucho más adornada, incluso lleva una capa de rico tejido cubriéndole hasta la cintura, sosteniendo el *máxtlatl* y mostrando el rollo de varas para encender fuego.

Lo anterior es un intento descriptivo. Se continuará con las fechas indicadas por los *xiuhmolpilli*, y la más larga es la de 16, equivalente a 832 años. Para ubicarla dentro del conocimiento arqueológico mesoamericanista, se debe partir de que es una obra de arte correspondiente al nivel denominado Clásico Tardío (600-900); en la cronología totonaca conocida, un punto de partida muy antiguo y firme ha resultado el año 11 d. C., cuando pasó el cometa Halley, quedando a 52 años (un *xiuhmolpilli*) del tránsito de Venus por el disco del sol, agregando que, al año siguiente, sería 63 y uno Caña de los Fuegos Nuevos totonaca. Así, 11 más 832 arroja: 843, uno Caña, el que sigue a 13 Conejo, tan escrito en El Tajín por haber sido paso

de Venus por el disco solar. Es el año de 843 la fecha inscrita como principal y esotérica en el supuesto escudo para la Guerra de Siglos. Le sigue la inscripción de arriba con cinco *xiuhmolpillis*, 260 años. Aquí, por más corta la cifra, se debe pensar en la Fecha Era que usaban los totonaca cuando construyeron El Tajín; partía del año 583 como uno Caña, después de 13 Conejo, cuando también había pasado el planeta Venus por la hornaza del Sol y los tolteca, futuros dominadores, llegaban a Zacatlán y Tuzapan; esta fecha es 843. Así, las dos fechas quedan mutuamente reforzadas, e inamovibles, por descansar en fenómenos astronómicos que ocurren con toda exactitud. Mas conviene agregar que 260 años eran el tiempo de una Rueda de Katunes entre los mayas, y tanto en 583, cuando se cerraba el *Katún 7 Ahau*, dedicado a Chicomexóchitl, como en el año 843, lo último fue celebración máxima en El Tajín, tal vez inaugurando muchas obras artísticas, no sin dejar de señalar, como Zelia Nuttall la destacó dentro del códice que lleva su nombre, la importancia del día *ce Cipactli* en el año 1 Caña, y aquí, el día *ce Cipactli* pudo haber sido, también, la coronación de Panin; dos *máxtlatl*: el de Xatontan y el de Panin.

Lo epigráfico estaría provisionalmente concluido en esta lápida; empero, si cual se deduce, fue altar y en él tuvieron efecto los ritos, surge la pregunta por el hueco en el centro. La literatura mesoamericanista no lo ha tratado, hasta donde se logra saber, en tanto sí aparecen altares con relieves y el hueco —redondo, cuadrado— en lo conservado de Sumeria. Parrot escribió:

Muchísimo menores en número, su valor es muy desigual y responden a dos intenciones diferentes. Consisten ya en placas perforadas por un agujero central, ya en tablas o bloques de piedra en los que están representadas escenas mitológicas, religiosas o históricas. La técnica difiere también. La más sencilla sólo emplea el simple grabado, como ocurre, por ejemplo, en el bajorrelieve “de las plumas”, de Lagash, o en las placas de Nippur que ilustran el culto ofrecido a Enlil, dios de la tierra.



Lápida mostrando frente y canto

Nada sorprendente allá, porque Pijoán había hecho un comentario “al águila de Sirpula en una placa con relieves que debía ser un altar o piedra para ofertorios”; en ellas, por el hueco, daban a la Tierra su ofrenda. Son opciones para la placa en cuestión y, en caso extremo, una Tierra en el fondo del cosmos.

Tal vez los custodios de la tradición temían a los descreídos y esculpieron el altar en la propia lápida; así es posible entender que debajo del hueco recibía la ofrenda nada menos que la Tierra, históricamente representada por la tortuga. No se pretende suponer a los mesoamericanos adelantándose a la teoría de la deriva continental, pero sí capaces de la expresada metáfora donde una isla es la tortuga en el agua, con autonomía para cruzar el océano e ir al África por los no traídos instrumentos musicales y regresar para venirlos a dejar, para alegrar a los tristes, cual relató la *Histoyre du Mechique*. Los artistas del pincel pusieron, en la tela del conocido *Lienzo de Jucutá-cato*, el momento en que los nonoalca salieron de Isla de Sacrificios

(Chalchihuitlapazco, lebrillo de jade) y navegando en tortugas, cruzaron el tramo de mar, bajando a tierra firme, cabe Chalchicueyecan.

La tortuga fue representación de la Tierra. Tanto, que las pictografías geográficas la usaron por locativo para significar poblados, tierras, la muy abundante representación del cerro y en los códices totonacas agregaban, encima del color verde, la retícula que tiene la caparazón de la tortuga; la capa del suelo era la concha de la tortuga. En El Tajín hay dos representaciones de altares debajo de los cuales grabaron una tortuga; en el Tablero 5 del Juego de Pelota Central y en esta placa que aquí se comenta. El Tablero del Juego de Pelota corresponde a enero y febrero en el hemisferio norte, cuando el Sol ya terminó su alejamiento y resucita, nace, renace, para volver a fecundar la Tierra con su calor; la Tierra comienza, entonces, a dar señales de vida, inicia el reverdecimiento, movimiento, gracias al rito propiciatorio. En esta comentada lápida, el rito parece cumplido y la tortuga, la Tierra, se mueve, ya va saliendo. Por el hueco cavado en esta lápida, nutrían con alimentos a la Tierra; todavía, los totonaca, por el hoyo abierto para fijar el Palo Volador, un rito agrario, dan alimentos y bebidas a la Tierra. En Grecia, Maya era la Tierra madre; por el agujero en la placa de Nippur, daban la ofrenda para Enlil, dios de la Tierra. En El Tajín, esta Tierra concreta quedaba entre dos ríos y el mar, con derecho a decirse mesopotámica. El ritual esculpido fue testificado por el antecesor de los anfibios, el catán o *cipactli*, seguramente objeto de devoción a lo largo de la rueda del tiempo, y en fastos especiales, formaría parte del protocolo en la coronación del gobernante.

BIBLIOGRAFÍA

DURÁN, Diego. *Historia de las Indias de Nueva España*. Porrúa, México, 1967.

"HISTOYRE DU MECHIQUE", en: Garibay. *Teogonía e historia de los mexicanos*. Porrúa, México, 1965.

NUTTALL, Zelia. *Codex Nuttall*. Peabody Museum, Cambridge, Massachusetts,
1902.

PARROT, André. *Sumer*. Aguilar, Madrid, 1969.

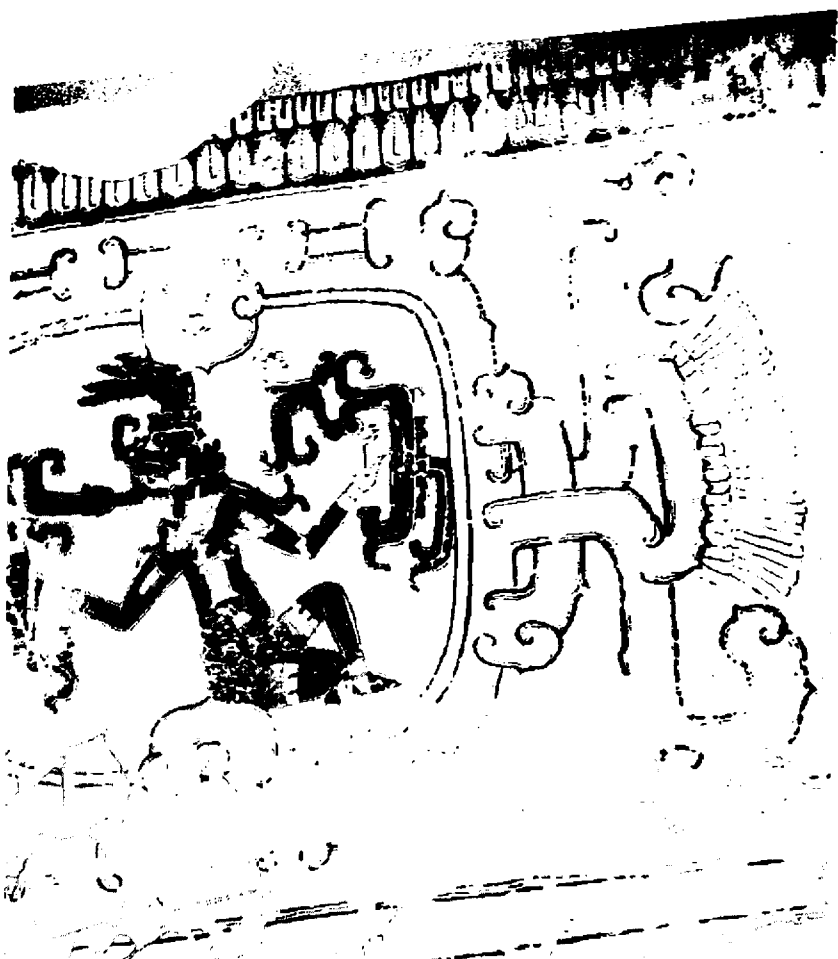
PIJOÁN, José. *Arte del Asia occidental*. Espasa-Calpe, Madrid, 1944.

EL PALACIO DEL ARTE

Simplificando, El Tajín arqueológico era: la ciudad sagrada que ocupaba la parte baja, plana y la residencia civil que se ubicaba en lo alto, cual acrópolis (*akros*, extremidad) —así llamada la ciudadela de Atenas antigua, en la referencia de Tucídides. El arqueólogo José García Payón puso a circular el nombre de Tajín Grande para la parte baja y Tajín Chico para lo alto. Escribió: “este grupo de construcciones civiles” y fue amplio refiriéndose al Edificio A;



Los trabajos en el Palacio del Arte



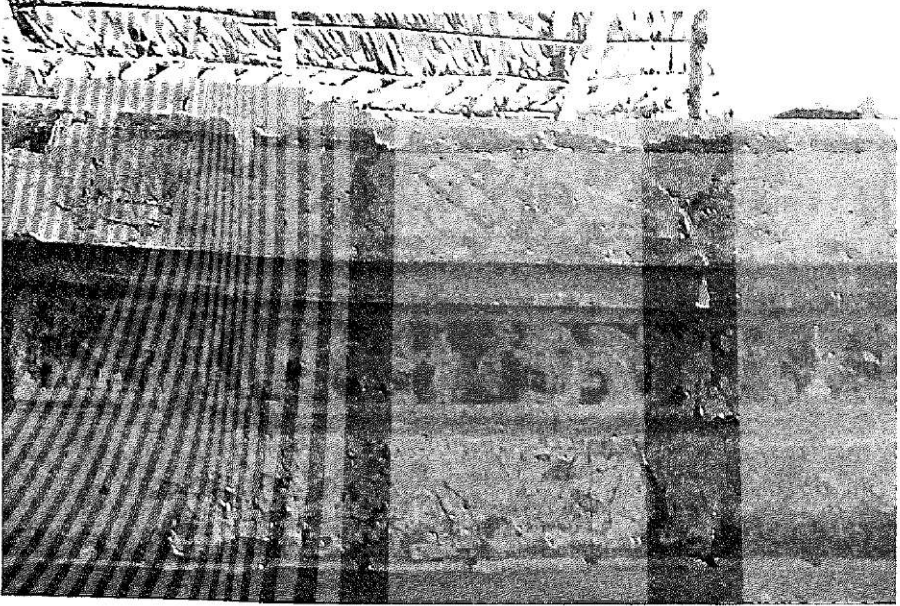
El Dios negro en El Tajín

pero, a los escombros de una construcción en la esquina sur-oriente, mirando a la parte baja de la ciudad, sólo le llamó Edificio i, la letra *i* minúscula para evitar confusiones. Los recientes trabajos arqueológicos iniciaron el retiro de lo destruido y su explorador, Alejandro Arenas Villalón, topó con un decorado de molduras, alternando con pintura figurativa en la pared. Sorprendente, pues, la intensa humedad y el recio calor borran casi todos los pigmentos. Era lo exterior. Al ir penetrando a la construcción, vino el deslumbramiento. Por eso, aquí se le nombra Palacio del Arte.



Decorado exterior al Palacio del Arte

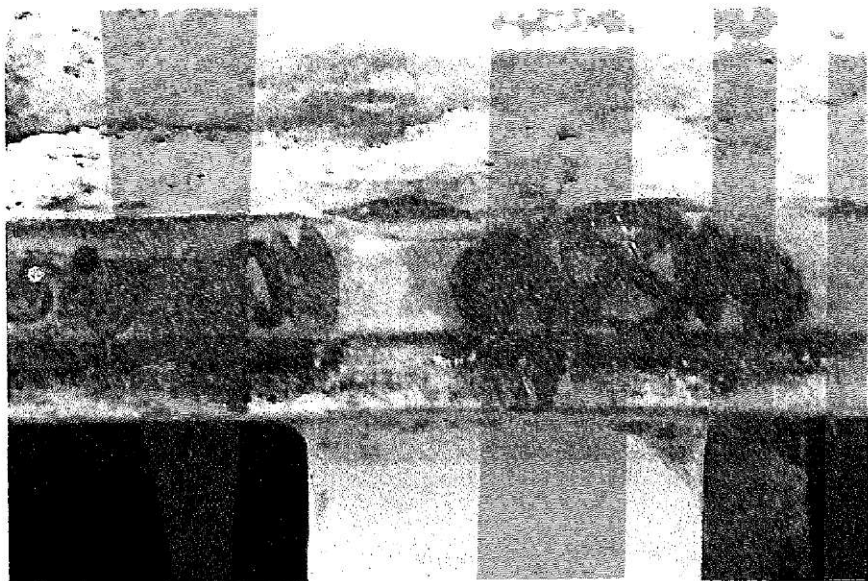
Quien mandó realizar la construcción tenía solvencia para sufragar el gasto y un gusto refinado. Las edificaciones mesoamericanas quedaron adornadas, a veces, fastuosamente, pero su destino era otro, terminalmente utilitario. En este caso, no. La finalidad era el arte mismo, se construyó artísticamente para recibir, gozar al arte, cualquiera la expresión de su belleza, materializada o sublimada en lo intangible del espíritu. Y no se pretende hacer de lo anterior algo único. Laurette Séjourné asentó en su hermoso libro del Palacio explorado por ella en Teotihuacán: “aportaciones lo bastante fundamentales para que el investigador llegue a preguntarse si El Tajín puede ser considerado independiente de Teotihuacán”. Hoy se tiene la contestación: el Teotihuacán II del Clásico Temprano (41 a. C.-271 d. C.) fue obra de los totonaca; el Teotihuacán III del Clásico Medio (271-583) vivió bajo dominio popoloca; El Tajín encontró su impulso a partir del año 583 e inició su declinación después del 895, supuesta muerte de la religión de Quetzalcóatl. En el caso concreto del Palacio teotihuacano,



Pintura interior en el Palacio del Arte

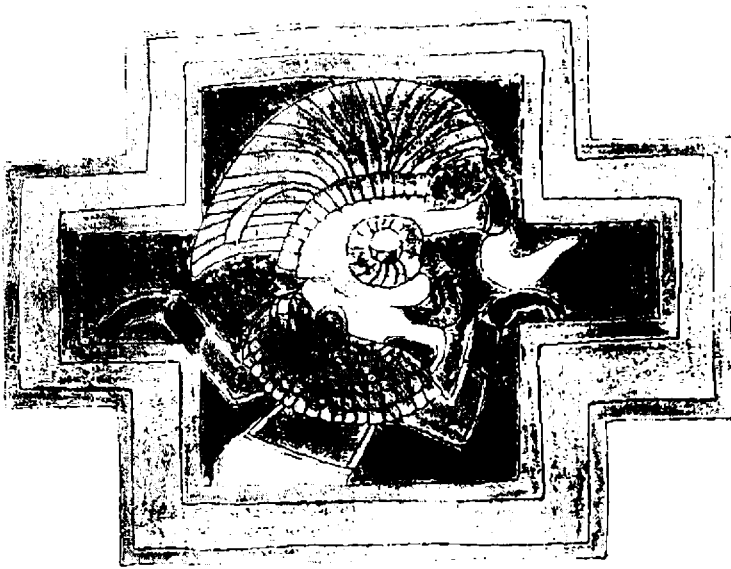
asombra su grandeza. Tajín es de menores dimensiones, porque se concentraron en el arte. Cierto, Teotihuacán II y Tajín fueron obras del mismo pueblo en evolución.

A las dos orillas del océano Atlántico crecieron pueblos y culturas de una misma humanidad, con sutiles pero firmes paralelismos. Mesoamérica registra el año 727 con la llegada de los olmeca históricos, exactamente cuando Venecia inició su progreso y ocurría la expansión árabe; fue 739 cuando Xatontán, iniciador del Tajín, asumió el mando en el Imperio Totonaca, mientras Alfonso I lo hacía como rey cristiano en España; en 771, Carlo Magno estuvo en condiciones de impulsar el Renacimiento carolingio, como a partir de 791 Teniztli hacía lo propio con el Juego de Pelota Sur en El Tajín; en 895, acá, la religión de Tezcatlipoca sustituyó a la de Quetzalcóatl, iniciando la decadencia; allá, los húngaros lograron asentarse en Hungría y, seguidamente, los normandos en la desembocadura del río Sena.



Una de las franjas en el Palacio del Arte de El Tajín

No se trata de repetir el intento de Ostwald Spengler de plantear una sucesión ineludible de efímeras coincidencias, pero el cambio espiritual del 895 en Mesoamérica se ilumina mejor evocando el cambio de la era pagana en era cristiana, máxime cuando Mesoamérica venía computando la Era del Hijo. Allí sería el periodo de Augusto, nacido el 63 antes de la Era y muerto el año 14 ya posterior al inicio de ésta, cuando la vida espiritual ofrecía el ascenso por el camino de la belleza, y el arte floreció subvencionado por Cayo Cilnio Mecenas. No se darían, en El Tajín, seguramente, las condiciones para el surgimiento de un Mecenas (Montanelli, 1961), pero no habría impedimento a las aristocracias de la holgura económica o del talento, y quien se mandó construir un Palacio del Arte dentro del Tajín poseía el más refinado gusto. No quedan testimonios de haber ayudado a Horacios o Virgilio totonacas, pero sí a pintores que traían sus pinceles desde Teotihuacán para proyectarlos rumbo a la mundialmente famosa Escuela Mexicana de Pintura, y en su sala de música,

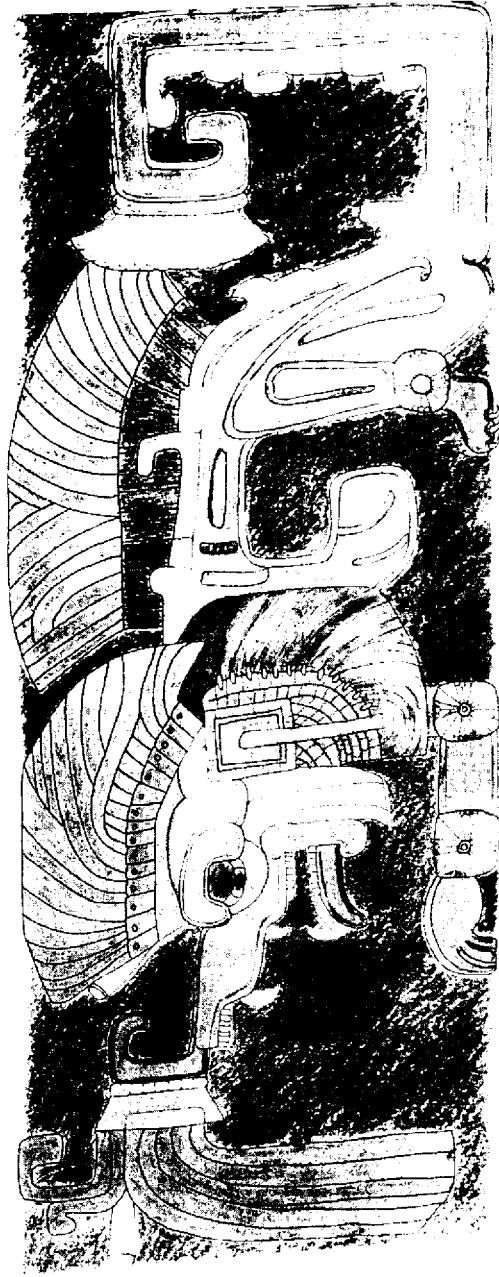


El numen fantástico dentro del jeroglífico de la palabra Dios
(copia de P. Morales)

as melodías literarias quedarían aromadas por “la más honda música de selva”, precursora de Ramón López Velarde.

Se ofrece aquí la reproducción de un fragmento de pintura. No tener el contexto es irreparable pérdida, sin descartar, del infortunio, la capitalización en el aprecio; pero el arte siempre ha rebasado posibilidades. El edificio del cual formó parte abundó en pintura figurativa, salvada por la emoción artística del arqueólogo Juan Sánchez Bonilla. Si la belleza es una y otro el arte, nunca éste, obra del hombre, será, de absoluta manera, sólo naturaleza; lo más íntimo no es eliminable, como tampoco el motivo inspirador de la creación. Lo abstracto sólo es un grado de lo material; el arte abstracto es un heroico esfuerzo de creación y el hombre finisecular lo estima refugiado en el futuro.

Si el arte mesoamericano ya dispusiera de todo cuanto aún está sepultado se podrían establecer clasificaciones más válidas en cronologías, para averiguar los estilos manejados por la crítica en la



1.a fantasía del arte figurativo en El Tajín (copia de P. Morales)

cultura occidental y se consideraría la presencia, entre otros, de los estilos: barroco, neoclásico, impresionista, geometrizable y el abstracto; en este caso, más preocupado por el color que por la forma, sin llegar al color por el color. Hay forma en este fragmento, sí, pero aun deplorando no poderla nominar. Lo impresionante fue y seguirá siendo su colorido, fuerte y vigoroso, definitivo, en contrastes lógicos, cual no queriendo salirse del espectro solar. Un gran artista está presente.

Uno de los motivos pintados quedó inscrito en la doble 'cruz griega', jeroglífico de la palabra *Téotl*, Dios; en consecuencia, se trata de una deidad, proyectada en el fondo rojo del cielo crepuscular —matutino, vespertino— ya humanizada pues tronco y brazos, de arte naturalista, no dejan duda, ni lo complementario de su corta capa o de su penacho. Lo fantástico resulta la cabeza, pero el ojo es el de la culebra, que Alfonso Caso llamara "ojo de reptil". De la frente sale un adorno difícilmente identificable, aun cuando la zona de las mandíbulas resulta de reconocimiento fácil, y de cuya unión brota la lengua bífida de la serpiente que, reforzada por el predominante color verde y azul, inclina a considerar una humanización de la serpiente-quetzal, un Quetzalcóatl de la más rara fantasía, producto de la imaginación, espontánea o ayudada ésta por alucinaciones. Lo anterior sería lo descriptivo. Como pintura mural no tiene lo monumental del muralismo mexicano, sino las pequeñas dimensiones del arte preciosista de los totonaca, con la estilización recatada de su naturalismo, con el tropical colorido que aún conservan en su actual indumentaria; todo, en esencia, digno equivalente de sus arquitectos y escultores.

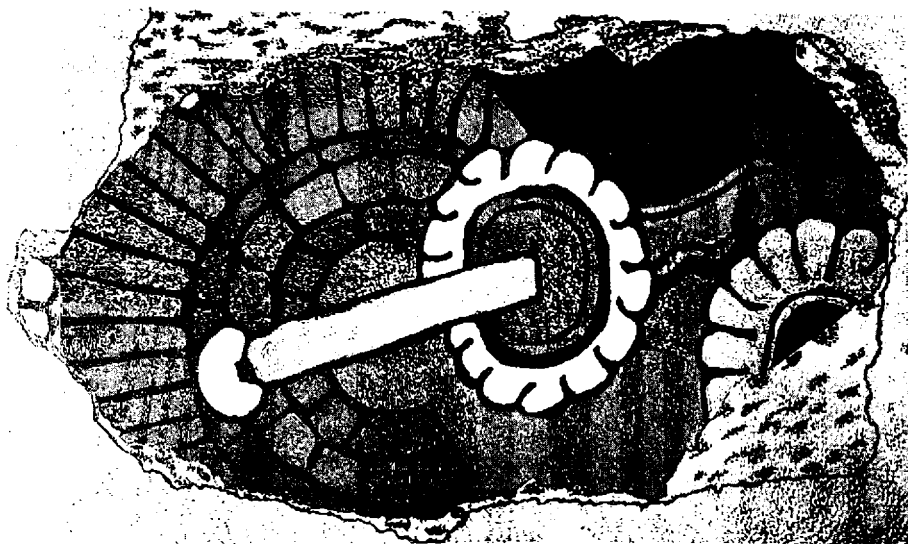
Los reptiles tuvieron especial importancia en la vida material y espiritual del mesoamericano: el escudo nacional de México es elocuente prueba. Fue Ramón Prida, en 1919, quien incluyó en su libro un apartado a la literatura babilónica, y al comentar el *Gigalmesh* dijo: "Alrededor del poema principal hay buen número de leyendas, algunas de ellas muy interesantes, como una que tiene relación con la que presidió el establecimiento de los aztecas en Tenoxtitlan. Me refiero a la lucha entre el águila y la serpiente, relatada incidental-



Sonajas y crótalos en la sala de música. Palacio del Arte. El Tajín

mente en el ciclo del águila”. El Mesozoico fue llamado Edad de los Reptiles, cuyos restos fósiles, a veces, reaparecen. No se conoce la reacción que provocaría en los hombres más allá de la creencia en la existencia de gigantes desaparecidos, a pesar de la profunda impresión causada por el reptil serpentiforme; teóricamente sin extremidades, aun cuando tal vez habrían podido distinguir en la culebra pitón de la pitonisa, o boa, cerca de su abertura cloacal, restos de las patas posteriores.

Debió impresionarles mucho una serie de curiosidades porque, por ejemplo, los reptiles con extremidades tienen cinco dedos terminados en uñas; los ápodos son ovovivíparos; quién sabe si descubrieron el “ojo pineal”, pero Alfonso Caso designó por “ojo de reptil” al de la culebra, que fue —y sigue siendo entre los huicholes— el “ojo de Dios”. Aparentemente, una culebra como la de Quetzalcóatl puede parecer hembra y macho, aun cuando es unisexual y realiza sus apareamientos, adquiriendo el macho más vivos colores cuando el



Manejo del color en El Tajín (copia de Hilda Lagunes Acosta)

celo. La imaginación llevó al arte la forma de la serpiente con escamas, o con plumas, y en variados detalles representó al viento, al fuego, a las nubes, al rayo y a las trombas, llamándolas “culebras de agua”. En torno a la lengua bífida se fue acondicionando la realidad, y aun cuando sin pruebas, le consideró fantasías al crótalo registrador de años transcurridos, paralelos a la muda de la piel, agregándoles poderes hipnóticos para procurarse víctimas. La circunstancia de que la boa (*Boa constrictor*: Mazacóatl) no sea venenosa, le confirió trato especial en su mitología.

En esta pintura del Tajín, podría considerarse dilema si se trata de un saurio o si de ofidio, porque ya en la Piedra del Calendario así queda planteado, y no hubo duda para considerarlas *Xiuhcōatl*, culebras de fuego. Se trata de ofidios —¿con patas? Ésa ya es la fantasía sostenida por el mito. Aquí, seguramente se trata de la culebra quetzal, reverdecida tierra por el agua de color azul; de estar erguida, luciría más el penacho de plumas de quetzal que así parece colgar de

la nariz, aun cuando sobre la cabeza lleva otro penacho, cual si lo hubiesen ajustado a un yelmo; distinguieron los dientes de los colmillos inyectadores del veneno; el doble párpado es acuciosa observación; de su gran orejera cuadrilonga sale una larga cuenta de turquesa; cubre sus hombros una corta capa seccionada; el cuerpo, con las escamas de la *Xiuhcōatl* sobre la espina dorsal, termina en cola, curvada cual *xicalcolihqui*, donde añadieron un abanico de turquesas; pero el de plumas, detrás del cuerpo, resulta sólo fondo decorativo. La muy visible posición de brazos y piernas acentúa su visión humanizada, máxime al ponerle rosetones, adornando muñecas, codos, tobillos.

El dios Quetzalcōatl fue antropomorfo y aquí se mira claro el proceso imaginativo de fundirle a la culebra, quetzal por el adorno, idea juzgable con cualquier criterio, pero sería mezquindad no aplaudir al artista que supo concretar, plásticamente, tal idea, encuadrando su representación en un espacio de sabias proporciones, proyectando, en el rojo fulgente del crepúsculo, el colorido vívido del verde y los azules, al extremo del espectro solar; el artista, gran maestro, no rompió con la naturaleza, humanizó su obra y le quitó las bridas a la fantasía.

BIBLIOGRAFÍA

- CASO, Alfonso. "¿Tenían los teotihuacanos conocimiento del Tonalpohualli?", en: *El México antiguo*. t. IV, México, 1937.
- GARCÍA PAYÓN, José. *La ciudad arqueológica del Tajín*. UV, Xalapa, Ver., 1951.
- MELGAREJO VIVANCO, José Luis. *La Piedra del Calendario*. Ayuntamiento de Xalapa, Xalapa, Ver., 1971.
- MONTANELLI, Indro. *Historia de Roma*. Plaza & Janes, Barcelona, 1961.
- PRIDA, Ramón. *Una ojeada a la literatura mundial*. Imp. Aztlán, México, 1919.

SÉJOURNÉ, Laurette. *Un palacio en la Ciudad de los Dioses*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1959.

SPENGLER, Oswald. *La decadencia de Occidente*. Espasa-Calpe, Madrid, 1934.

TUCÍDIDES. *Historia de la guerra del Peloponeso*. Aguilar, Madrid, 1969.

Siendo rector de la Universidad Veracruzana el licenciado Emilio Gidi Villarreal se terminó de imprimir *Las revelaciones del Tajín* en septiembre de 1994, en Editorial Ducere, S.A., Av. Rosa Esmeralda núm. 3-Bis, Col. Molina de Rosas, México, D.F., C.P. 01470. Tel. 680-22-35. La edición consta de 1 000 ejemplares y en su composición se usaron tipos Times de 16, 14, 12/14, 10/12 y 9/11 puntos.

DGBUY
INSANTR-X



XIA010019756

Los caminos de la investigación arqueológica — como los de cualquier disciplina científica— se van trazando en el transcurso de su recorrido. Poniendo en duda las verdades, planteando interrogantes, proponiendo hipótesis se van encontrando los secretos que han guardado las rocas para el hombre de hoy.

En entre los edificios hasta hoy descubiertos de la ciudad totonaca, José Luis Melgarejo Vivanco nos va guiando a través de ese camino que él ha trazado y recorrido durante su investigación. Nos sorprende con la belleza del arte arquitectónico, escultórico y pictórico de los tajinenses, y con la admirable integración que lograron entre esa belleza y sus elevados conocimientos. Nos sorprende también el autor con sus hallazgos sobre la presencia totonaca en Teotihuacán, sobre la influencia cultural de los olmecas en los residentes de esta ciudad y —más todavía— con sus planteamientos sobre los contactos entre éstos y los hombres de las culturas de ultramar.

Nos sorprende, en fin, El Tajín con su belleza y sus secretos; nos sorprende José Luis Melgarejo Vivanco con



UNIVERSIDAD VERACRUZANA
1944 ANO DEL CINCUENTENARIO

